P. PICA Y PECA

PARA HACER BOCA



COLECCIÓN INOCENTE

1 pta.

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
PLAZA LOS SITIOS,10
ZARAGOZA

1

243105

PARA HACER BOCA

17/97462
2-197
1/243/05

COLECCIÓN INOCENTE

PARA HACER BOCA

NOVELAS CORTAS

(DE DIMENSIONES Y DE INTENCIÓN)

POR

DON PIO PICA Y PECA



ADMINISTRACIÓN
E. HERAS, EDITOR
Cortes, 498
BARCELONA

Es propiedad.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta Mercantil. -BARCELONA

R. 287939-5

ÍNDICE

Págs.

El viejo y la niña

I.—Las de Robledillo 1
II.—El ideal de las niñas 4
III.—Amor de niña 11
IV.—Pasión de viejo. 22
V.—Celos funestos 27
VI.—Lo que era de esperar 31

Mujeres solas

I.—Ellas 33
II.—Él 39
III.—Primer ataque a su felicidad 43
IV.—Solas 48
V.—Cada vez más solas 53
VI.—¡Adiós! 58

Págs.

Flauta y tambor

I.—Por un callo. 65
II.—El solo de flauta 71
III.—¿Quién era ella? 76
IV.—Cambio de instrumento 80
V.—La mujer ideal 85
VI.—Un tambor especial 90

El hijo artificial

I.—Del hospital al altar 97
II.—La cabra tira al monte 103
III.—Estocada en hueso 107
IV.—En busca del hijo 113
V.—De carne y hueso 121

Los predestinados

I.—¡Guerra a la reproducción! 129
II.—La eterna herencia 135
III.—El primer reserva 140
IV.—La conquista de la herencia 146
V.—Ansiedad. 152
VI.—La predestinación 155

Págs.

Un marido complaciente

I.—Jugar con fuego 161
II.—Empieza el movimiento 165
III.—Otra vez Cornelio. 171
IV.—Preparando el castigo 178
V.—Siempre Cornelio... sin apalear . . . 185

Una juerga movidita

I.—Casamiento postal. 193
II.—Un par de amiguitas 198
III.—Las apariencias engañan 201
IV.—En el Music-Hall 208
V.—Vuelco con consecuencias 214

EL VIEJO Y LA NIÑA

I

LAS DE ROBLEDILLO

Las de Robledillo eran cinco muchachas monísimas, hijas de un comandante retirado de infantería, y célebres en todo Madrid por su belleza y frivolidad.

Se las veía siempre en todas partes, en compañía de la inevitable mamá, alta y espigada como un cabo de gastadores y a la que no le faltaba sino la sombra de un bigote en el labio superior para rematar el parecido.

Siempre que salían iban seguidas de un séquito numeroso de adoradores. La calle en que vivían, cercana a la plaza de Oriente, estaba siempre llena de mozalbetes imberbes, en su mayoría estudiantes de medicina y de derecho, los cuales, por medio de la telegrafía sin hilos —vulgo, los dedos—, comunicábanlas sus atrevidos pensamientos desde la acera de enfrente, con el natural regocijo y diversión de los vecinos de las tiendas, y despecho y envidia de las otras niñas balconeras de los alrededores, que veían su altar desamparado y desierto.

La madre, que a pesar de su aspecto hombruno se caía de puro buena, y era por otra

parte más tierna que la manteca para sus hijas, le dijo un día a su marido:

—¿No te parece, Robledillo, que los novios de las niñas debían entrar en casa? Son todos unos muchachos decentes, hijos de muy buenas familias. Así nos evitaríamos los chismes y habladurías de la vecindad.

Al bueno de don Robustiano, que era un verdadero infelizote, y no tenía, a pesar de sus galones, más voluntad que la de su mujer, le pareció de perlas lo que ésta le decía, y cátate de la noche a la mañana la casa de los Robledillo ocupada por los pretendientes de las cinco manos más bonitas que se abanicaban en Madrid.

Algunos de ellos iban no más que por las noches, pero otros se pasaban allí todo el día, como los animales de rapiña, al olor de la carne fresca.

Las de Robledillo eran cinco tipos distintos de mujer, a cual más interesantes.

Trini, la mayor, era una morena soñadora y romántica; Lola, la segunda, muy rubia y muy blanca, a pesar de su aspecto suave y delicado, tenía una imaginación exaltadísima e ideas ultramodernas; en Inglaterra hubiera sido sufragista y en Rusia una terrible revolucionaria; Amparo, la tercera, pelicastaña, chiquita y muy bien formada, era muy traviesa y vivaracha, y en sus ojos, inquietos y escudriñadores, reflejábanse todas las picardías del mundo; la cuarta, Cala — diminutivo cubano de un nombre que en este momento no puedo recordar, pues la deliciosa chiquilla había nacido en la Habana, cuando estuvo allí su padre en la primera guerra, siendo nada más que un simple tenientillo, era blanca y pelinegra, muy dulce, muy suave, muy melosa y de una terrible coquetería que rayaba casi en la perversidad, y la quinta, Elisa, también blanca y pelirroja, con todo el cutis manchado de pecas, que parecían gotas de café vertidas sobre la leche, era terriblemente burlona y de un ingenio muy vivo y travieso.

A las cinco uníalas un rasgo común. Todas ellas eran muy amables, muy dulces, muy sugestivas, muy atrayentes y cariñosas.

¡Ah! y todas ellas rabiaban por atrapar un novio rico, para que las sacara de los apuros y estrecheces en que vivían. La paga de un comandante retirado no da para hacer muchos pinitos, sobre todo cuando se tienen seis mujeres en la casa, contando con la madre, a las que hay que calzar, vestir y darles de comer. ¡Calculen ustedes lo que las de Robledillo gastarían al año, aun yendo la cosa muy tasada y muy medida, en cintas, trajes, zapatos, guantes, medias y sombreros!

¡Cuántas veces el pobre comandante lamentó no haberse quedado tendido de un balazo en los ingratos y rebeldes campos de Cuba!

II

EL IDEAL DE LAS NIÑAS

¡El novio rico! ¡He aquí la suprema aspiración de aquellas encantadoras cabecitas de pájaro!

Y las pobres no sabían que todos aquellos muchachos que frecuentaban su casa no eran más que unos tristes pelagatos que no tenían sobre qué caerse muertos y que únicamente hacían cabal de aquél sabido adagio popular de que «a río revuelto, ganancia de pescadores».

¡Y vaya si era un río revuelto la casa de los de Robledillo!

Allí no había ni orden, ni concierto, ni cosa que lo valiera.

Aquellas pobres muchachas, por culpa de la mala educación que las había dado la madre, eran unas naturalezas impetuosas, sinceras e instintivas, abandonadas a su nativo temperamento, sin la menor idea de lo que es la vida y el mundo, ni de lo que exigen de una mujer el decoro y las conveniencias sociales.

Sin embargo, entre todos aquellos merodeadores de honras femeninas, había un muchacho perteneciente a una familia distinguida y

cuyo jefe poseía una cuantiosa fortuna. Pero él era un perdido que había que cogerle con pinzas para no mancharse las manos. Ya desde muy tierna edad le dió a su padre repetidos y graves disgustos, y cuando acababa de rebasar la adolescencia hubo de visitar la cárcel, a causa de una sonada estafa que consumó. El padre le sacó de la prisión y tuvo que gastar mucho dinero para que le declararan absuelto.

Este mozo, tan listo y aprovechado, cuyo final desastroso no podía ser más que el presidio, era el que le ponía los puntos a la más joven de las chicas de Robledillo, que, como ya recordarán nuestros lectores, se llamaba Elisa.

Allí, por la noche, pasaban escenas muy típicas y poco edificantes, casi en presencia de la misma madre, que parecía aguardar aquellas críticas horas para descabezar un sueño tras otro en una destripada butaca de gutapercha.

La verdad es que hubieran sido precisos los ojos de Argos para vigilar a cinco parejas de enamorados, diseminadas por los rincones de la habitación y dispuestas a burlar por los medios más ingeniosos la atención de que eran objeto. Además, ¡triste es decirlo! todas las madres tienen algo de Celestinas.

Alberto, que como ya hemos dicho era un pillo de siete suelas, hecho a todas las picardías y ruindades del humano vivir, les enseñó a sus compañeros una treta muy ingeniosa para que sus novias hicieran con ellos mil porquerías.

Y una noche comparecieron todos ellos en casa del infeliz comandante, con los bolsillos

de los pantalones cortados por el extremo inferior.

Después de esto, sentábanse con sus enamo-



Allí, por la noche, pasaban escenas poco edificantes....

radas en sus respectivos rincones, y aquellas manecitas blancas y pulcras, entre besos callados y discretos, acariciaban voluptuosamente las más secretas interioridades del cuerpo masculino.

Ellas no tardaron en seguir su ejemplo, y muy pronto abrieron en sus faldas seguros y disimulados caminos por donde ellos pudieran también llegar a las partes más ocultas de su sexo.

... ...

De pronto, turbaba el hondo silencio de la habitación, cuyo aire no rasgaba de cuando en cuando más que el leve cuchicheo de los enamorados, el crujir de una silla o el semiestallido de un beso dado con mayor ímpetu del debido, o algún suspiro de voluptuosidad arrancado por el paroxismo del placer, y doña Mónica, que así se llamaba la madre, levantaba los ojos como asustada, lanzaba a su alrededor una mirada de idiota y volvía a amodorrarse pesadamente.

Lo peor no era esto, sino que todos aquellos caballeritos, que tantos deliciosos favores las debían a aquellas encantadoras muchachas, las pagaban con la más negra ingratitud, esparciendo por todos los círculos que frecuentaban en la villa y corte el relato de sus concesiones amorosas.

Augusto, el primito de las chicas, que era también de oro, contribuía como el que más a desacreditarlas y difamarlas, lo que acababa de convencer a los más reacios, pues decían con mucha lógica :

«¡ Cuando lo afirma uno de la familia !»

Todo esto dió pie para que en poco tiempo y sucesivamente desfilaran por allí casi todos

los muchachos de Madrid, atraídos por la fama de la liberalidad y desprendimiento, en materias amorosas, de las de Robledillo. Cuando los unos se cansaban, desaparecían, de repente, de la casa, sin tener ni siquiera el decoro de despedirse, y no tardaban en reemplazarles otros, yendo a ocupar las sillas aun calientes de sus antecesores.

La ceguera de doña Mónica era incomprensible. Al pobre de don Robustiano no hay que culparle, pues él, que había sido un héroe en los campos de Cuba, resultaba un calzonazos enfrente de su esposa.

El único que seguía frecuentando constantemente la casa era Alberto, el novio de Elisa.

Esta parecía adorarle, a pesar de que el desalmado jovenzuelo, en unión del primito, era el primero en hacer menosprecio de la honra de aquellas desventuradas muchachas.

No obstante, siempre que estaba a su lado parecía sumergirse en estática adoración, como ante una Virgen.

En él estaban depositadas todas las esperanzas de la familia para salir de aquel laberinto vertiginoso de sus apuros y sus trampas.

Pero jamás ilusiones humanas se basaron sobre más futil y frágil fundamento.

Las muchachas, aconsejadas sin duda por la madre, no pararon hasta que Alberto, a quien trataban ya con toda la llaneza y familiaridad de quien está próximo a ingresar en la familia, las llevó a su casa y se las presentó a sus padres. En el plan sabio y hábil de las jóvenes, entraba el atraérsela, para estrechar más de este modo los lazos amorosos que unían a Alberto y a Elisa.

Inútil es decir que unas muchachas tan lindas y graciosas, tan dulces y sugestivas, se ganaron ya desde la primera entrevista las simpatías y el afecto de toda la familia de Alberto, y singularmente los del padre, que era un caballero algo chapado a la antigua, galante, delicado y cortés y rendido adorador de la gracia y el encanto femeninos...

Las cinco seductoras muchachas, con su viveza, con su gracejo, con sus mimos y monerías, con la deliciosa confianza y abandono con que trataban a todas las personas ya desde la primera entrevista, embelesaron todos los ojos y cautivaron todos los corazones. Cuando salieron del lujoso hotel, se experimentó en él la sensación de que acababa de abandonarle una alegre y bulliciosa bandada de pájaros.

Desde entonces, las de Robledillo, con cualquier pretexto y a cualquier hora del día, se presentaban de improviso en casa de Alberto, donde eran siempre recibidas con gran agasajo y regocijo. Comían allí muy a menudo y hasta quedábanse a dormir cuando se retardaban por la noche en el hotel. No tardó en establecerse entre ambas familias una amistad cariñosa y cordial, como si se hubiesen conocido de toda la vida. Cuando las de Robledillo no estaban en el hotel de los padres de Alberto, sentíase en él un gran vacío.

A instancias de la misma madre del joven, las cinco muchachas, a quienes la buena señora se había aficionado mucho, fueron a pasar una

larga temporada al hotel, instalándose en él como en su casa.

Sus risas, sus locas carreras, sus graciosos desplantes, las extravagancias y arranques de su temperamento alegre, apasionado y bullicioso, llenaban todo el día la suntuosa morada con su estruendo amable y delicioso. Al padre de Alberto se le figuraba que se le habían entrado de repente en la casa cinco hijas cariñosísimas y encantadoras; y las trataba con una galantería personal algo romántica y caballeresca.

Los cinco diablillos le adoraban. Casi siempre veíaselas colgadas de su cuello, cuando no estaban sentadas en sus rodillas, o atusándole el bigote o partiéndole bien la raya del negro cabello, que empezaba ya a blanquear junto a las sienes. Cuando se iba, se quedaban espiando su regreso, y al oir sonar la bocina del automóvil, cuyos sones ya se sabían de memoria, corrían, volaban todas en tropel a recibirle llenas de alegría, estampando sonoros y estrepitosos besos en sus mejillas. Luego disputábanse todas para colgarse de su brazo, y entre aquel seductor enjambre femenino, aturdido por sus risas, sus gritos y sus besos, el buen caballero entraba en su casa.

III

AMOR DE NIÑA

La que más le quería era Cala, la apasionada y deliciosa cubanita...

Y su cariño iba tan por la posta, que llegó a convertirse en una ardiente y profunda pasión.

Sí, Cala enamoróse perdidamente de aquel hombre que casi la triplicaba la edad, pero que era tan noble, tan caballero, tan cortés, tan galante y respetuoso con las mujeres; de aquel hombre, en suma, que no se parecía a los demás y que tenía un sello de espiritual idealismo y de suprema distinción en toda su persona.

El padre de Alberto, a quien también le gustaba mucho Cala—pero sin que hubiese puesto nunca en su simpatía ni un solo grano de erotismo ni de sensualidad—, se vió envuelto poco a poco en la apretada red de seducción en que le iba encerrando por grados la gentil y alucinante chiquilla. A menudo, cuando ella le miraba, sentía una extraña y ardiente turbación en todos sus sentidos, un gran desasosiego interior que le llegaba a producir hasta una especie de hondo malestar...

¿Qué querían decirle, al clavarse en él con una fijeza perturbadora, aquellos ardientes e inmensos ojos de Cala, que brillaban con luces fosforescentes, como las que se ven de noche en las aguas del mar?

Porque ojos tan bellos como los de Cala no los había en todo el Universo.

Eran negros, profundos, arrebatadores, dulces e imperiosos a la vez. Tenían toda la inmensidad del mar y la funesta atracción del abismo. Cuando aquellos ojos miraban a un hombre con amor, ese hombre no tenía más remedio que caer ante ella de rodillas...

No obstante, el padre de Alberto luchaba valerosamente contra la bella tentadora.

Las consideraciones y respetos que le debía a su mujer, el que Cala estuviese hospedada en su casa, así como el recuerdo del viejo veterano, que tan generosamente había vertido su sangre por su patria, y cuyas canas él no debía manchar, eran fuertes frenos y poderosas barreras que le apartaban de los brazos fascinadores de Cala.

Pero, cuando una mujer se propone que un hombre caiga en sus brazos, vana será la desesperada defensa de éste, si no pone tierra de por medio.

Y al padre de Alberto no se le ocurrió emplear este recurso.

Su caída era, pues, fatal e inevitable.

Lo que más que nada habíale salvado hasta entonces, era que don Antonio—llamémosle ya

por su nombre—era un hombre tan modesto y sencillo, tan poco pagado de sí mismo y tan convencido de la pesadumbre de sus años, que le parecía imposible que ninguna mujer pudie-



—¡Toma, so feo!

se enamorarse de él, y mucho menos siendo joven y bonita. Aquellos ojos hermosísimos y alucinantes de Cala, no podían decírselo con mayor elocuencia, mas él aun creía soñar, abri-

gaba el natural temor de haber visto visiones.

Pero muy pronto tuvo que convencerse de todo lo contrario ; de que había sabido leer con todo acierto y claridad en aquellas luminosas pupilas, que tenían el deslumbrante y vívido fulgor del relámpago en las noches de tempestad.

Cala había tomado hacía ya muchos días la costumbre de ir a despedirle hasta la verja del hotel siempre que se iba y estar al acecho de su vuelta para correr también a su encuentro.

Sus hermanas, por un tácito acuerdo, con ese instinto certero de la mujer que sabe cuándo estorba, no salían ya a recibirle como antes, dejándole el terreno enteramente libre a Cala.

Una mañana que don Antonio tuvo que salir muy temprano, Cala, como de costumbre, colgada de su brazo, le acompañó hasta la verja del hotel.

Cuando ésta se hubo cerrado, la muchacha, risueña y provocativa, le dijo a don Antonio, tirándole, al través de los hierros de la verja, un papelito azul plegado en muchos dobleces, con su voz melosa, dulce y acariciadora :

—¡ Toma, so feo, para que te entretengas por el camino !

Don Antonio, que aquella mañana había salido a pie, echó a andar por la frondosa alameda que bordeaba su hotel, sintiendo una gran turbación en su espíritu.

Aquel papelito azul, que conservaba aún el perfume que usaba Cala, quemábale los dedos.

Después que se hubo alejado unos cuantos pasos, lo desdobló nerviosamente y leyó, escrito con la letra inglesa, fina y aristocrática de Cala, el siguiente renglón :

«Antonio, te adoro.

»Tu

»Cala.»

Una oleada ardiente envolvió el espíritu de don Antonio.

¿En qué corazón masculino no producirían un gran tumulto estas palabras apasionadas escritas por una blanca y bella mano de mujer?

A don Antonio le pareció que una savia nueva y juvenil empezaba a circular por sus venas.

«¡ Te adoro !» imaginábase que repetían las hojas de los árboles que le rodeaban, al ser sacudidas por el viento. «¡ Te adoro !» se le figuraba ver escrito en la tierra y en el cielo...

Al regresar al hotel, Cala ya le estaba esperando detrás de la verja.

Al colgarse a su brazo para atravesar el enarenado jardín y entrar en la casa, le miró intensamente a los ojos.

Buscaba en ellos sin duda la revelación del efecto que habían producido en su espíritu sus inflamadas líneas.

Don Antonio se turbó ligeramente y miró a

otra parte, no pudiendo resistir el relampagueo fosfórico de las ardientes pupilas de Cala.

Al entrar en el vestíbulo, todas las demás salieron bulliciosamente a recibirle.

Una le quitó el sombrero, otra el bastón, otra el gabán y Amparo, que era una de las discípulas más aprovechadas del Conservatorio y tocaba muy bien el piano, atacó con sus manos hábiles y ligeras los primeros compases de la marcha real.

En volandas le llevaron hasta el comedor, donde, en el centro de la mesa, humeaba ya la fina y artística sopera de porcelana...

Aquella era la hora de más expansión y bullicio en la aristocrática morada.

El fuego y el calor que infundía en aquellos cuerpos juveniles el vino exquisito y los manjares suculentos y fuertes, desataban sus lindas lengüecitas y el inextinguible manantial de sus risas.

Era una especie de desenfreno, aunque espiritual y de buen tono.

Aquel día, Elisa, la novia de Alberto, que ocupaba siempre en la mesa un sitio al lado de don Antonio, estaba más alegre, más bulliciosa y decidora que nunca y desplegó con su viejo amigo una coquetería y unas artes de seducción que rayaban ya casi en libertina procacidad.

Cala, que sentábase enfrente, estaba ciega de ira al ver la descocada provocación de su hermana.

¿Qué le pasaba a Elisa?

¿Había bebido más de la cuenta?

¿Y el imbécil de Alberto, que contemplaba todo aquello tan indiferente y tranquilo y con la sonrisa en la boca?

¿No tendría aquel sinvergüenza sangre en las venas?

Cala abrasaba a su hermana a miradas coléricas y furibundas.

Parecía querer pulverizarla con los ojos.

Pero Elisa, sin darse por aludida, continuaba cada vez más insinuante y provocativa con don Antonio.

De pronto, Cala, sin poderse contener, increpó furiosamente a su hermana.

—Elisa, ¿te parece bien lo que estás haciendo?—la dijo, echando chispas por los ojos—. Repórtate, porque tu conducta es indigna de una señorita bien educada.

—¿Qué es lo que te pasa, Cala?—la preguntó Elisa, muy risueña y burlona, sin alterarse en lo más mínimo por el tono duro y áspero de su hermana—. ¿Tienes celos? Lo siento mucho, pero no puedo llorar.

Cala, entonces, levantándose súbitamente de la mesa, salió del comedor con el ímpetu de un huracán.

Estaba roja como la grana y tenía los bellos ojos inundados de lágrimas.

Don Antonio sintió entonces el irresistible impulso de levantarse para ir a buscarla, pero se contuvo.

La comida siguió su curso ordinario hasta que retiraron las sobras de los postres.

Pero don Antonio, desde la salida de Cala, se mostró mucho menos alegre, chancero y de-

cidor. Los celos impetuosos de la hermosa muchacha la habían removido profundamente las entrañas.

Cuando se levantaron todos de la mesa, don Antonio se retiró, como de costumbre, a sus habitaciones, para entregarse al aseo de su persona.

Al dirigirse a su cuarto iba pensando dónde se habría metido Cala. Distraído con esta idea, se encaminó en derechura a su lavabo, sin fijar sus miradas en ningún sitio de la habitación.

En el momento en que iba a comenzar sus operaciones de higiene y aseo, percibió a sus espaldas como el leve rumor de un sollozo.

Se volvió inmediatamente y cuál no sería su sorpresa al ver a Cala, acostada en su cama.

La hermosa niña tenía los ojos herméticamente cerrados, pero sus párpados de raso estaban aún humedecidos por las lágrimas, y los sollozos que a duras penas podía contener la sacudían el pecho convulsivamente.

Como llevaba la falda bastante corta, veíanse al descubierto sus menudos y graciosos piececillos y el arranque fino y torneado de sus piernas.

Era una imagen voluptuosa y ardiente, capaz de tentar a la mismísima castidad.

Don Antonio sintió entonces que todos sus instintos sexuales se despertaban como leones enfurecidos.

Avanzó hacia el lecho, y metiendo las ávidas manos por debajo de la falda de Cala, pegó sus labios contra aquella boca divina, fresca, roja

y palpitante, hambrienta de besos y caricias.

—¡Por fin! ¡Por fin!... ¡Antonio mío! ¡Amor mío!... ¡Vida mía!... ¡Soy tuya... enteramente tuya!—gimió Cala con pasión infi-



Don Antonio hizo que Cala se sentase en la cama...

nita, ciñéndole los brazos al cuello y devolviéndole con creces sus delirantes besos.

No había tiempo que perder.

Afuera se oían las frescas y estrepitosas ri-

sotadas de sus hermanas, que podían entrar en busca de Cala de un momento a otro.

Don Antonio hizo que Cala se sentase en la cama, con las piernas colgando a uno de sus lados, mientras que él manteníase de pie, con los ojos clavados en la puerta del aposento, temeroso de que entrara alguien de repente.

Cala, estremeciéndose de placer de los pies a la cabeza, con los ojos húmedos y brillantes y la boca entreabierta y palpitante, esperaba ansiosa y frenética el supremo don del amor, que hace palpitar de deleite las entrañas fecundas de la mujer.

Pero su amante, temeroso de destruir su virginidad, no hizo más que detenerse en el dintel del paraíso del amor, lo que, dada la exaltación erótica de sus sentidos, bastó para que ambos gozaran del placer divino de la voluptuosidad, que acerca a los mortales a las delicias de los dioses.

De pronto resonaron en el pasillo, y muy cerca de la habitación, las carreras, las risas y los gritos de las hermanas de Cala, que sin duda andaban buscándola por toda la casa. La joven apenas tuvo tiempo para esconderse debajo de la cama y don Antonio de abrocharse el batón para ocultar el desorden de sus ropas...

Trini, Elisa, Lola y Amparo penetraron en la habitación como impetuoso torbellino que todo lo arrolla a su paso.

—¿Dónde está Cala?... ¡Cala, sal que ya te hemos perdonado!

Pero Cala, debajo de la cama, se callaba como una muerta, haciendo esfuerzos inauditos para reprimir el ritmo acelerado de su agitada respiración.

Don Antonio, a fin de alejarlas de allí y para que pudiera salir sin ser vista, empujándolas jovialmente fuera de la habitación, las dijo en tono chancero:

—Vamos todos a ver dónde se oculta esa rabiosilla.

IV

PASIÓN DE VIEJO

Desde aquel día entablóse una ardiente y rencorosa rivalidad entre Cala y Elisa, que se había enamorado también de don Antonio, pero de una manera más sensual y libidinosa que Cala.

Ambas disputábansele con furioso empeño y la menor preferencia otorgada por el dichosísimo varón a cualquiera de ellas originaba entre las dos agrias reconvenciones y disputas.

Y las dos, con su cerco ardiente, con su constante persecución, con todos los ardides y coqueterías de la seducción femenina, que desplegaban para sobornarle, para atraerle en su favor, despertaron a todos los demonios de la voluptuosidad y de la lujuria, que como nido de sierpes, dormían latentes en sus entrañas.

Una noche, al entrar don Antonio en su dormitorio para entregarse al descanso, Cala le salió de repente de detrás de la puerta, y echándosele al cuello, le dijo con voz dulce y mimosa:

—No me riñas, Antonio; esta noche me he venido a dormir contigo.

Don Antonio cerró entonces cuidadosamente la puerta, y cogiéndola en brazos, se fué a sentar en un sillón, depositando su dulce carga en sus rodillas.

El buen señor, sintiéndose acometido de un violento acceso de lujuria al contacto libre y suave de aquel bello cuerpo de mujer, con manos trémulas por el deseo y la lascivia, empezó a desabrocharle el cuerpo del vestido, quedando entonces al descubierto el nacimiento de su seno virginal y sus brazos mórbidos y blancos.

Don Antonio hundió entonces su cabeza entre las redondas turgencias de su seno, haciendo estremecer su carne blanca y rosada con besos furiosos y ardientes, que a la joven quemábanle como brasas.

Después soltó los corchetes de su falda, dejando a Cala nada más que con la camisa, los pantalones y el justillo.

Pero aquello no le bastaba al insaciable amante. Con manos cada vez más hábiles y audaces la quitó los pantalones, el justillo y el corsé, quedándose Cala nada más que con la camisa puesta y con las medias y los zapatos. ¡Estaba realmente monísima! Había para comérsela a besos.

Fué lo que hizo don Antonio, hundiendo sus manos, ávidas del contacto de su carne tibia, joven y palpitante, en los divinos misterios de su persona, por debajo de la camisa.

Todo el cuerpo de Cala vibró, como los alambres del telégrafo al ser heridos por la electri-

cidad, al roce sensual y febril de aquellas manos calenturientas.

Don Antonio se arrodilló después en el suelo, desabrochó los botones de sus menudos zapatitos y la quitó las medias negras, quedando al descubierto sus lindos pies de americana, finos, delgados, de alto y bien combado empeine, que él besó con adoración y apasionamiento.

Cala estaba radiante de placer.

Aquellas eran las caricias con que ella había soñado en sus cálidas y voluptuosas noches de virgen sensual y apasionada. Don Antonio, poniéndose, entonces, de pie, la quitó de un tirón la camisa, y Cala surgió de entre sus encajes enteramente desnuda, como Venus Afrodita de las espumas del mar.

Don Antonio sintió como una especie de deslumbramiento ante la juvenil y soberana hermosura de aquel cuerpo de formas tan esculturales y tan puras. Sus piernas eran de una hermosura soberana y entre los redondos y soberbios muslos, al pie del delicioso valle que formaba su vientre virginal, destacábase una negra floración que mal encubría el misterio del cáliz del amor, de un bello color de coral rosa, y que se abre y cierra como una sensitiva caprichosa, no desplegando toda su corola sino al sol del amor, que le embriaga y le fecunda. Y en el centro de su busto ondulante y esbelto, que afectaba el suave declive de una colina, erguíanse, duros, firmes y redondos, los turgentes senos con los lindos y menudos pezones orlados de un leve surco rosáceo...

Don Antonio, después de haberse quedado un breve espacio de tiempo inmóvil y mudo de pasmo y admiración, cogió a Cala, que en sus fornidos brazos pesaba menos que una pluma, y la transportó a la cama.

El quedóse de pie, al borde, y de súbito, frenéticamente, como loco, empezó a besar todo su cuerpo de los pies a la cabeza y tan pronto de frente como de espalda, lanzando rugidos de placer infinito.

¡Es que, en verdad, no le hay en el mundo tan intenso, tan delicioso y tan dulce como el de sentir en los labios el raso suave, tibio y palpitante de la carne de una mujer!

Cala, loca de lujuria ansiosa también de la carne del varón, desabrochó con mano audaz y trémula sus ropas y acarició frenéticamente lo que había turbado tantas veces sus sueños eróticos de virgen.

Don Antonio, entonces, saltó sobre el lecho como un sátiro que ve en el rincón de un bosque a una ninfa desnuda, y no piensa más que en saciar en ella la sed lúbrica que enciende en sus sentidos sus encantos, y adhiriéndose a ella estrechamente, buscó sin vacilar la fusión íntima y sexual de sus dos epidermis.

Ya no se contentó, como la vez primera, con detenerse en el umbral del paraíso, sino que penetró en él resueltamente, rompiendo los ve-

los y quebrando los pliegues que ocultan y guardan el fruto sabroso del amor.

Cala se crispaba, aferrábase al cuello de su amante, rugiendo al mismo tiempo de deleite y de dolor.

... ...

El deber y la moral de los hombres estaban de luto, pero la naturaleza inundábase de júbilo viendo cumplido uno de sus más altos y sagrados fines.

V

CELOS FUNESTOS

No habría pasado media hora, cuando Elisa, despertándose de improviso en mitad de la noche, buscó instintivamente a Cala, que dormía a su lado, en el mismo lecho.

Su sitio estaba vacío.

Elisa incorporóse, alarmadísima, y en seguida cruzó por su cerebro la terrible sospecha.

Sí; Cala debía estar con don Antonio.

Dió la luz de su cuarto, y tal como estaba, en camisa, deslizóse sigilosamente por el pasillo.

Toda la casa estaba sumergida en el más profundo silencio.

Elisa, emprendiendo una carrera frenética, subió hasta el primer piso, donde estaban situados los dormitorios de don Antonio y de su esposa.

Se detuvo, anhelante, ante la puerta del de don Antonio y le pareció percibir rumor de suspiros y besos.

¡Sus suposiciones eran ciertas!

Empujó la puerta, que estaba levemente entornada, y atravesando la antesala llegó resueltamente hasta la alcoba.

La luz estaba encendida y desde el umbral pudo ver perfectamente los dos cuerpos de Cala y don Antonio estrechamente unidos en una or-



... le pareció percibir rumor de suspiros y besos.

gía desenfrenada de caricias, de espasmos y besos.

Por un instante, estuvo tentada de interrumpir su idilio proporcionándoles una desagradable sorpresa.

Pero se detuvo y una sonrisa diabólica iluminó su semblante, crispado por el horrible tormento de los celos.

Elisa salió tan sigilosamente como había entrado de aquel improvisado paraíso, y echando a correr no paró hasta entrar en el dormitorio de la mujer de don Antonio.

La confiada esposa dormía profundamente, con el sueño reposado y tranquilo de las conciencias que no tienen que reprocharse ninguna falta ni el menor delito.

Elisa tuvo que sacudirla varias veces violentamente para que saliera de su sopor.

La virtuosa dama, al abrir los ojos miró sorprendida a su amiguita...

Aun en las brumas del sueño, no acertaba a darse cuenta de aquella inopinada visita, hecha tan a deshora.

—Doña Aurora, levántese usted—decía Elisa vivamente, sacudiéndola por el brazo—. ¡Cala está en la cama de don Antonio!

Aquellas terribles palabras, pronunciadas en un tono que no dejaba lugar a dudas, acabaron de despertarla por completo.

Echóse rápidamente una bata encima de la camisa y salió de su cuarto en seguimiento de Elisa, que, con el temor de no llegar a tiempo, corría más que ella.

Las dos mujeres penetraron en el dormitorio de don Antonio, con el ímpetu de un torrente por largo tiempo contenido y que, de improviso, se desborda.

Llegaron a tiempo.

Los cuerpos de Cala y de don Antonio seguían estrechamente unidos, y estremeciéndose bajo las convulsiones del placer, pródigamente renovado.

Al verse sorprendido, don Antonio lanzó un grito salvaje de cólera, mientras que Cala, ocultando su impúdica desnudez bajo las sábanas, se acurrucó debajo de ellas, muerta de vergüenza y de temor.

—¡ Oh ! ¡ Antonio... Antonio ! ¡ Cómo iba yo a creer esto ! — murmuró, digna y grave, la ofendida esposa, abandonando inmediatamente la habitación.

VI

LO QUE ERA DE ESPERAR

A la mañana siguiente, las de Robledillo salieron muy temprano del hotel de don Antonio, para no volver a poner más los pies en aquel honrado recinto.

Por culpa de la imprudencia de Cala y de los celos insensatos de Elisa, habíase desvanecido una vez más el dorado sueño de la futura grandeza de la familia, como tendría que desvanecerse otras tantas, consideración dolorosa para el pensador y el psicólogo, viendo que hay en el mundo tantas muchachas tan encantadoras y tan deliciosamente sugestivas como las de Robledillo, que malogran su felicidad por no saber refrenar la voz de sus instintos.

Doña Aurora perdonó a don Antonio. ¿ Cómo no iba a ser así, si la mujer es toda misericordia y perdón ?

La única condición que le impuso fué la de que abandonaran por algún tiempo a Madrid. Cala era una rival demasiado peligrosa, para que entre ella y su marido no hubiera que poner la distancia.

MUJERES SOLAS

I

ELLAS

A los trece años cumplidos ingresó Amalia en una renombrada pensión para señoritas, situada en la provincia de Madrid, donde recibían instrucción distinguidas jóvenes de lo más principal.

De aquel colegio salían generalmente para casarse, sabiendo, también por lo común, más de lo que las convenía saber.

Recluídas en la pubertad, en esa edad peligrosa para la mujer, admirándose mutuamente sus encantos, no era extraño que allí germinasen pasiones inmorales, cuya trascendencia a veces era horrible para la sociedad en general y para la familia en particular.

Amalia era huérfana de madre, y cuando empezaba a conocer el mundo, su padre quiso quitársela de encima, suprimiendo así un testigo de sus frecuentes correrías y calaveradas, que algún día podría afearle su conducta poco ejemplar.

En la pensión se la recibió bien ; pagando generosa y anticipadamente y prometiendo además una buena gratificación se cae bien en todos sitios.

El padre era banquero, la muchacha era bonita y amable... Pues la acogieron en palmas.

Amalia besó a sus nuevas compañeras, fijándose particularmente en algunas de ellas, que eran verdaderos cromos: frescas, sonrosadas, hermosísimas.

Y transcurrieron varios días de solaz y divertimiento. La nueva vida la encantaba y hasta había observado...

Amalia, en sus primeras noches de insomnio, desvelada, porque no se había acostumbrado todavía a la nueva vida y al nuevo lecho, percibió ruidos extraños en las virginales camas del amplio dormitorio: veía cruzar sigilosas sombras blancas, cuerpos de educandas, que al amanecer volvían a ocupar, con el mismo misterio, sus primitivos lechos.

Hasta creyó oir suspiros entrecortados y rumor de besos, que la enardecían, porque, pensando mal, acaso, suponía...

Su joven naturaleza se excitaba y su imaginación calenturienta desvariaba.

Por la mañana observaba detenidamente a algunas de sus compañeras y las veía pálidas y ajadas.

¿Padecerían también insomnios como ella?

Amalia no podía escaparse de pagar la novatada y sus diabólicas compañeras se la prepararon como a todas las novicias.

Julia, una de las pensionistas más traviesas, la inventó y fué aprobada por todas las demás, que por anticipado se regocijaban de la broma.

Llegó la noche: todas se retiraron a su respectivo lecho.

Amalia empezó a desnudarse tranquilamente, con mucha lentitud.

No se sentía bien; estaba amodorrada, pesada la cabeza, con mal gusto de boca...

Soltóse el corsé, que cubría unos pechitos sonrosados, pequeños todavía, pero bien formados; empezaban a desarrollarse espléndidamente.



Empezó a desnudarse con mucha lentitud.

Quitóse las ligas, despojóse de las medias, dejando ver una pantorrilla escultural, blanca como la leche, y unos muslos alabastrinos, in-

citantes y exuberantes, a pesar de su adolescencia.

Antes de meterse en el lecho quiso evacuar una leve necesidad, pero al sentarse en el vaso de noche, cayó estrepitosamente al suelo, lanzando gritos de auxilio.

Era la novatada.

Las compañeras habían amarrado un cordel al asa, tiraron de él oportunamente y la muchacha dió con su cuerpo sobre el pavimento.

Acudieron las celadoras del dormitorio, acudió la directora...

—¿Qué ha ocurrido...?

—¡Estoy herida! ¡Tengo sangre!

La directora se dió cuenta de lo sucedido y prometió castigar a las autoras de la broma, pero por de pronto procuró examinar a Amalia para curarle la herida.

Transportada a su lecho, la reconoció escrupulosamente, pero no presentaba lesión alguna por ninguna parte.

—No es nada—exclamó.

—¿Pero y la sangre?—preguntó a una de las celadoras.

Cambiaron una mirada significativa.

—No te apures, monina — la dijo cariñosamente— ; esa sangre no procede de ninguna herida... No es nada... ¡Ya eres una mujercita hecha y derecha! No sé si me entiendes.

Amalia la miraba atentamente.

¿Qué quería decir aquello?

Una de las celadoras la preparó rápida un cocimiento de hierbas, que bebió con ansiedad.

—Ea, a descansar. Mañana averiguaré yo quién ha sido la autora de la broma y sufrirá su castigo.

—No, eso no ; yo la perdono.

—No quedará así la cosa.

Y dándola un beso se despidió de ella.

Amalia acabó por comprenderlo todo y procuró dormir.

Al día siguiente no pudo levantarse : un dolor de caderas, unos retortijones de tripas... ¡Si para eso sólo valía el ser mujer!...

Corrió la voz entre las compañeras. No era nada ; cosas naturales.

Sin embargo, fueron muchas a visitarla.

—¿Cómo te encuentras, Amalia?

Y la muchacha agradecía la intención y buscaba, buscaba...

Por fin se presentó Julia.

¿La esperaba? Indudablemente así lo parecía, a juzgar por el placer que experimentó al verla entreabrir las cortinas.

Entró toda medrosilla y encortada, mirándola fijamente.

¿Sería ella la causa de su mal?

Por fin se atrevió a hablar.

—Perdóname, te pido perdón...

Y al ver que Amalia permanecía muda, la abrazó, besándola efusivamente.

—¡Perdóname!—repetía.

Ella no supo qué contestar. ¡Estaba tan hermosa en su papel de arrepentida!...

La directora acudió oportunamente. Julia se disponía a reconciliarse con la joven a cualquier precio, y ora la besaba en la cara y a veces en lo más delicado y precioso de su cuerpo, haciéndola experimentar sensaciones jamás sentidas por ella.

—Ea, basta ya — dijo la directora en tono grave y con una seriedad que a ratos perdía,

según aseguraban malas lenguas—. Tú, Julia, has sido la causa primordial de su desgracia, y desde ahora te impongo como castigo la misión de ser su defensora, su maestra, su amiga, su guía, su madre...

Y se retiró prudentemente con las demás colegialas, dejando solas a las dos jóvenes.

—¡Ya estás bien castigada!—exclamó Amalia dirigiéndose a su amiga.

—¡Hija mía!—replicó la otra—. ¡Ya tengo una hijita y muy mona, por cierto!

—¿Me querrás?

—Con todo mi corazón.

Llegó la noche, y, como la directora sabía hacer las cosas completamente bien, dispuso que se colocasen juntos los lechos de las dos amiguitas, para que así pudiesen cuidarse mejor.

Y las dos entretuvieron la velada contándose mutuamente sus leves historias.

Abrazadas en el mismo lecho, porque uno de ellos quedó vacío hasta el amanecer, en que cada una ocupó el suyo, para no despertar sospechas, charlaron a sus anchas, se expansionaron hasta el punto de que a veces en el misterio de la noche se oía la voz de la celadora:

—¡Silencio, señoritas!

Ellas entonces juntaban sus bocas para que los sonidos no se percibiesen y así estaban en éxtasis, embelesadas, haciendo las manos lo que la palabra no podía expresar.

¡Qué noche aquella!

Amalia se sentía desfallecer. Una laxitud general la invadía: tal vez podría costarle caro su paso a la pubertad, ¡pero era aquello tan delicioso...! Aunque le hubiese costado la muerte.

—¿Me querrás mucho?—preguntaba ansiosa Amalia.

—Eternamente — respondía Julia entre espasmos de placer.

—¿Serás mía, sólo mía?

—Tuya siempre.

—¿De ningún hombre?

—De ninguno. Me causan horror.

—¡Vida mía!

—¡Mi cielo!

—¡Silencio, señoritas!—repetía la voz gruñona de la celadora, que oía confusamente conversaciones que no entendía con claridad y que partían de muchas camas del dormitorio.

No eran, por lo visto, solamente Amalia y Julia las que estaban desveladas.

II

ÉL

Llegaron las vacaciones: una época triste para ambas, porque aquello entrañaba quizás una eterna separación.

Amalia había cumplido diez y ocho años y su padre había decidido casarla con un comerciante muy rico, que haría frente a su estado ruinoso, pues sucesivas jugadas de bolsa y una vida de crápula habían dado al traste con toda su fortuna.

La joven se negó resueltamente al principio a contraer matrimonio. Su pasión por Julia había llegado a un extremo rayano en la locura y su aversión hacia los hombres no reconocía límites.

Pero el padre se impuso, expúsola además su estado financiero y se doblegó, aunque jurando que no sentiría el menor afecto por su esposo.

—¡ Pero si es imposible vivir separadas !—exclamaba Julia retorciéndose las manos—. ¡ Es una iniquidad ! ¡ Maldito sea el hombre que te roba mi cariño !

—¡ Si te querré a ti sola !—decía la otra besándola frenéticamente.

—¡ Es que te mataría—añadió Julia, celosa—si advirtiese en ti el menor síntoma de afecto hacia ese monstruo !

El padre de Amalia accedió a que Julia viviese con su amiga hasta que ésta contrajese matrimonio. Era un favor al que no podía negarse, en vista de la docilidad de su hija.

Las dos jóvenes habitaban en la misma alcoba y allá, en la soledad de la noche lloraban sus cuitas, contando desesperadamente los días que les restaban de vivir juntas.

Julia se abrazaba furiosamente al cuerpo de su amiguita, como el avaro que teme que le roben su presa, cual queriendo saciarse en el placer que se le arrebataba, que le robaban arteramente.

Y aquellas noches furiosas, insaciables, hacían mella en su naturaleza enfermiza y en su cerebro de neurasténica.

Mas, ¿ qué le importaba a ella la vida ya ? ¿ No la daba por su amada ?

A veces, tras sacudidas nerviosas, tras inenarrables espasmos quedaba exánime, desmayada, sobre las blancas sábanas, no tan blancas como su busto alabastrino.

Amalia la besaba cariñosa, la llamaba con dulces palabras y la reconfortaba cariñosa.

—¡ Somos unas locas ! ¡ Y tú lo eres más todavía ! ¿ De dónde te sacas que vamos a separarnos para siempre ? ¿ Acaso he de vivir encadenada siempre a mi esposo ? ¿ No podremos vernos a ratos ?

—¿ Pero dónde ?

—En mi propia casa. ¿ Quién ha de sospechar ? ¿ No puedo yo tener amigas ?

—¿ Y dónde habitaré yo ?

—En tu casa.

—¡ Si no la tengo ! Mi tutor me ha comunicado que ya soy una mujer, que carece de recursos y que he de arreglarme en lo sucesivo para vivir de los míos propios. Ya no puedo regresar a la pensión. Cuando tú te cases yo he de buscarme una ocupación... Me anunciaré como institutriz, como dama de compañía...

—¡ Calla !—exclamó delirante Amalia—. Tú no trabajarás, no tendrás que anunciarte, pues mi futuro esposo es lo suficientemente rico para que de la cantidad que me señale para mis gastos, puedo yo distraer con creces para los tuyos.

Aquellas explicaciones hicieron más llevadera la situación.

El prometido de Amalia era uno de los principales comerciantes de la corte. Serio, sin esa gravedad repulsiva de algunas personas, guapo y relativamente joven, se casaba por amor. Le gustó la novia y pensaba vivir dichoso.

Además era hombre de mundo y se preciaba de conocer el corazón humano.

Cuando Amalia le habló de su compañera de colegio arrugó el entrecejo.

—Querida mía—le dijo— ; tu amiguita es una hermosa mujer, que acaso me haría caer

en la tentación algún día... Por tu tranquilidad, al menos, evita que vivamos juntos los tres. No por eso te prohibo que abandones su amistad. Yo también tengo amigos...

Amalia comprendió que su futuro le cerraba a Julia las puertas de su casa.

Aquella noche fué espantosa. Se acercaba el día de la boda.

—No te apures!—la decía Amalia—. Ya que el impío te separa de mi lado, ahí tienes dinero. Alquila un cuartito para ti y espera mis noticias. Nos veremos frecuentemente. Pero júrame que no existirá en tu corazón otro amor que el mío.

—Te lo juro, y jura a tu vez que ningún hombre será dueño de tu corazón.

—¡ Y lo dudas !

—¡ Tus labios !

—¡ Tu boca !

Y en éxtasis arrebatador se besaban las dos muchachas y se entregaban a los excesos más desordenados.

—¡ Mi vida !

—¡ Mi única pasión !

—¿ Me olvidarás ?

—¡ Nunca !

Rápidas pasaron las noches precursoras del gran acontecimiento.

No para Julia, que se debilitaba por momentos, como lámpara que se extingue. Era una enferma de pasión, una triste sensitiva que la menor ráfaga podía tronchar.

¿Cómo recibiría el golpe fatal? Amalia temblaba por ella.

Sin su amor la vida le era imposible.

La criada, que no estaba en las intimidades

de las jóvenes, cuando veía su tristeza las consolaba como podía :

—Ea, señoritas, no es para tanto. Hoy por ti, mañana por mí. Quiere decir que usted también se casará y serán dos buenas madres de familia y se seguirán queriendo como hasta ahora. Así es el mundo y así es la vida humana.

Llegó la víspera del día fatal.

Aquella noche hicieron locuras, verdaderamente. Julia quería agotar a su amiga para que llegase exhausta al sacrificio. Y Amalia, por su parte, quería demostrarla cuán grande era su cariño.

El futuro marido reflexionaba en tanto.

Era un hombre de mundo...

III

PRIMER ATAQUE A SU FELICIDAD

Julia tuvo el valor de acompañar a su amiga hasta la iglesia.

Allí ya no pudo más : cayó desmayada en brazos del sacristán, que no sabía cómo deshacerse de aquel bulto que se le venía encima.

—¡ Soltarle el corsé ! — observó uno de los testigos.

El sacristán no osaba realizar tal profanación, pero la madrina acudió presurosa en auxilio de la joven, que permaneció desmayada durante la ceremonia.

El novio pronunció el sí sacramental harto preocupado, pues Amalia parecía mostrar más

interés por la muchacha que por el acto trascendental que se celebraba.

Los convidados fueron obsequiados espléndidamente y hubo el jolgorio propio del caso.

Las dos amigas tuvieron un leve momento de expansión.

—Me retiro—díjole Julia—. Yo no puedo presenciar estas cosas.

—¡Pero come con nosotros!

—De ninguna manera. Me pondría peor.

—¡Que vas a dar lugar a comentarios!

—Poco me importa.

Y pretextando una indisposición, que verdaderamente sentía, se despidió triste y pensativa.

—Ya me escribirás—le dijo aparte a Amalia—. Quiero saberlo todo. Y allí espero, ¿sabes?

Por vez primera ocupaba el lecho que la generosidad y el amor de Amalia había pagado anticipadamente.

Y allí se acostó llorosa y loca por el dolor, devorando su amargura entre las cuatro paredes; sin poder comunicar a nadie sus sentimientos; abandonada y desesperada.

En su calenturienta imaginación se representaba lo que podía ocurrir en aquellos momentos.

—Ahora—se decía—estarán ya solos en la alcoba nupcial. Se acerca la hora del sacrificio. ¿Resistirá mi amada, o acaso caerá rendida en brazos del monstruo? ¡Y pensar que un hombre infame me la roba a mi cariño! ¡Maldito sea!

Aquella noche no pudo dormir. En su delirio veía a Amalia abrazada a su marido, acariciándole con las mismas frases que para ella empleaba, dándole los mismos besos que a ella la prodigaba, entregándose a él con la misma pasión que a ella se entregaba, enloquecida de amor, sedienta de las caricias del macho, perdida completamente para ella, olvidada de su amor...

¡Qué noche! A su lado la eternidad era un instante.

Parecía como que aquélla, venciendo a la luz, la envolvía para siempre en sus lobregueces; la obscuridad era permanente en la naturaleza y en su cerebro.

¡Luz! ¡Hermosa luz! ¡Rasga las tinieblas, muéstrate hermosa y refulgente a los mortales...!

Por sus pasos contados llegó el día. Un amanecer triste, como su alma, una aurora precursora tal vez de su desdicha eterna.

Julia abandonó el lecho, pálida y ojerosa.

Sentóse en una butaca y esperó, contando los minutos, que le parecían siglos.

¿Vendrá? ¿Me escribirá? ¿Se acordará de mí?

Y pensó en el suicidio, como única solución.

Allá a las once, cuando su desesperación rayaba en la locura, llamaron a su puerta.

¿Era ella? El corazón golpeóle en el pecho, como queriendo evadirse de su prisión. A poco más cae redonda al suelo.

Abrió precipitadamente. No era Amalia; era la criada, que le llevaba una carta de su amiga.

Abrió el sobre precipitadamente y leyó con avidez:

«Amor mío: Cumplo lo prometido, relatándote mi noche ¡ay! de bodas. Los hombres son

unos brutos y su animalidad se revela hasta en los menores detalles. Y eso que Alfredo procuró ser comedido. Empezó por querer desnudarme, no con la gracia que tú sabes hacerlo. Yo me resistía, pero tuve que ceder al fin... Y



Era la criada, que le llevaba una carta de su amiga.

ya en posesión de mi persona, aun procurando suavizar su conducta, me trató de una manera bestial. ¡Horror! Creo que se me ha roto algo en mi cuerpo... No soy la misma... Es decir, soy la misma por lo que respecta a ti, mi único

y verdadero cariño. Alfredo me llama su vida, su amor, pero cuando recuerdo su rostro velludo, sus largos bigotes rozando asquerosamente mis labios, arañándome, quizás sin querer, se me revuelve el estómago y me acuerdo de tu cutis aterciopelado, de tus labios de rosa, de tus ojos soñadores y excitantes... Julia mía, ven a verme en seguida, ven a darme ánimos, porque desfallezco... siento la nostalgia de tus besos, me falta la luz de tu mirada, me muero sin ti...

»Un abrazo de la que ansiosa te espera y siempre será tuya,

»AMALIA.»

Julia besó frenéticamente la carta, la inutilizó y se dispuso a salir.

Arreglóse coquetonamente y toda temblorosa se encaminó a casa de su amiga.

Recibióla el marido, seco y grave como siempre. ¿La tenía prevención? Julia le pagaba en la misma moneda.

La condujo a la habitación de su esposa y se retiró prudentemente y aparentando la mayor indiferencia.

Pero tenía, como suele decirse, la mosca en la oreja, y vigilaba...

Las dos amigas se abrazaron efusivamente.

—¿Has recibido la carta?

—¡Pobre vidita! ¡Si los hombres son unos bárbaros! ¡Cuánto habrás debido sufrir!

Y se renovaron sus promesas; guerra a los hombres, que para nada necesitaban; amor mutuo y eterno, amor extraordinario, excepcional, pese a quien pesare...

—¿Dónde reside la belleza?—preguntó Julia.

—En nosotras, en ti. Mi marido es horrible.

E instintivamente empezó a desnudarla, besando aquellos pechos ebúrneos, incitantes y aquellos brazos alabastrinos y torneados, y...

En aquellos momentos apareció Alfredo, cejijunto y enérgico.

—¡ Señora — exclamó fuera de sí—, la prohibo terminantemente que vuelva a poner los pies en mi casa !

Julia vistióse rápidamente y Amalia quedó petrificada.

La primera abandonó la estancia para siempre, y ambos esposos quedaron solos y mudos en la habitación profanada por Safo.

IV

SOLAS

La escena entre los esposos fué terrible.

Alfredo no ocultó sus sospechas acerca de las relaciones de las dos jóvenes y prohibió a Amalia que volviese a verla, haciéndola jurar que desde aquel mismo momento cortaba sus relaciones funestas con Julia.

Amalia se revolvió airada contra su marido, protestó de la esclavitud a que se la sometía y negó enérgicamente las relaciones de intimidad que se les atribuía.

La guerra conyugal había estallado. El amor sáfico se había impuesto al amor verdadero y noble.

Pronto resultarían víctimas de esta original batalla.

Amalia se apresuró a escribir lo ocurrido a

su amiga, renovándole sus juramentos de cariño eterno y único.

La aconsejaba que esperase unos días, hasta que pasase la tormenta y que la escribiese, dirigiéndole la correspondencia a la lista de correos, donde ella iría a recogerla.

Alfredo se tornó uraño y taciturno.

Al día siguiente de su matrimonio ya se separó corporalmente de su esposa, durmiendo en lecho diferente.

Y así transcurrieron algunos días. Las jóvenes seguían escribiéndose, afirmándose cada vez más en su amor funesto.

Julia sufría horriblemente. Su débil naturaleza no podía resistir aquella ruda separación y languidecía visiblemente, acentuándose su neurastenia, hasta el punto de llegar a preocuparla a ella misma.

—¡ Mejor !—se decía resignadamente—. Para vivir separada de ella prefiero morirme.

Y nuevas lágrimas brotaban de sus ojos, aumentando el círculo amoratado que los circundaba, haciéndola más interesante todavía.

Una noche hubo una escena terrible.

El marido seguía continuamente a su esposa. Abandonaba sus negocios y se arruinaba moral y materialmente.

—¿ Qué hacía usted esta tarde—la preguntó colérico—en la administración de correos ?

Ella confesó de plano. El tirano la tenía harta con sus celos escandalosos y no lo negó.

—Ya que no quiere usted que vea a mi amiga de colegio, por lo menos debiera permitirme que nos carteásemos. ¿ Me preocupo yo de los amigos de usted ?

—¡ Eso faltaba, señora !

—¿Conque eso faltaba?

—Es claro. ¿Los cree usted tan miserables como ella? ¿Me cree tan degenerado como usted?

—¡Caballero!

—Lo soy. Yo, por mi parte, no puedo decirle a usted señora.

—Acabemos.

—Hemos de terminar, sí. Ha llegado el momento decisivo. Nuestra vida en común es imposible. ¡Y yo que la adoraba tanto!

—¡No puedo yo decir lo mismo!

—Ya lo sé.

—Terminemos, pues.

—Desde ahora mismo. Y desde este momento la digo que esta es mi casa, que su padre de usted no la dió ninguna dote, pues harto hice yo con pagar sus deudas, a cambio de un cariño que pensé hallar en usted, y que es usted absolutamente libre. Esa es la puerta, Amalia. Algún día se acordará usted de este desgraciado que cifró en usted sus ilusiones y que ahora expía su equivocación. Olvide que lleva mi nombre y existamos en el mundo de los vivos como dos muertos que desaparecieron hace tiempo, para no volverse a encontrar ni aun en la eternidad siquiera.

Amalia salió orgullosa y satisfecha de aquella casa, donde pudo formar un nido de amor, de dicha y de ventura.

Su amor a Julia se sobrepuso a todo.

¡Siempre el vicio imperante!

Alfredo la dejó sacar la ropa de su particular uso y las pocas alhajas que eran de su pertenencia.

Aquella vez no escribió. Libre ya de todo compromiso, se encaminó a casa de su amada.

Julia quedó sorprendida al verla entrar. Comprendió que algo grave había ocurrido y preguntó ansiosa...

—¡Libre! ¡Tuya para siempre! —exclamó Amalia.

Y en pocas palabras relató el rompimiento definitivo con su esposo.

—¡Viviremos juntas hasta la muerte!

—¡Hasta la muerte!—repitió pensativa Julia.

Aquel día fué de felicidad completa; de excesiva felicidad, porque Julia, olvidando sus males, se entregó por completo a su amiga, desquitándose ambas de su prolongada abstinencia.

—Estoy mala—decía Julia al día siguiente—. La fiebre no me abandona un momento, mi cerebro desvaría, pierdo las ganas de comer y pienso que pronto te has de quedar viuda.

—¡Calla! — gritaba Amalia, protestando, aunque reconociendo que su amiga acaso llevaba razón.

Y para apartar de su imaginación pensamientos tristes, la decía, entristeciéndose ella a la vez:

—Bueno, ahora somos solas, no tenemos amparo de nadie. Carecemos de bienes de fortuna. Hay que trabajar para vivir.

—Trabajaremos—replicaba la otra, entusiasmada.

—Pero, ¿en qué? El trabajo de la mujer, cuando se encuentra, está muy mal retribuído. Además, ellas carecían de condiciones para ciertos oficios, que requieren largo aprendizaje.

Para salir del paso y para hacer frente a la situación, Amalia pignoró sus alhajas y las dos jóvenes se hallaron en posesión de unas trescientas pesetas, mal contadas. Aquello era un respiro.

Se anunciaron en los periódicos. Nada.

Pasaban los días; el reducido capital iba disminuyendo, a medida que crecían los gastos, porque Julia se agravaba y necesitaba mayores atenciones: caldo, leche, huevos...

Las noches eran terribles. El amor sáfico las hacía olvidar la realidad de la vida y se entregaban a los mayores excesos.

—¡Moriré en tus brazos!—exclamaba Julia en sus éxtasis amorosos.

Y así lo creía también Amalia.

Empezaron los fríos, los días invernales, lluviosos, de huracanado viento.

Las dos amigas apenas abandonaban el lecho.

Los fondos desaparecían; casi estaban tan agotados como la naturaleza de Julia.

Amalia pensó en ir a pedir trabajo a su antiguo modisto, pero su orgullo se rebeló.

No obstante, se lanzó a la calle un día, dispuesta a buscar ocupación a toda costa.

Encontróse con un amigo de su marido: Carlos, el calavera, que alguna vez la había requerido de amores.

Entraron en un café y hablaron. El seductor comprendió que su causa estaba ganada y se insinuó.

Ella se resistió, acordándose de su Julia, pero ese mismo recuerdo la hizo caer. ¡La infeliz se moría por falta de alimentos apropiados!

Y dieron con sus cuerpos en una casa de com-

promiso, y Amalia se prestó al sacrificio por amor a su adorada, sin experimentar la menor sensación, insensible, como una estatua.



Amalia se prestó al sacrificio...

Cobró su trabajo, prometió volver a verle y corrió presurosa a su casa con algunos billetes en el bolsillo.

¡Para la curación de Julia!

¡Todo por ella!

V

CADA VEZ MÁS SOLAS

Amalia se guardó mucho de explicar a su amiga la procedencia de aquel dinero. La engañó

piadosamente y siguieron viviendo así algunos días más.

La muchacha repetía sus salidas cada vez que los fondos escaseaban.

Julia, sospechosa y celosa, extremaba sus caricias siempre que iba a salir, para agotarla, para extenuarla, si acaso iba donde se creía, pero era ella la que languidecía por momentos. La neurastenia se había apoderado de su débil ser y aquella pobre y viciada naturaleza se extinguía a pasos agigantados.

Algunas noches la fiebre llegaba a su período álgido y tenía unos delirios espantosos.

Gritaba, saltaba en la cama, presa de espasmos horribles.

Amalia contó sus temores a su amante circunstancial.

Se trataba de una amiguita querida, cuya vida se aniquilaba.

—¡Vicios de la pensión!—exclamó él, mirándola fijamente.

Ella no pudo resistir aquella mirada inquisitiva y bajó la vista avergonzada, delatándose a sí misma.

—¿Y no tiene parientes?—la preguntó.

—Un tutor que no se preocupa de ella para nada. Todavía no ha ido a visitarla un solo día.

—Pues convendría que le avisases. Esa mujer puede morir en tu casa y comprometerte. Que se la lleve él.

—No querrá.

—Pues llevadla al hospital clínico. Tal vez allí podrá recobrar la salud.

—No querrá ella.

Y se separaron fríos e indiferentes.

Cuando regresó Amalia a su casa, triste y pensativa, halló a Julia en el lecho, presa de horrible fiebre.

Contemplóla compasivamente. Jamás la había visto más hermosa. La blancura de su rostro se destacaba ahora doblemente con su intensa palidez. El círculo amoratado de sus ojos la hacía todavía más interesante.

—¡Amor mío!—la dijo, besándola frenéticamente.

La muchacha despertó sobresaltada de su letargo.

Al ver a su amiga pareció reanimarse y sacó sus brazos calenturientos para abrazarla.

—¿Cómo te encuentras?

—No sé; creo que muy mal. La cabeza me arde y tengo, sin embargo, un frío horroroso.

—¿Quieres que llame al médico?—la insinuó cariñosamente.

—¿Para qué?—exclamó la otra con abandono.

—Siempre podrá conocer él tu mal mejor que nosotras. ¿Por qué no has de curarte?

—Es tarde ya.

—¡No seas tonta! ¡Por mi amor!

Apartóse Amalia del lecho llorosa y descorazonada, y ya sola dió rienda suelta a sus lágrimas.

—¿Qué haré en el mundo sin ella?

Y en un momento se le representó su vida pasada, su doloroso presente y su triste porvenir.

También pensó ella en el suicidio. ¿Qué le importaba la vida sin su Julia? Porque ya la joven la lloraba como muerta.

Acudió el médico y la reconoció detenidamente, enterándose del desarrollo y curso de su dolencia.

Recetó una cosa, cobró la visita y se retiró.

Ya en la puerta le interrogó Amalia ansiosa.

—Esa pobre joven—la contestó, grave y pausado—está agotada. No hay salvación para ella. Cosa perdida.

Nuevamente y con más abundancia corrieron las lágrimas por sus mejillas.

Julia la llamaba, y arreglándose precipitadamente, fingiendo una tranquilidad que no sentía, penetró en la alcoba.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Nada ; que es una gran debilidad, que necesitas reconstituyentes, que te curarás...

—Ya lo sé ; que acabaré pronto de sufrir, ¿no es eso?

—¡Qué disparate!

—Pero yo quiero morir a tu lado ; quiero que tú cierres mis ojos por vez postrera, que veles mi sueño eterno...

—¡Calla, por Dios!

Julia sufrió un nuevo desmayo más alarmante que los anteriores. Esputos sanguinolentos asomaban a sus labios.

El desenlace se aproximaba a pasos agigantados.

Amalia no había vuelto a ver a su amante : durante su última entrevista se convenció de que aquel hombre la había conocido. Por otra parte el estado de Julia requería que no la abandonase un solo momento. Tal vez en alguna de aquellas terribles crisis podía morir...

¡Qué noches más horrorosas!

Solas las dos en aquella triste estancia, cuyo silencio turbaba la fatigosa y ronca respiración de Julia, abandonadas, casi sin recursos, expiaban atrozmente su mutuo delito.

De vez en cuando un acceso de tos reanimaba un poco a la enferma.

—¡Me ahogo!—exclamaba, sofocada.

La atendía solícita Amalia ; besaba aquella frente marfileña bañada por el sudor de la enervante fiebre y procuraba tranquilizarla.

—¡Animo, vida mía! ¿No te sientes mejor?

—Sí, creo que sí... pero no me abandones...

—¡Cómo podría hacerlo, pobre amor mío!

Y la besaba con locura y se arrojaba sobre aquel cuerpecito tenue y frágil, sollozando sobre lo que ya creía restos preciosos de un amor sin par en el mundo.

Cuando se despejaba un poco Julia hablaban de proyectos grandiosos, de viajes, de dichas sin fin...

Eran los efectos de la tisis.

—Iremos a Málaga. En aquel clima benigno me repondré completamente y allí renovaremos nuestro idilio de amor, y contemplando el azul del cielo y la serenidad del mar haremos nuevamente nuestra ofrenda ante el altar de Safo...

Pero volvían los accesos de tos y ellos daban al traste con todas las fantasías, retornando a las jóvenes a la triste y desesperante realidad.

Y así iba transcurriendo el tiempo y acabándose la existencia de Julia.

Una noche sufrió Julia un colapso y Amalia la lloró como muerta.

Vuelta a la vida, advirtió su compañera que, en efecto, aquello se acababa.

Alarmada, se lanzó a la calle en busca de su amante, dispuesta a arrostrar las mayores vergüenzas por su pobre amiga.

La entrevista fué fría y ceremoniosa.

El se limitó a aconsejarla que condujesen a la joven a casa de su tutor.

—No querrá recibirla.

—Sí querrá, y si no se le obliga.

Y dándole, como limosna, unas pocas pesetas, se despidió de ella.

Amalia regresó pensativa y triste.

Aquel hombre llevaba razón.

Pero, ¿querría Julia?

¿Y podrían separarse?

VI

¡Adiós!

A pesar de sus lloros, súplicas y protestas, fué conducida Julia al domicilio de su tutor en una camilla de la Cruz Roja.

El tutor se negaba al principio, pero por fin accedió, por el decir de la gente.

Eso sí; suplicó a Amalia que no abandonase a su amiga en el trance postrero, que la acompañase hasta la muerte, ya que se consideraba a la pobre joven como un próximo cadáver.

Amalia no se negó; por el contrario, accedió gustosa, lo cual fué un consuelo para la infeliz enferma.

El médico de la casa visitóla el primer día y su diagnóstico no pudo ser más terrible.

—Aquí no puede hacerse nada. Esta muchacha no tiene salvación. ¿Para qué recetar?

Aunque lo esperaba así, aquella noticia consternó a Amalia.

También deliraba ella. Se echaba la culpa de la desgracia de su amiga y maldecía su suerte.

Su vida era un continuo martirio, especialmente por las noches.

Julia agonizaba lentamente y ella se daba cuenta de la expiación que la esperaba.



La llamaba con frases lúbricas...

Los delirios de la enferma eran atroces, inenarrables.

La llamaba con frases lúbricas, con aullidos de bestia no saciada todavía.

Incorporada en el lecho, los ojos extraviados.

seca y rígida, la buscaba ansiosa, ardiente...

Amalia se apartaba de ella, se arrinconaba en un sillón y así esperaba ansiosa el nuevo día...

La pobre joven desfallecía también ; su tortura era irresistible.

Cuando salía al comedor, obligada por el tutor, que a ratos se condolía de su estado y la invitaba a comer con él, a lo cual se negaba de ordinario, respiraba con fuerza, reposaba un momento, pero en seguida corría al lado de su amiga, creyendo que iba a verla por última vez...

Y llegó, como no podía menos, el día fatal.

Julia se moría...

Y estaba hermosa, por cierto. Jamás lo había estado tanto, según creía Amalia.

Su rostro lácteo, sobre el cual resaltaban aquellos negros y grandes ojos, tenía el dulzor, la belleza elegante de la virgen mártir.

Una calma aparente resplandecía en su semblante.

Las líneas castas de su gentil cuerpecito se dibujaban correctas bajo las sábanas.

Sus pálidos labios, sonrosados levemente por la fiebre, cerrados, como para impedir que se escapase el alma por ellos, conservaban una placidez alarmante.

Caía la tarde.

El médico se despidió, diciendo tranquilamente :

—No saldrá de esta noche.

Al oir aquello, Amalia quiso llorar, pero sus ojos exhaustos no pudieron derramar una sola lágrima.

También estaba agotada ella.

Por otra parte le convenía conservar todo su

valor para cuando llegase el trance supremo.

¿Quién, si no, cerraría por vez postrera aquellos ojos, quién entrelazaría por última vez aquellas manecitas adoradas que tantas veces la habían acariciado?

Ella, y sólo ella.

El tutor la contempló medio entristecido y resignado, dispuso que se colocase durante toda la noche una lamparilla junto al lecho de la enferma, y encargando a Amalia que se le despertase si llegaba el desenlace esperado, se retiró a sus habitaciones.

Solas quedaron las dos inseparables amigas.

La triste luz reflejaba su resplandor amarillento sobre el insignificante busto de la enferma.

Esta permanecía inmóvil y casi sin respirar.

Aquella actitud alarmó a Amalia, y acercándose a la cama la contempló con avidez y la besó respetuosamente en la frente.

Tal caricia despertó de su letargo a Julia.

Temblaron todos sus miembros, agitados diabólicamente.

Terribles contracciones desfiguraban su semblante.

Sus ojos extraviados miraban a su amiga con terror.

Y su boca, desencajada, profería gritos inhumanos, lanzaba notas estridentes que se traducían en estas palabras :

—¡ Vete ! ¡ Asesino ! ¡ Demonio ! ¡ Atrás, perdición !

Aquello era espantoso.

Amalia procuraba calmarla, sujetarla, pero el espectro se incorporaba en la cama y seguía lanzándole al rostro :

—¡Demonio! ¡Asesino! ¡Perdición! ¡Vete, vete!

¡Y aquellas imprecaciones iban entremezcladas con frases de amor, con palabras pasionales, lujuriosas, sáficas...!

Amalia no podía más. Cayó sobre el sillón, colocado a la cabecera de la cama, impotente, rendida, loca de dolor.

La enferma seguía retorciéndose en el lecho, en contorsiones terribles, los ojos desencajados, casi desnuda, profiriendo gritos que repercutían en los oídos de su amiga como los martillazos siniestros de los funerarios cuando cierran un ataúd...

De pronto, aquel cuerpo febril cesó en sus bailes macabros y cayó sobre la cama, quedando rígido, inmóvil para siempre...

Amalia lanzó un grito sobrehumano y cayó también desvanecida al suelo.

Cuando por la mañana la hicieron recobrar el sentido, cuatro blandones ardían alrededor del lecho mortuorio de Julia.

Todo había concluído.

Y aquella mañana no pudo llorar.

Su corazón había muerto con la muerta querida.

Amalia acompañó hasta el cementerio a la víctima amada de sus amores sáficos y desapareció de aquella casa que tan tristes recuerdos tenía para ella.

—¿Qué he de hacer ya en este mundo?—se preguntó.

—Retirarme de él para siempre—agregó, como respondiéndose a sí misma—y esperar en

la muerte la expiación suprema de este drama.

Y es que la infeliz no llegó a conocer que el único amor es el del hombre, porque es el procreador, el que rige toda la humanidad.

El amor sano y honrado.

FLAUTA Y TAMBOR

I

POR UN CALLO

El marqués de la Violeta era un hombre distinguido, espiritual, suave como la cabritilla.

De sus gustos refinados se contaban mil anécdotas verdaderas, y entre la *hig-life* pasaba plaza de ser el prototipo de la corrección y la caballerosidad.

Aquella noche se hallaba en el club y formaban su tertulia varios jovenzuelos aristócratas y un vejote, don Juanito, cuya mundología causaba la admiración general.

Se hablaba, como es consiguiente, de mujeres. El amor era el tema preferente, aparte del juego, de aquella reunión despreocupada y libertina.

Contábanse historias de lupanar, de adulterio, de celos.

Cualquiera de los contertulios, el más insignificante, tenía tela cortada para rato.

Y allí desfilaron cocotas, horizontales, artistas, señoras empingorotadas y linajudas; mujeres todas que habían tenido la debilidad o el capricho de haberse relacionado íntimamente con aquellos prójimos.

El marqués escuchaba indolentemente, saboreando una copita de coñac Hennesy y arrojando bocanadas de humo de su obligado Aguila Imperial, que apenas se separaba de sus labios.

—¿Y tú no tienes nada que contarnos?—le preguntó uno al marquesito.

Enrique cambió de postura, miró lánguidamente a sus amigos y dijo en tono displicente:

—Nada, queridos. Dejadme tranquilo; tengo un aburrimiento que me consume.

—Nostalgia de amor—observó otro de los contertulios.

—¿Todavía te acuerdas de Julia?

—¡Ni de su nombre!

—¡Embustero!

—¿Pero tan grave ha sido la cosa?

Enrique no quería hablar; casi le molestaba referir lo ocurrido, porque su dignidad de hombre refinado y pulcro se rebelaba escandalosamente.

¡Aquella Julia de sus ilusiones...! La mujer que le había obligado a rebajarse...

—¡Dejadme!—volvió a repetir.

Pero le obligaron tanto, a tal punto llegó su excitación, que acabó por revelarlo todo.

Tenía razón el marquesito.

—Figuraos—empezó diciendo—que Julia era para mí la mujer más espiritual que he conocido.

—Y para todos—exclamó el coro general, que había admirado más de una vez la arrogancia y distinción de aquella rica hembra.

—Era casada.

—Miel sobre hojuelas—volvió a repetir el coro.

El marido, uno de los tantos maridos que

tienen fe ciega en sus mujeres, no nos importunaba en lo más mínimo.

—*Infinitum stultorum numerus est*—exclamó don Juanito con arrobamiento y recordando la única cita de latín que conservaba de sus estudios lejanos.

—O lo que es lo mismo—agregó otro, queriendo hacer un retruécano fúnebre—, el número de los tontos no tiene número.

—Eso es—prosiguió el marquesito—. Julia venía a verme con frecuencia a mi cuartito de soltero y allí pasábamos horas deliciosas.

—¡Oh, feliz mortal! ¡Cómo te habrás regodeado con aquella escultura viviente! El auditorio exige que nos detalles sus formas, ya que en la actualidad no te pertenece.

—Sí, sí—gritaron todos—. Queremos saber cómo tenía los muslos y los pechos y... Dinos si en el supremo momento entornaba sus ardientes ojos o los abría más, entre espasmos de placer.

—No lo diré—replicó el marquesito—; excitaría vuestra lujuria y lo pagaría la que menos culpa tuviera. Sus encantos íntimos no los revelaré, porque me han pertenecido a mí solo.

—Y al marido—dijeron los otros.

—¿Y qué es en último caso un marido? Unicamente el marido.

—Es verdad—contestaron los amigos, aplastados por aquel bloque de lógica que se derrumbaba sobre ellos.

—Pero cuéntanos el lance, Enrique—observó don Juanito, haciendo callar con un gesto al auditorio—. La causa de la ruptura...

—Figuraos—prosiguió el marqués—que el esposo empezó a sospechar...

—¡Qué impertinentes son algunos esposos! —observó uno de los contertulios.

—Empezó a sospechar—siguió diciendo Enrique—, y aquello fué el acabóse. Terminó la mutua dicha, porque no la dejaba salir a la puerta de la calle sola. O la acompañaba o la hacía seguir por persona de su confianza.

—¡Cuando digo que debiera hacerse un escarmiento con ciertos maridos...!

—Julia fué a verme la última vez, comprometiendo su honor.

—Sí, porque el honor de él ya estaba harto comprometido.

—Nuestra entrevista rápida fué triste y desconsoladora. Inventemos algo—me dijo ella—; no puedo pasar sin verte. El amor es muy ingenioso, queridos, e inventamos una treta descacharrante.

—Veamos, veamos—exclamaron todos, curiosos.

—Me hice unas tarjetas que decían así: «Enrique Pimentel, pedícuro, Cruz, 124, 1.º».

—¡Te hiciste callista! ¿Para qué?

—Ahora veréis. Julia se llevó unas cuantas, y como por descuido dejó una sobre el buffet y otra en su tocador. A los pocos días pretextaría que le dolían los pies, que un callo rebelde no la dejaba andar y que era preciso buscar un buen pedícuro que la curase.

—Ya lo comprendemos todo—exclamó don Juanito—. No conociendo a ninguno, verían tu tarjeta y te enviarían a buscar.

—Eso, precisamente. Una tarde, de impaciencias para mí, se presentó en casa un lacayo, rogándome que fuese a la de Julia, de parte de sus amos, para ejercer mi oficio de pedícuro.

—¡Tu marquesado por los suelos!

—Ebrio de alegría, preparé una cajita con no sé qué herramientas, compradas en un bazar quirúrgico, y anhelante porque iba a ver a la mujer de mis ensueños y orgulloso porque nuestra treta había dado el resultado apetecido, cogí un coche y en un momento llegué a la casa de mi adorada.

—¡Que te esperaría con igual ansiedad!

—Llamo, me abren la puerta, sale un criado, me presento, como el pedícuro reclamado, me pasa al despacho y allí me tropiezo con el marido.

—¡El bruto!

—Yo pensé: este animal, que no tiene la menor sospecha de mí, será el mismo que me introduzca hasta el gabinete de mi Julia; nos dejará solos... y ya podéis figuraros el final.

—Nos lo figuramos.

—Pues estáis equivocados, porque...

Enrique hizo una pausa; arrojó una bocanada de humo y quedó pensativo.

—Habla; nos tienes en ascuas.

—Digo que estáis equivocados, porque vais a ver lo qué ocurrió. El marido de Julia me midió con una mirada de pies a cabeza.—¿Es usted el pedícuro?—Servidor, le respondí yo, adoptando un aire sumiso.—¿Sabe usted curar bien todas las excrecencias de los pies? volvió a preguntarme.—Es mi profesión, le dije, y creo que la cumplo a satisfacción de mis clientes.—Pues entonces, agregó el bruto, puede usted acreditarse ahora; siéntese usted. El se sentó también, se quitó una bota, se quitó luego el calcetín y me dijo:

—Hombre, a ver si puede usted hacer que

no vuelva a salirme más este callo, que me está fastidiando hace días.

Me mostró un pie deforme, descomunal, as-



—A ver si me quita usted este callo...

queroso, aplastado e irregular, parecido a un mapamundi, a la pata de un elefante.

Mi primera intención fué pisoteárselo, aplastarlo, triturarlo, pero me revestí de serenidad, pretexté que me faltaba una herramienta especial que me había dejado en casa, salí en busca de ella... y hasta ahora.

—¿Y no has vuelto a ver a Julia?

—¡Ni volveré a verla más!

—¿Y esa ha sido la causa de vuestra ruptura?

—¡Es natural!—exclamó el marquesito, en tono displicente y arrojando otra bocanada de humo—. Ya comprenderéis que yo no puedo ser el amante de una mujer cuyo marido tiene unos pies tan descomunales y deformes. ¿Qué se diría de mí...?

II

EL SOLO DE FLAUTA

La reunión aprobó la noble resolución del distinguido y espiritual prócer. Aquella mujer había perdido ante ellos una barbaridad en un momento.

Se la consideró indigna de ser la querida de cualquier hombre que se apreciase en algo, cuando no se emancipaba de semejante rinoceronte.

Y se levantó la sesión.

Don Juanito se despidió de sus amigos y tomando un coche del club se encaminó ya de madrugada a una casa, de modesta apariencia, en la que penetró, valiéndose de una llave que a prevención llevaba.

No era aquella su residencia oficial ni mucho menos. Allí vivía una costurerilla muy mona y muy retrechera, a la cual protegía don Juanito.

La protegía sin pensamientos livianos, vamos al decir, porque don Juanito respetaba la virginidad de la joven. La conciencia, el resto de conciencia que aun le restaba se rebelaba a segar aquella flor delicada, puesta al alcance de su bolsa, y no decimos de su boca, porque huelga decirlo que lo estaba cuando le venía en gana. Para eso la pagaba.

La chica tenía un cancerbero terrible, la madre, que si accedía a aquellas relaciones era porque tenía la convicción de que don Juanito, hombre gastado y de gustos extravagantes, no comprometería a la niña, no haría que se pusiesen al descubierto ciertas excrecencias sospechosas que se resuelven al cabo de un determinado número de meses y hacen pasar la doncellez a mejor vida.

La mujer cobraba espléndidamente su celestineo, y así iban tirando madre e hija de la bolsa de don Juanito, mientras él se daba por satisfecho, gozando a su manera y pagando sin protestar.

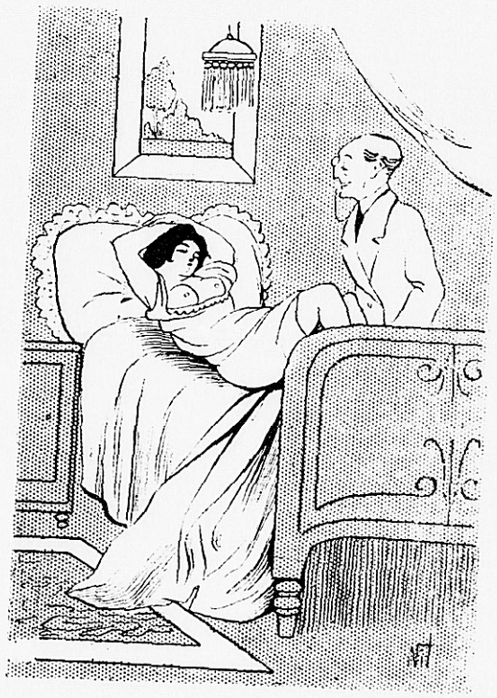
De gustos no hay nada escrito; es decir, se ha escrito mucho, pero el verdadero gusto se ha prestado a cuarenta mil distintas definiciones e interpretaciones.

—¿Dónde está la Elvira?—preguntó el viejo libidinoso.

—¡Vaya una pregunta! — contestó la madre—. ¡En su camita, durmiendo!

Penetró don Juanito en la alcoba virginal y la madre se retiró prudentemente a la suya, dejándole a solas con la joven. Ella tenía buena compañía en su cama, porque el ser mamá no quita para tener también su corazoncito y lo que cuelga, como suele decirse.

Penetró don Juanito, decimos, en la alcoba de Elvira y a la suave luz de la lamparilla contempló con arrobamiento aquel cuerpo escultural que tan caro le costaba.



Contempló con arrobamiento aquel cuerpo escultural...

La muchacha dormía profundamente, sin sospechar que era objeto de tal contemplación.

El calor que reinaba en la estancia la había hecho aligerarse de ropa, y la de la cama yacía

a los pies en informe montón de sábanas y colchas y cubiertas.

Dejaba ver su bien torneada pantorrilla y buena parte del muslo, y la desabrochada camisa permitía admirar unos pechos redondos, sonrosados, duros y tersos, con la dureza gelatinosa, valga la frase, de la virginidad.

El viejo se acercó de puntillas al lecho, levantó un poco la camisa para ver más y estampó un beso sensual en el sitio que constituía su mayor admiración.

Despertóse sobresaltada la muchacha, pero sin mostrar gran espanto.

Por lo visto estaba acostumbrada a aquellas expansiones y caricias nocturnas.

—¿Es usted?—preguntó incorporándose en el lecho y procurando, con un resto de pudibundez, ocultar sus desnudeces.

—¿Quién había de ser?—replicó el otro con un acento de infundados celos—. Supongo que nadie, fuera de mí, se atreverá a penetrar en tu alcoba a estas horas.

—Ni a ninguna otra—dijo la muchacha, haciéndose la ofendida.

—Para eso me cuesta mi dinero — estuvo a punto de saltar don Juanito, orgulloso y soberbio, pero no quiso promover una escena desagradable y se guardó la respuesta en su interior.

¿Le engañaba aquella mujer? No era de presumir.

Pagaba generosamente y hasta hubiera podido comprar a peso de oro su virginidad. ¿A quién mejor que a él pudieran habérsela ofrecido?

—Voy de retirada—dijo don Juanito—y no

he podido resistir a la tentación de hacerte una visita. Hemos estado en el casino y créete que me ha excitado la conversación que allí hemos sostenido. Hablábamos de mujeres...

—Entonces ya sé a lo que viene usted.

—Se habló de música también; no vayas a figurarte...

—La música domestica a las fieras.

—¿Lo dices por mí?

—Por usted lo digo. Los solos de flauta le deleitan, picarón, y como sabe que manejo tan bien el instrumento...

—¡Eres una verdadera maravilla cuando tocas, Elvira, y estoy seguro que si la cursases un poco más en el Conservatorio llegarías al pináculo de la gloria!

—¿Al pina... qué?

—A obscurecer al propio y legendario Bartolo, que para tocar la flauta se pinta solo.

La mamá se había acercado de puntillas a la puerta de la alcoba para escuchar la conversación.

Al oir de lo que se trataba regresó a su lecho murmurando:

—Estoy tranquila: lo de siempre, el solo de flauta. Cuestión de música.

... ...

La sesión artística se prolongó aquella madrugada más de lo regular.

Indudablemente don Juanito se hacía más filarmónico cada vez.

Y la muchacha aborreció cada vez más también el instrumento en el que, según el viejo, era una verdadera maravilla.

Renegaba de su arte.

III

¿QUIÉN ERA ELLA?

El marqués de la Violeta llegó a descubrir el nido donde se cobijaba algunas veces don Juanito.

Y no lo supo por él, ni mucho menos; fué debido a la casualidad, que sabe preparar las sorpresas más extrañas que pudiera uno concebir, aun preparándolas con todas las de la ley.

Don Juanito perdió un día un retrato de Elvira, en el cual, por otra parte, no había la menor dedicatoria, ni el indicio más leve de que aquella muchacha fuese aficionada al instrumento que más agradaba al viejo.

Pero aquella fotografía en poder del calaverón empedernido era muy sospechosa. Indudablemente era una protegida de él.

Y el marqués se guardó el retrato, sin procurar averiguar de don Juanito lo que nunca le confesaría; preguntarle directamente, hubiera sido, por otra parte, contraproducente.

Y pasaron días y días, sin hacer la menor alusión a la joven del retrato.

¿Quién era? Lo ignoraba.

Lo único que sabía es que parecía una niña angelical, distinguida, bonita y bien formada: una monería de mujer; una mujer de abrigo, de las que pueden tomarse a todo pasto aunque no las receten los médicos, muchos de los cuales las quisieran en sus ratos de ocio.

Y un dichoso día, mejor dicho, una feliz noche, al atravesar la Puerta del Sol le pareció a Enrique que ella también cruzaba la anchurosa

vía acompañada de una señora de edad respetable; su madre, seguramente.

Hizo parar el coche que le conducía al club, alcanzóla y se convenció de que efectivamente no se había equivocado. Era la misma.

Pero, ¿quién era ella?

Para salir de dudas la siguió prudentemente.

Las dos mujeres, sin sospechar la persecución de que eran objeto, se encaminaron tranquilamente hacia su casa, penetrando en la que conocía tan bien don Juanito.

El marqués se paseó disimuladamente largo rato por la acera, pero no logró volver a verla.

—Creo que no me equivoco—se dijo—; esta es la mujer del retrato; yo lo comprobaré.

Y como si la casualidad también quisiese no darle mucho trabajo, cuando ya se retiraba vió avanzar en dirección a la casa al dichoso don Juanito.

Ocultóse y lo vió entrar.

—Ya está el pájaro dentro: ella es. Pero, ¿quién es ella?

Esta vez se propuso descubrir la incógnita. Estaba harto intrigado para abandonar sus propósitos.

—Mañana saldré de dudas.

Y abandonó el campo resueltamente.

Don Juanito corría peligro. El marqués era terrible.

... ...

... ...

Pocos días después en el piso principal de la casa cuyo entresuelo ocupaban Elvira y su madre, se instalaba una academia de música.

El director era una persona finísima y culta;

siempre que encontraba en la escalera a la joven la saludaba con una gracia encantadora.

Y debía ser muy inteligente también, porque a poco de abrirse la academia era extraordinario el número de discípulos de ambos sexos.

La joven, con esa curiosidad propia de la mujer, observaba, intrigada, y se deleitaba oyendo los acordes que hasta ella llegaban y admirando a las distinguidas señoritas, al parecer, que acudían a recibir instrucción artística.

Por aquellos días ocurrieron trascendentales sucesos.

Don Juanito estaba enfermo y su dolencia se exacerbó, acaso por el exceso de música a que le había llevado su afición.

La madre de Elvira notó la gravedad de las circunstancias y aconsejó a su hija que fuese más comedida en sus ejercicios.

—Esconde la flauta—la recomendó prudentemente.

—¡ Esconderla ! — replicó la chica—. ¡ Pero si es que él la saca en seguida !

—Pues mucho ojo, porque vamos a perder el filón. Ese tío se nos va.

Y así parecía, en efecto. Don Juanito se dió cuenta de su estado, consultó con un médico y éste confirmó sus temores.

—En vista de lo que me ha contado—le dijo el doctor—, el medicamento no puede ser más sencillo. He aquí la receta : Auséntese de Madrid tres o cuatro meses. Pase la temporada de verano en cualquiera de sus fincas de Asturias.

Los parientes de don Juan hicieron también lo posible para convencerle, y quedó acordado el viaje.

Juzgue el lector lo que ocurriría el día de la separación.

La sesión musical se prorrogó más de lo regular.

¡ Aquellos solos de flauta ejecutados por Elvira le causaban desvanecimientos a don Juanito ! Hubo que reanimarlo a fuerza de Jerez y pastas, pero los reconstituyentes se estrellaban ante su loca afición por la música.

Don Juanito se ausentó de Madrid ; hubo las siguientes protestas de fidelidad, la promesa formal de escribirse diariamente... y el viejo verde montó en el tren, después de haber dejado asegurada la manutención de la madre y la hija por bastante tiempo.

Cuando arrancó el tren, Elvira lanzó un suspiro de satisfacción.

—Permita Dios—exclamó—que se agujereen todas las flautas que caigan en mis manos.

—¡ Niña !—reprendióla la madre—. ¿ Qué sería de nosotras sin ese instrumento ?

—¡ Pues bien pudiera usted tocarlo también !

—Ya lo toco, pero sólo de afición. ¡ Quién tuviera tu maestría !

La chica miróla con rabia.

Empezaba a comprender que era objeto de una escandalosa explotación y pensó en el desquite, en la emancipación.

Y verán ustedes cómo lo consiguió la pobre muchacha.

IV

CAMBIO DE INSTRUMENTO

Elvira convenció a su madre de que debían visitar la academia artística establecida en el principal.

Allí se hacía buena música, aprendían personas muy distinguidas y la joven sentía comezón por dedicarse de lleno a la vida del arte.

En vez de la flauta, aprendería el violín o el piano, sería una profesora y tendría una carrera por lo que pudiera ocurrir el día de mañana.

Y madre e hija se decidieron.

... ...

—¿Está el señor director?

—Pasen y tomen asiento — respondió un groom—. Voy a anunciarle su visita. ¿Qué nombre diré?

—Diga usted que son las vecinas del entresuelo.

A poco penetraban en un elegante y coquetón gabinetito con visos de despacho.

Recibiólas con la mayor cortesía y amabilidad un joven de aspecto distinguido y de rostro simpático: era el director del establecimiento.

Después de los cumplimientos de rigor, la madre de Elvira expuso el objeto de su visita.

—La niña quiere aprender el piano; ya conoce algo de música... ¿sabe usted?

—¿Pero toca algún instrumento?

—La flauta.

—La tocaba—interrumpió la niña—, y aunque dicen que tengo buena embocadura, me aburre y la aborrezco con toda mi alma.

Aquellas frases de Elvira llamaron la atención del director, que miró con más insistencia a la muchacha.

Esta se ruborizó, porque de seguro creyó que había dicho alguna inconveniencia.

Quedó convenido el precio de las lecciones, una cantidad excesivamente reducida, y se acordaron las horas de clase.

—No es necesario que yo la acompañe—dijo la madre al segundo día de lección, segura de la formalidad y comedimiento que se observaba en la academia artística.

De la enseñanza de la chica se había encargado el propio director en persona, y era de ver el contento de Elvira siempre que llegaba a clase.

—Buenos días, señorita; hoy, aunque parezca mentira, la encuentro más hermosa que ayer.

Ella se ruborizaba y le alargaba, temblorosa, la mano, que él estrechaba apasionadamente.

Hablaban de frivolidades y en seguida daban la lección.

Y transcurriendo días y charlando cada vez más amistosamente, el joven se permitió un día cierta libertad, como para tantear el terreno.

Elvira procuró desasirse de unos brazos que la aprisionaban por el talle y salió huyendo.

Quedóse pensativo el director.

¿Se habría extralimitado?

¿Habría perdido para siempre una discípula?

Aquella noche no pudo dormir; pensaba en su acción y en las consecuencias.

Pensaba además en los encantos que había adivinado en la preciosa muchacha y que se es-

capaban de sus manos quizás para servir de recreo a otro más afortunado que él.

Y se revolvía inquieto en el lecho.

Por fin amaneció.

Se aproximaba la hora de la lección y el corazón le latía violentamente, contando los minutos que faltaban.

Llamaron a la puerta.

El director no esperó a que abriese el ordenanza; él mismo acudió presuroso, para salir pronto de dudas.

Suponía que llegaría la madre indignada, si Elvira se lo había contado, armaría un escándalo y le anunciaría que su hija dejaba de acudir a una academia donde su director abusaba de las discípulas.

El escándalo repercutiría por todas partes y ya podía cerrar el centro de enseñanza y largarse con la música a otra parte.

Abrió emocionado la puerta y apareció la joven, seria, algo pálida y muy ceremoniosa.

Dió los buenos días con alguna sequedad y se encaminó a la sala de estudios, seguida del director, que no se atrevía a empujarla cariñosamente, como hacía de ordinario.

Ya junto al piano, el profesor se quedó mirándola de frente, dispuesto a suscitar una explicación y a jugarse el todo por el todo.

Ella se puso a temblar. Comprendía que iba a ocurrir algo grave y trascendental.

—Elvira—empezó diciéndola—, ayer me permití una libertad de la que no estoy arrepentido.

—¡Cómo!—exclamó ella, alarmada.

—Si me autoriza usted para explicar mis extrañas palabras...

—Hable usted.

Los dos jóvenes tomaron asiento a respetable distancia uno de otro.

—Digo que no estoy arrepentido—prosiguió diciendo—, porque no es posible contener los impulsos del corazón. Donde hay amor hay fuego, hay entusiasmo, hay frenesí.

—Ahora le comprendo menos.

—Decía que usted me tiene loco; y como la culpa de mi locura es usted, ha de sufrir sus consecuencias.

—¿Pero habla usted de veras?

—Ya lo sabe usted; porque yo también he adivinado en sus ojos que no le soy indiferente...

—Claro que no.

—Que acaso me tiene alguna simpatía.

—Tal vez sí.

—¿Pero... amor...?

—¡Eh, caballerito, no vaya usted tan aprisa!

La advertencia era por doble motivo; porque el director había ido aproximando su silla y se hallaba junto a la joven, en actitud un tanto *agresiva*.

Elvira se consideró perdida y cerró los ojos. Se veía a dos pasos del precipicio, lo cual era una aberración de los sentidos, pues lo que había a dos pasos de ella era sencillamente una coquetona otomana colocada allí para reclinatorio de la virtud... caída.

El director aprovechó la ocasión; en un abrir y cerrar de ojos la dió un apasionado beso, que retumbó en el abierto piano produciendo un sonido difícil de trasladar al pentágrama, aunque no podía ser más armonioso y bello.

La joven se resistía débilmente; se dejaba hacer, o mejor dicho, deshacer, porque el director la rodeó un brazo por la cintura y con una mano empezó a aligerarla de ropa y a bus-



La joven resistía débilmente...

car por las reconditeces de su hermosura los sitios más tentadores y deleitosos.

—¿Pero qué hace usted?—decía ella, devolviendo caricia por caricia, porque quizás no sabía lo que se pescaba.

—¡Amor mío!—murmuraba él.

Y Elvira creyó que caía en un precipicio, pues por lo visto se había empeñado en confundir la otomana con aquél...

Y cayó... cayó luego en la cuenta de que había perdido el conocimiento, la razón y «cuanto hay que perder», como dicen en la copla.

V

LA MUJER IDEAL

Era aquella una academia distinguida y además de hacerse música se charlaba de todo.

El amor jugaba el principal papel y se referían aventuras y se relataban escenas vívidas que tenían poco de edificantes, aunque sí mucho de reales.

«Desde la princesa altiva
a la hija de un pescador...»

aquellos muchachos, al parecer alumnos de la academia artística, pasaban revista a sus recuerdos y no dejaban honra limpia ni mujer pura.

—Pues sí, queridos — decía Rafael ante un corro de amigos de su misma calaña— ; yo no he amado más que a una mujer, pero era un cacho de gloria, un encanto de chiquilla, un ángel.

—¿Caído?—le interrumpió Sebastián.

Este Sebastián era siempre la nota discordante, cuando se hablaba de las sublimidades del amor.

—¡Calla, desgraciado! — arguyó Rafael—. Tú no puedes comprender la felicidad que reporta una criatura así, que parece haber venido al mundo para hacer dichoso a un solo hombre.

—¿Qué quieres?—argumentó el otro—. Soy un excéptico y no creo que pueda existir ese tipo de mujer perfecta, de mujer ideal ahí, detrás de la puerta, como suele decirse. Hay que ahondar para eso, mi amigo, hay que proveerse de una buena linterna.

—¡Cómo te equivocas!—le replicó Rafael—. ¡Si hubieses conocido a Paulina...!

—¿Se llamaba Paulina?—preguntó alarmado Sebastián—. ¿Y es esa la mujer modelo que tú proclamas?

—Esa misma. ¿Qué quieres decir con esa interrupción?

—Nada — agregó aquél— ; que yo también he sido amante de una Paulina.

—¿Y te atreverías siquiera a insinuar que era la misma? — exclamó Rafael poniéndose serio.

—¡Yo qué sé!—siguió diciendo, impertérrito, Sebastián—. La mía era rubia y vivía en el 56 de la calle Ancha.

—Rubia era también la mía y vivía en el mismo sitio. Pero, ¿prueba algo eso?

—Nada, absolutamente—dijo Sebastián sonriendo con fina ironía.

Aquello empezaba a intrigar a los oyentes. ¡Oh, las coincidencias...!

—Yo — agregó Rafael — la veía los lunes, miércoles y viernes... Los demás días los pasaba con su tío, un pobre anciano impedido y que no logré conocer a causa de su genio endiablado. Paulina no se atrevió nunca a presentarme a él.

—Pues yo—dijo Sebastián—la veía los martes, jueves y sábados. El resto de la semana iba a casa de una tía ciega, para entretenerla, leyéndola novelas.

—Es original — exclamaron los circunstantes.

—¡Pero sería posible...!—pensó Rafael en alta voz.

—¿Que fuese la misma? — añadió Sebastián—. ¡Imposible!

Y en sus labios se dibujó una risa sardónica que tiraba de espaldas.

—¿Por qué tiempo fué tu amante Paulina? —preguntóle Rafael en són de desafío.

—Voy a decírtelo.

Sebastián consultó un elegante librito de notas y añadió:

—De Enero de 1914 a Marzo de 1915...

—¡Cuando digo que es prodigioso...!—exclamó Rafael, que había consultado también al mismo tiempo otro elegante librito de notas—. Mira, lee: «Paulina, Enero de 1914 a Marzo de 1915.»

Sebastián replicó con su cargante ironía:

—Pero, bueno; en último caso, ¿qué probaría eso?

El auditorio soltó una estrepitosa carcajada.

—¿Estás de pitorreo? — dijo Rafael, algo amostazado.

A tal extremo las cosas, penetró en el salón un nuevo discípulo.

Era Julio Mendoza.

—¡Salud, tenorio!—exclamaron todos.

—Hombre—exclamó Rafael—, este nos va a sacar de dudas.

Y todos convinieron en que Julio era el único capaz de dirimir aquella contienda.

—Vamos a ver, Julio; tú que conoces a tanta mujer alegre, ¿has oído hablar de una tal Paulina, que ha vivido en el número 56 de la calle Ancha?

—La conozco demasiado — replicó Julio—. Pero, ¿a qué viene esa pregunta, caballeros?

—Porque Rafael—dijo Sebastián—se imagina que ha podido amarnos a los dos a la vez.

—¿Qué tiempo hace de eso? Decidme por lo menos la fecha.

—De Enero de 1914 a Marzo de 1915—dijo Rafael.

Julio se echó a reir escandalosamente y el coro general le imitó.

—¡Tiene gracia! ¡Ja, ja!—exclamaba Julio, haciendo gestos ridículos.

Aquello molestó doblemente a Rafael.

—¿Nos quieres explicar la causa de esa risa estúpida?—le dijo cogiéndole por la solapa.

Entonces Julio exclamó en tono sentencioso y definitivo:

—Paulina no ha podido amaros de Enero de 1914 a Marzo de 1915.

—¿Por qué?—preguntaron todos.

—Porque precisamente en esa época era yo su amante.

—¡Tú!—exclamaron a la vez Rafael y Sebastián.

—¡Sí, yo mismo! Pero desgraciadamente sólo la veía los domingos. Los demás días de la semana iba a hacerle compañía a una prima anciana y sorda...

No pudo concluir. La carcajada fué general, porque todos habían comprendido el engaño de Paulina.

Eran tres las víctimas de aquella mujer.

Y la broma se hubiera prolongado de no haberse presentado en aquellos momentos el director de la academia.

Iba acompañado de Elvira.

Aquellos jóvenes alegres se levantaron respetuosamente y saludaron a los recién llegados con la mayor cortesía.

Elvira estaba pálida y ojerosa, pero mostraba un aire satisfecho. Quizás la lección de aquel día había sido de su agrado.

—Señores — les dijo el director—, tengo el gusto de presentarles a mi discípula predilecta. Hace grandes progresos en el piano y ha olvidado por completo su favorito instrumento de otras veces, la flauta.

—¡La flauta! ¡Qué asco!—exclamó uno de los circunstantes—. Es un instrumento que sólo puede agradar a jóvenes degenerados o a viejos libidinosos, como nuestro amigo don Juanito...

El director fulminó una mirada que le cortó la palabra al importuno.

Elvira creyó que todo vacilaba a su alrededor. Perdió el equilibrio y cayó en brazos de su amante.

La reunión se disolvió, como por encanto y quedaron los dos solos.

Corramos un velo...

VI

UN TAMBOR ESPECIAL

El reloj del tiempo no se descompone, como los relojes que se venden a ocho pesetas; sigue su curso natural, y anda, anda que te anda, los amores de Elvira con el director de la academia adquirieron mayor relieve; abultaron a la vista de todo el mundo y llegaron a alarmar a la mamá.

—A ver si después de la flauta vendrá el tambor—pensaba la buena señora, en los ratos que se quedaba a solas con su amante.

Y en verdad que el parche no tenía desperdicios.

Los enamorados, cada día más, y más ardientes cada día, no se daban punto de reposo. Menudeaban las lecciones y pronto se daría a luz una nueva estrella: digo que pronto aparecería en el mundo del arte una notable profesora: Elvira.

Pasaron dos meses, tres meses, y la joven comprendió que no había más remedio que sufrir las consecuencias de su falta o reventar... de dolor.

—Pronto seré madre — le dijo un día a su amante.

—¿Tan pronto?—exclamó el otro, sin saber lo que se decía y poniéndose a tocar el tambor.

Y como el cariño engendra confianza, ella se franqueó una vez, contándole sus relaciones pecaminosas con don Juanito.

—¿Dónde está ese don Juanito?— exclamó el director poniéndose furioso.

—Está fuera.

—Pues eso le vale; pero cuando esté dentro se acordará de mí. Esa flauta se la inutilizaré yo.

—¿Y cómo?

—Metiéndosela... no sé dónde se la meteré... pero no tendrá frío.

—Te advierto que mi madre sospecha y temo que un día te arme un escándalo.

—Tu madre no me arma a mí nada, porque es muy poca cosa.

—¿Y yo?

—Tú me desarmas cuando llega la ocasión, sol de los soles.

—A propósito del sol: ¿Damos la lección? ¿Sol, do, la, sí?

—No, digo, sí.

Y los dos jóvenes se dedicaban a la labor con entusiasmo admirable.

Pero como, en este mundo traidor, la felicidad nunca es completa y lo eterno sólo existe en paradoja, los acontecimientos vinieron a turbar aquellas apacibles lecciones artísticas, llamadas a dar en breve ópimo fruto.

Ocurrió que don Juanito, el de la flauta, mejoró notablemente de su dolencia y regresó al lado de su amada y cara Elvira.

No es verdad que con la ausencia se extinga el culto del amor, sino que, por el contrario, crece más.

Creo que una cosa parecida, en verso pedestre, decía Camprodón en su zarzuela Marina; pero así es, en prosa o verso.

Y don Juanito se encaminó derechamente a casa de su amantísima Elvirita, que en aquellos momentos dormía tranquilamente en su lecho virginal.

Decimos lecho virginal, porque nadie lo había profanado todavía. En la academia había una otomana, como ya sabe el lector, que daba al traste con todas las virginidades que se presentasen.

Aunque la hora no podía ser más intempestiva, abrieron a don Juanito.

Al verle la madre no pudo reprimir un grito de espanto y de alegría al mismo tiempo.

Los fondos se agotaban y hacía falta el protector de siempre.

Por otra parte temblaba por si el viejo se daba cuenta del estado de su hija ; porque a ella no le cabía la menor duda de que el tambor había substituído a la flauta.

—Pase usted, don Juanito — le dijo en voz baja—. ¡ Dichosos los ojos... ! Viene usted muy bien.

—Regular, nada más.

—Digo que viene usted con mucha oportunidad, porque los fondos...

Don Juanito le entregó displicentemente algunos billetes de banco.

—¡ Siempre tan generoso !

—¿ Y Elvira ?

—¡ Durmiendo, pensando tal vez en usted la pobrecilla !

—Voy a darla las buenas noches siquiera. Seré muy breve.

Y como dueño y señor se encaminó a la alcoba donde dormía la joven.

Penetró de puntillas, acercóse a ella, la contempló un momento y la dió un ruidoso beso.

Despertóse sobresaltada la muchacha y se alarmó doblemente al reconocer a don Juanito.

—¡ La flauta !—dijo éste.

—No, no puedo esta noche—replicó ella—. Podríamos despertar a los vecinos... me siento mal... mañana... déjeme usted... descanse usted... mañana será otro día...

Don Juanito no quiso insistir. Además venía rendido del viaje, efectivamente.

Y se retiró, prometiendo volver al día siguiente.

La joven deseaba por momentos que llegase la hora de la lección.

Penetró en la academia sofocada y llorosa.

—¿ Qué te ocurre ?—le preguntó su amante, alarmado.

Ella no podía expresarse bien.

—¿ Sabes ? Aquel don Juanito... el de la flauta... ha venido... y quiere reanudar los conciertos... y yo no quiero... yo no puedo... volverá... hay que cortar...

—Sí, es el único remedio ; eso corre por mi cuenta... le cortaré...

—No... digo que hay que cortar esta situación... Mi madre sospecha... yo voy a ser madre... tú serás padre...

El director tuvo compasión de la joven y la consoló de la manera que él sabía hacerlo.

Mientras tanto volvía don Juanito a casa de Elvira.

Llamó a la puerta.

La madre inocentemente le dijo dónde estaba en aquellos momentos.

—Está aprendiendo el piano. Suba usted, está en una academia que hay en el principal.

Don Juanito no vaciló. Quería verla, quería ver la academia y recomendarla al director, para que la enseñase bien.

Estaba abierta la puerta y se encaminó al despacho de aquél.

La lección había terminado ya y en el gabinetito se hacía tertulia. Allí estaban el director, Elvira y algunos discípulos.



Allí estaban el director, Elvira y algunos discípulos

—¿Se puede?—dijo una voz.

—Adelante.

Y penetró don Juanito.

La sorpresa fué general.

—¡Tú!

—¡El!

—¡Nosotros...!

—¡Vosotros...!

Don Juanito encaróse con el director.

—Está bien, Enrique. Me la has dado con queso...

—¿Os conocéis?—preguntó Elvira, temblorosa.

—Ya te explicaré...

Los contertulios rodearon a don Juanito, como para consolarle.

—No, si estoy satisfecho—decía éste—. Antes tocaba la flauta... Ahora que toque el tambor.

Enrique se creyó en el caso de intervenir.

—Juanito—le dijo—, el parche de ese tambor es mío y de mi cuenta corre... Si a usted le hace falta la flauta...

—No, no; desde hoy acabo de ser filarmónico...

Y se retiró prudentemente, mientras el marqués de la Violeta, Enrique, el fingido director de la academia artística, consolaba a besos a su idolatrada Elvira, que por fin sacudía el rudo ejercicio de la flauta, para dedicarse a profesión más noble y honrosa.

EL HIJO ARTIFICIAL

I

DEL HOSPITAL AL ALTAR

Don Marcelino Pinacho era un sabio en toda la extensión de la palabra.

Su fama había traspuesto los Pirineos y en la universidad de Oxford y en Liepzig y hasta en la Pensilvania su nombre era harto conocido, pues siempre iba acompañado de los inventos más maravillosos.

Una vez estuvo a punto de alcanzar el premio Nobel, con todas sus consecuencias de millares de francos, pero un polaco se la jugó en puerta y quedó postergado.

Aquello fué una verdadera polacada, que nunca pudo olvidar el famoso profesor.

Antes de descubrirse el radio, y el tungsteno, y el osmio y el ramio ya lo había presentido don Marcelino, con su intuición de químico profundo y físico a macha martillo.

Pero todos sus triunfos en la vida pública, en su vida bienhechora para la humanidad, se veían amargados en su existencia particular y privada.

Y no es que tuviese defectos, vicios, como se achacan fundadamente a muchos de nuestros grandes hombres actuales, casi todos inferiores

en intelecto a don Marcelino, sino que en la elección de su media naranja había estado desacertadísimo.

En la tierra no hay felicidad completa, como dijo otro sabio, compañero del señor Pinacho.



Un día, examinando las propiedades de ciertos cuerpos...

Y es una verdad como una plaza de toros.

Un día, examinando la propiedad de ciertos cuerpos estallaron éstos estrepitosamente y dieron con el suyo en tierra.

Le recogieron moribundo y se le condujo al hospital, que al parecer debía ser el último paradero del genio.

Pero tropezó con un médico excelente, que al saber de quién se trataba puso todo su empeño en salvar aquella vida que tantas glorias podía reservar a su patria.

Tratóle con esmero y le recomendó eficazmente a todo el personal de la casa, que desde el primer momento secundó el noble propósito del buen doctor.

Don Marcelino estaba para echarlo a los perros, como vulgarmente se dice. Tenía fracturadas algunas costillas, la nariz se le había quedado un poco vuelta hacia la derecha y de la boca había perdido algunas de sus piezas más indispensables para la masticación.

La curación fué larga y laboriosa.

Y en aquellas noches de insomnio, en aquellos eternos días de pasividad, don Hipólito mataba su tedio con la buena hermana de la caridad que habían puesto a su particular servicio, hablándole de ciencia, de los inventos que tenía en su cabeza y del calor que hace en Madrid en verano.

Aquellas continuas relaciones llegaron a hacerse íntimas, en el buen sentido de la palabra.

Se trataban amistosamente, se contaban sus cosas, y la hermana se franqueó un día con el doctor y le refirió su historia.

Era una historia vulgar por lo corriente, pero de gran trascendencia individual.

En el pueblecillo donde nació y creció hasta hacerse un tierno pimpollo había un alcalde, el

cual alcalde tenía un hijo, y este hijo estudiaba en la corte.

Regresó una vez de vacaciones, hecho un verdadero golfo, o mejor dicho, un tenorio con apoteosis.

Su mundología y la circunstancia de ser hijo de la primera autoridad popular le hacían irresistible.

Vió a Emilia, que así se llamaba la monja en el mundo y la diputó por suya.

—¡Hermosa mujer!—se dijo el estudiante relamiéndose de gusto.

Y la muchacha cayó atolondrada en brazos del galán, como los pajarillos caen en la boca de la serpiente, que los atrae con su cascabeleo enloquecedor.

—¿Y cómo quedó la cosa? — preguntóla el sabio, echándose mano a la quijada, que se condolía por la falta de muelas.

—Figúrese usted cómo quedaría — replicó ella—. Póngase usted en mi lugar.

—No, hermana, eso no—exclamó don Marcelino, protestando—. Cada uno en su puesto y a quien Dios se la dé que se la bendiga San Pedro.

—Quiero decir—prosiguió Emilia—que la cosa quedó de mala manera.

—Ya me lo figuro.

—Me abandonó.

—También me lo figuro. Y dejándola tal vez algún recuerdo.

—No, señor ; una niña.

—Es lo mismo. ¡Pobrecita!

—Sí ; murió a poco.

—No quería decir eso. ¿Y no volvió usted a verle?

—¿Para qué?

—Es claro. Con una, basta.

—Aborrecí el mundo, renegué de los hombres, ingresé en un convento de Arrepentidas, arrepintiéndome de todo... y aquí me tiene usted.

—Ya la veo.

La amistad hacía progresos, así como la curación del lesionado. Pronto sería dado de alta, para bien de la ciencia.

En todos los centros culturales se echaba de menos al famoso químico, de quien se esperaba los descubrimientos portentosos que nos habrían de poner a la cabeza de todo el mundo científico, incluso Alemania.

Así, por lo menos, lo aseguraba el propio don Marcelino.

¿Puede amar una hermana de la caridad?

Porque aunque parezca profanación, Emilia se aficionaba cada vez más al sabio ; y éste la contemplaba pensativo, como si reflexionase en su interior y resolviese un arduo problema, más intrincado todavía que cuantos se habían planteado en su imaginación clara y privilegiada.

Pronto volvería a su laboratorio : las inactivas retortas, los fríos crisoles, los enmohecidos frascos de ácidos peligrosos reclamaban su presencia ; el país entero anhelaba conocer sus nuevos adelantos.

—¿Cuándo volveremos a vernos? — le preguntó entristecida Emilia una tibia noche, precursora del día en que iba a abandonar el benéfico establecimiento.

El sabio la miró fijamente un momento, la

cogió una mano y quiso introducirla entre las sábanas.

Ella creyó, sin duda, otra cosa y la retiró precipitadamente.

—¡No, eso no... !—exclamó, protestando.

Pero don Hipólito no había concebido, dígase así en honor de la ciencia, el menor pensamiento lascivo. Aquella mano había querido depositarla sobre su corazón.

Disculpó sus reparos, dió por colocada la mano en el sitio que quería, y la dijo, como contestando a su pregunta :

—¿Que cuándo nos veremos? Hoy, mañana, continuamente, siempre...

—¡Cómo!

—Sí, hermana, sí, adorada Emilia : yo puedo casarme, usted puede casarse, cumplidos sus votos. Yo la amo... soy solo... ¿Por qué no formar, aunque parezca algo tarde, un nido de amor?

—¡Don Marcelino! — exclamó ella, ruborizándose.

—Vamos, Emilia, acceda usted a mi súplica. Creo que no soy para usted un desconocido. Hasta he creído notar que me demostraba cierto afecto...

Ella movió afirmativamente la cabeza.

Entonces el sabio la echó los brazos al cuello, la arrugó la blanca y tiesa toca y la besó en la nariz, porque la joven rehuía el beso y escondía la cara, ruborosa, especialmente la boca.

Pero aquel beso selló la unión y poco tiempo después la hermana de la caridad era la esposa legítima de don Marcelino Pinacho, que la presentó en sociedad, sin descubrir, como es consiguiente, su procedencia y origen.

II

LA CABRA TIRA AL MONTE

Los primeros meses fueron de completa felicidad.

Don Marcelino, a pesar de su nariz torcida y la falta de muelas, cumplía sus deberes de esposo a las mil maravillas.

Aquello era un continuo gozar y un abandono científico que lloraban sus admiradores.

Pero llegó en seguida la reacción.

¿Cómo permanecer inactivo cuando tantos arduos problemas químicos reclamaban su privilegiado talento.

—¡Manos a la obra!—se dijo resueltamente un día.

Y por primera vez, después de su matrimonio, asistió a la Academia de Ciencias, de la cual era uno de los miembros más importantes.

Volvía de nuevo a la liza, con más empuje que nunca, dispuesto a eclipsar a los mayores sabios que en el mundo fueran.

En el Africa tenebrosa se había dejado mucho por estudiar Stanley ; allí hacía falta un gran químico para desentrañar los misterios de la medicina indígena ; y don Marcelino aseguró que nadie le ganaría la delantera ; que emprendía el viaje por su cuenta y que a la vuelta verían las cosas que se traía de aquellos parajes casi desconocidos todavía, por lo que respectaba a sus propósitos.

Proveyóse de lo necesario, se despidió de su bien amada esposa y allá se largó, en medio de la admiración general y de un temporal que

parecía acabar con la embarcación en que tomó pasaje.

Pero hay un dios que vela por los hombres de ciencia y procura que no se malogren sus nobles propósitos, y al cabo de algún tiempo logró admirar don Marcelino el caudaloso Nilo, en cuyas riberas había de desentrañar tantos misterios y descubrir cosas maravillosas.

Emilia, entretanto, se aburría soberanamente.

Sentía la ausencia del amable compañero y renegaba de aquel afán científico que había derribado su cariño en un dos por tres.

Y pasaba el tiempo con una monotonía desesperante.

El secretario de la Academia iba de vez en cuando a visitarla, para adquirir noticias de aquel privilegiado genio, cuyo sacrificio no tenía recompensa justa, por grande que fuese.

¡ Dejar sola a aquella mujer hermosísima... ! ¡ Oh abnegación noble y admirable !

La joven agradecía tales ditirambos y se aficionaba cada vez más al secretario, cuyas visitas empezaban a menudear de una manera alarmante para el honor de don Marcelino, que estaba muy lejos de sospechar la tormenta que se cernía sobre su límpida y poco rugosa frente.

Una noche llegó lo esperado, mejor dicho, lo que no se esperaría seguramente el sabio de su mujercita adorada.

Presentóse en su casa el secretario, con la obligada muletilla de saber nuevas de don Marcelino.

Emilia no sabía nada de él ; sólo sabía que hacía una noche espléndida y hermosa y que sentía una picazón horrible por todo su cuerpo.

—Eso es la sangre—observó el secretario.

—¡ Si ya no la tengo !—replicó ella, con melancolía.

—¡ Cómo !

—Quiero decir que esta ausencia ha agotado todas mis energías. ¡ Que desfallezco !

Hizo ademanes vacilantes, para dar mayor fuerza a sus palabras y entonces el otro acudió presuroso con objeto de sostenerla y de paso echar un tanteo sobre lo que ya consideraba como país conquistado.

Emilia estaba verdaderamente incitante aquella noche.

Envuelta en vaporosa y artística bata, que por el cuello dejaba ver el nacimiento de unos pechos exuberantes y lo suficientemente corta para adivinar su bien torneada pantorrilla, parecía invitar a la tentación.

Y el secretario tentó aquellas carnes reservadas para don Marcelino, aunque ya muy sobadas por el hijo del alcalde, según confesión de la propia dueña.

—¿ Qué hace usted ? — dijo ella protestando pasivamente, es decir, arrimándose más a la querencia.

—¡ Qué he de hacer, Emilia ! — replicó él, armándose de valor y atrevimiento—. ¿ Es que el amor puede ocultarse por más tiempo ? ¿ Es que no ha comprendido usted que me tiene loco ?

Y ciego de frenesí la derribó sobre una *chaise-longue* que parecía colocada exprofeso a su alcance y empezó a besarla y aligerarla de ropa, mientras la mujer caía como rendida sobre aquel chisme mullido y coquetón y repetía entre espasmos de placer :

—¡Lo... co... lo... co... lo...!

Tal vez don Marcelino lucharía en aquellos precisos momentos contra un fiero león o andaría detrás de alguna salvaje de las riberas del Nilo misterioso para saciar también su larga abstinencia.

Este es un punto que no se ha logrado aclarar, ni creemos que sea necesario en nuestro relato.

El hecho es que Emilia cayó; es decir, no cayó materialmente, porque la *chaise-longue* era resistente, pero lo que es la cabeza del sabio sentiría el golpe moral, seguramente.

El tiempo, que no cesa de caminar, siguió andando, andando. Los amantes se pasaban las horas muertas en dulces coloquios y lo que cuelga, y don Marcelino escribió su próximo y triunfal regreso al lado de sus compañeros y de su bien amado.

—Los voy a dejar asombrados—se decía el buen hombre, orgulloso y satisfecho de los descubrimientos que había realizado en el Africa tenebrosa.

Traía a España grandes cosas que revelar, pero sobre todo una que había de conmover a la humanidad entera.

Porque rebuscando, consultando, observando, creía tener el convencimiento de que había realizado el ensueño más grande de su existencia.

¡El hijo artificial!

Ya no harían falta el hombre y la mujer para la procreación; la propagación de la especie resultaría la cosa más fácil del mundo. Unos aparatos, unas hierbas, unos ingredientes, un poco de paciencia y cualquiera podría ser madre de la noche a la mañana sin experimentar las molestias de la gestación ni los dolores del parto.

¡Grande era, en verdad, el invento de don Marcelino! ¡Su nombre pasaría a la historia, ya lo creo!

Mientras el sabio se solazaba ante su triunfo, su frágil esposa temblaba.

—¿Y qué haremos de esto?—le decía a su amante, dándose unos leves golpecitos en el abultado vientre.

—No sé—replicaba el otro, cabizbajo—. La cosa está a la vista... y ya es tarde para adoptar ningún procedimiento expeditivo.

—¡Si pudiéramos inventar alguna estratagema...!

Pero discurrían en vano. Hay cosas que no tienen remedio después de hechas.

Aquello era un nudo gordiano, una cuerda que se había echado al cuello el secretario.

¿Quién se la cortaría?

III

ESTOCADA EN HUESO

La recepción oficial fué estrepitosa. El buen sabio estaba sofocado y cansado.

Entre brindis, discursos de gracia y frases de gratitud no había tenido un momento de reposo.

Por fin se compadecieron de él y le dejaron retirarse a casa.

La entrevista conyugal fué afectuosísima. Besos, abrazos y suspiros y lágrimas.

Emilia se había aflojado un poco la ropa y así disimulaba su interesante estado.

Don Marcelino advirtió que estaba algo más gruesa, pero aquello lo atribuyó a la natural abstinencia de carne.

Pero ya sabemos que se equivocaba ; que era, precisamente, por todo lo contrario.

Llegó la noche y se acostaron los esposos...

Lector, coloca cuantos puntos suspensivos quieras, o mejor dicho, colócalos a capricho, sin llevar la cuenta, porque podrías equivocarte.

Don Marcelino, pasada su efervescencia, notó algo extraño ; observó sigilosamente y descubrió la infidelidad. Para eso era sabio.

Y en vez de empezar a gritos y a palos con la adúltera, lo cual hubiera podido producir un gran escándalo, optó por la prudencia, quiso portarse como un caballero y se quedó durmiendo tranquilamente, esperando el día para desembrollar aquel intrincado asunto.

Cuando el sol llegaba a la mitad de su carrera, muy tarde ya, porque la nochecita había sido de prueba, se levantó del lecho, que había abandonado con mucha antelación su cariñosa mujercita.

Almorzaron juntos, con la mayor tranquilidad, como si la paz reinase entre ellos y después del café se metió don Marcelino en su despacho.

—¿ Vas a trabajar ? — le preguntó ella con mimo.

—No ; pasa y hablaremos aquí tranquilamente de nuestras cosas ; nos contaremos nuestras respectivas ausencias.

Ella se puso pálida y entró con miedo, que

se convirtió en espanto cuando advirtió que su esposo echaba la llave.

—¡ Estoy descubierta !—pensó.

La escena fué terrible y dolorosa. El sabio amaba a aquella mujer y su infidelidad le había llenado de amargura.

Lloraba como un niño, haciendo una figura grotesca con sus mechones grises sobre la frente y su nariz torcida y encarnada por la exaltación.

Pero era también un hombre en toda la extensión de la palabra y juró castigar al infame seductor.

—¡ Quiero saber su nombre !—rugió.

Emilia tuvo miedo.

—¡ No ; déjame guardar el secreto !

—¡ Su nombre o mueres !

—Pues bien, el secretario—confesó la joven todo llorosa y asustada.

Don Marcelino salió precipitadamente. ¿ Iba a matarlo ?

No, ya hemos dicho que sabía arreglar las cosas con la mayor política y caballerosidad.

Buscó dos amigos y les comisionó para que se entrevistasen con otros dos que designase el secretario, y los cuatro concertasen el desafío.

—¿ Ha de ser a muerte ?—preguntóle uno de los padrinos—. Porque la ofensa es grave.

—Me es indiferente—contestó el sabio.

A la madrugada siguiente se celebró el lance.

Emilia enteróse de todo y procuró evitarlo, pero en vano, porque su esposo estaba dispuesto a demostrar que sólo en su ausencia podían haberse burlado de él de aquella ridícula manera.

La pobre mujer ignoraba el lugar donde iba

a verificarse el encuentro y ante la impotencia de acudir a él se arrojó sobre el lecho, llorando su desventura y pidiéndole a todos los santos de que se acordaba, y conocía a muchos, que escapasen con vida los dos combatientes, o por lo menos el secretario, ya que el bueno del sabio estaba algo averiado desde hacía algún tiempo.

Colocáronse los duelistas en sus respectivos sitios.

El médico destapó su botiquín de campaña y los padrinos dieron las últimas disposiciones.

Puestos en alto los afilados sables, los dos contendientes se miraron iracundos. El secretario no las tenía todas consigo, y no por remordimiento, sino porque no era gran maestro en el noble arte de la esgrima.

En el silencio sepulcral reinante sonaron las palmadas reglamentarias y empezaron los tajos y mandobles.

A duras penas podía el secretario contener el ímpetu de su adversario, que aparecía varonil y fuerte a pesar de sus años y su nariz ladeada.

Mientras tanto Emilia se revolcaba en el lecho, presa de una terrible crisis nerviosa. Las criadas apenas podían sujetarla y en vista de lo grave que se ponía llamaron al médico de la casa precipitadamente.

Don Marcelino simuló un golpe, y al querer librarse de él su contrincante, le descargó el sable sobre la cabeza con tan buena fortuna, que penetró en el cráneo y a poco más lo raja.

—¡Buena estocada! — exclamó por lo bajo uno de sus testigos, dirigiéndose al otro compañero.

—¡Como que casi no necesita descabello!— replicó éste, sin saber lo que se decía, a causa de la impresión recibida.

Pero quien mayor la recibió fué el secreta-



... empezaron los tajos y mandobles.

rio, que cayó redondo al suelo bañado en sangre.

Acudieron todos precipitadamente: el hombre había perdido el conocimiento; la herida era de gravedad.

El doctor empezó la curación con destreza y actividad, para contener la fuerte hemorragia producida.

Los testigos se acercaron al señor Pinacho.

—Es usted un perfecto caballero, porque ha lavado su honra en el terreno del honor — le dijo uno, estrechándole la mano.

—Puede usted estar satisfecho — le dijo otro—. Su honor ha quedado a salvo.

—Muchas gracias, caballeros—replicó tristemente el sabio—. Pero, ¿el hijo de quién es?

—¡Oh!—exclamó otro sin saber qué contestar.

—Porque lo cierto es—añadió—que yo no he engendrado *eso* que lleva mi mujer aquí.

Y se golpeaba en el vientre.

Los demás le miraban asombrados. A don Marcelino no se le notaba nada allí.

Pronto se dieron cuenta de lo que quería decir el sabio.

Acompañado de sus padrinos regresó a su casa, como regresan a la fonda los diestros, acompañados de sus respectivas cuadrillas.

Al llegar notó algo extraordinario: los criados le recibieron espantados.

¿Qué ocurría?

Penetró en el dormitorio de su esposa a cuya estancia se encaminaban las sirvientas y la halló en la cama. A su lado había un hombre, que reconoció en seguida. El médico de casa.

Al verle entrar, Emilia lanzó un grito espantoso y cayó desmayada sobre la almohada.

Todo lo comprendió en seguida. Su amante había sido la víctima.

El sabio la contempló con desprecio y preguntó al doctor:

—Una crisis nerviosa que puede tener graves consecuencias, en vista de su estado — le dijo éste.

Don Marcelino se retiró, frío e indiferente a

su despacho y se puso a trabajar, como si no hubiese ocurrido aquel día nada de particular. La idea se imponía a la materia.

Y muchas horas después entraron a comunicarle que su esposa había abortado un feto.

—¡Me alegro!—exclamó el sabio sin poder contenerse.

Y siguió impertérrito en su faena.

IV

EN BUSCA DEL HIJO

Ha pasado algún tiempo.

Los esposos se han reconciliado, a causa de la conducta ejemplar de ella.

Se olvidó él del secretario y juró que en lo sucesivo viviría sola y exclusivamente para don Marcelino.

Este la perdonó con esa magnanimidad que sólo es patrimonio de los hombres grandes, pero juró también, por su parte, que vivirían espiritualmente, sin rozamiento alguno carnal.

Don Marcelino era atroz.

Y lo repetimos, ha pasado algún tiempo sin que ocurra el menor incidente.

Emilia, resignada; el sabio, en su labor ímproba y trascendental.

Ha abierto su casa de par en par, da fiestas, acude gente, y su esposa sigue inexpugnable.

Esto le satisface.

Ella ha intentado reanudar sus relaciones íntimas con el hombre a quien unió su destino, pero él se llama andana.

Y se consume viva; su sangre ardiente exige

placeres, su joven naturaleza se rebela de la continencia y, sin embargo, don Marcelino duerme tranquilo en su lecho de soltero.

Ni el menor indicio despierta en él la menor sospecha ; su esposa se ha regenerado, su mujercita llegará a tener un altar con el tiempo y una caña.

Orgulloso y satisfecho se dedica a la busca y captura de criadas y modistillas, cuyos favores paga generosamente.

El hombre está dispuesto a matar por consunción a su esposa. El macho busca a la hembra, pero la suya propia queda castrada, sin estarlo, queda privada, por su infidelidad pasada, de los goces que tenía derecho a experimentar en este valle de lágrimas y desventuras.

Tal vez piense el lector que Emilia tenía algún amante secreto, que se la pegaba a su marido con otro, haciéndose la virtuosa, pero se equivoca.

No salía de casa y en sus habitaciones particulares, vigiladas cautelosamente, sólo entraba una doncella, que antes había sido nodriza en casa de unos marqueses. Era alta, guapa, bien formada y sentía gran afecto hacia su ama, a quien compadecía por sus desgracias.

La intimidad que se estableció entre las dos mujeres era harto sospechosa. ¿Sería aquella doncella un hombre disfrazado de mujer?

A don Marcelino le constaba lo contrario y además le costó algunos empujones, cuando quiso practicar ciertos reconocimientos vedados por la moral.

Y las dejaba hacer.

Acaso en su larga percepción de hombre sabio supuso lo que podía ocurrir entre ambas, pero lo disculpaba.

—A falta de pan, buenas son tortas—se decía filosóficamente.

Don Marcelino tenía su laboratorio, como correspondía a sus estudios, y tenía además un admirador de sus elucubraciones. Es decir, tenía muchos, pero uno, sobre todo, un joven andaluz, callado y prudente, le reverenciaba.

Había terminado la carrera de medicina y gustaba de asimilarse todos los inventos modernos. La gloria le deslumbraba.

¿Y qué mayor gloria que presentarse en Purchena, pueblo de su nacimiento, llevando un arsenal de específicos raros, de medicamentos portentosos que eclipsasen a sus compañeros, especialmente a aquel don Pedro, médico chapado a la antigua, que aplicaba las lavativas con un cañuto de caña?

Y se adhirió a don Marcelino como una lapa.

El sabio le tomó cariño, apreció sus excelentes aptitudes, y a falta de sucesor directo, se propuso dejar en él todos sus conocimientos, transmitirle todo su talento, revelarle el secreto más grande, la maravilla más estupenda, su sueño, casi realizado, de producir el hijo artificial.

Porque el problema lo consideraba resuelto definitivamente.

Sus estudios africanos habían sido el complemento de una labor de años, de lustros, que el éxito coronaría, seguramente.

Enrique creía en ello y se ofreció a secundar su labor, con el mayor entusiasmo.

—Maestro—le decía—, manos a la obra. Hagamos el hijo artificial, enfrente del natural.

El sabio acabó por acoger paternalmente en su casa a aquel joven y le proporcionó posada completa.

Junto a su dormitorio hizo colocarle una cama y lo sentó a su mesa.

Emilia le cobró una aversión terrible desde el primer día. Le pareció un espía más, que su marido le colocaba y juró dirigirle la palabra únicamente cuando la cortesía y la educación lo exigiesen.

El demostraba con su conducta que maldito lo que se preocupaba de ella, por muy bonita que apareciese.

Era vida de laboratorio la suya; los dos hombres se pasaban en él horas y más horas evaporando líquidos, triturando sales, mezclando ácidos, trasvasando mezclas, gastando carbón para caldear retortas, extrayendo esencias...

Pasaban los días en completa abstracción de la realidad.

Emilia llegó a temer por la salud de su esposo y a veces penetraba tímidamente en el laboratorio, observando silenciosa las preparaciones.

Ninguno de los dos se preocupaba de ella. Si preguntaba la contestaban con monosílabos y seguían trabajando.

¡Al fin hallarían la fórmula para fabricar el hijo artificial, ya lo creo!

En aquella atmósfera caldeada de gases llegó a hacerse una noche la reconciliación.

Es decir, se suavizaron asperezas y fué aquello como el síntoma de una futura era de paz y concordia.

Emilia admiró a su esposo. Comprendió que

era un genio, y arrodillada ante él, puso la mano sobre un crisol, que todavía quemaba demasiado, por lo cual tuvo que retirarla precipitadamente y juró por milésima vez que antes se volvería mora que pecar de nuevo.

Estaba hermosa. Parecía la Magdalena arrepentida que figura en algunos cuadros bien pintados y Enrique se compadeció de la infeliz.

—Ya está bastante purificada, don Marcelino — le dijo al sabio—. Perdone usted y que esta reconciliación sea eterna.

Los juntó, empujándolos sobre un armario inmediato, donde hicieron las paces y derribaron impensadamente algunos frascos de cristal.

Oyóse el ruido de los vidrios rotos y de un beso estrepitoso.

Enrique se ganó un fuerte apretón de manos.

La vida se tornó más agradable.

Eso sí, don Marcelino había jurado no hacer vida marital y siguió en sus trece.

Aquel beso fué la única expansión amorosa que se permitió.

Emilia estuvo aquella noche más expansiva con su doncella. Tal vez le contaría lo ocurrido; eso no lo sabe el autor; pero lo cierto es que el sabio no la tocó el pelo de la ropa, como suele decirse.

La joven les acompañaba a ratos en el laboratorio y una vez iniciada en el secreto que se pretendía descubrir se interesó hasta el punto de convertirse en la más activa colaboradora.

—¡Oh, si lo consiguieras...! — exclamaba, contemplando con admiración a su esposo—. ¡Cuántos sufrimientos nos evitarías!

—A eso tiende—decía Enrique, fatigado, extendiéndose en la butaca que ocupaba.

—¡Lo que es las mujeres te daríamos cuanto nos pidieses... !

—¡Emilia !

—Ya me entiendes. Porque lo que es yo, no daría nada.

La intimidad que poco a poco se iba estableciendo estrechó más los lazos de unión entre aquellos tres seres que sentían los mismos anhelos, que luchaban por la misma idea.

Enrique se fijó entonces con detenimiento en Emilia.

Era una real moza, una mujer de una vez. A través de sus ligeros matinées de casa se entreveían y se adivinaban encantos que hubieran hecho feliz a cualquier mortal, aunque no fuese hijo de Purchena.

Cuando se sentaba negligentemente en una mecedora y el continuo vaivén movía su ropa, dejaba ver el comienzo de una pantorrilla, los cimientos soberbios de un edificio, cuyo piso principal debía ser un edén.

Y si se inclinaba un poco para observar la ebullición de una mezcla de ácidos, exhibía el nacimiento de unos senos redondos y blancos que incitaban a buscar con los labios sus rosados botones, en erección continua, según se notaban por encima del corsé.

Emilia era una real moza.

No queremos creer que ella se hubiese fijado tanto en el mediquillo, pero lo miraba a veces y a veces le sonreía enigmáticamente.

¿Se repetiría la escena del secretario de la universidad?

El sabio estaba tranquilo ; descansaba en la

fidelidad de su discípulo y en el escarmiento dado a su mujer.

Descansaba y dormitaba, porque aquellas interminables horas de espera iban cansando ya su naturaleza debilitada por los años y los estudios.

Era aquello una labor superior a sus fuerzas.

A ratos se reclinaba en el canapé y allí dormitaba mientras se fundía un mineral en el crisol o destilaba algún líquido extraño, producto de sus disoluciones.

Los jóvenes, entretanto, se contemplaban en silencio y seguían al cuidado de la operación, despertando al sabio cuando llegaba a su fin.

Y así poco a poco se avanzaba en la resolución del trascendental problema y así, poco a poco también, se cernía la tempestad sobre la cabeza de don Marcelino.

Una noche no pudo más y se retiró a su habitación, después de dar sus últimas disposiciones a sus colaboradores.

Quedaron solos los dos jóvenes en el caldeado laboratorio.

Enrique estaba en mangas de camisa, sudoroso y jadeante.

Ella se sentía también sofocada y se había soltado el cinturón que ceñía a su cuerpo la vaporosa bata de noche. Estaba seductora.

Y al transportar una bombona de un sitio a otro rozáronse sus cuerpos y una ráfaga de voluptuosidad cruzó por sus miradas.

Se contemplaron un momento.

Emilia bajó los ojos ruborosa, como temiendo haber provocado tal éxtasis y acaso pensado también entragedias pasadas ya.

Pero Enrique estaba descompuesto, fuera de sí.

Toda la sangre se le subió a la cabeza, cegó, la bestia humana se impuso, y olvidando los deberes de gratitud, de hospitalidad, de caballerosidad, todos los deberes, en fin, cogió a



Se contemplaron un momento.

Emilia por la cintura como si fuese un leve envoltorio de algodón y la derribó, jadeante, sobre el canapé.

Ella no se atrevía a resistir. Tal vez los vapores que se desprendían de todas aquellas soluciones que habían de componer la fórmula del hijo artificial la habían trastornado. Una languidez suprema y sensual, un afán de saciar deseos harto tiempo ya no experimentados la hicieron entregarse, mejor dicho, los hicieron sufrir el mismo vértigo que había invadido a Enrique, y allí se solazaron, allí se hartaron las dos bestias, jadeantes, furiosas de pasión, locas de placeres...

A todo esto don Marcelino roncaba como un bendito y el crisol puesto al fuego había llegado al rojo blanco, amenazando explotar.

V

DE CARNE Y HUESO

Al día siguiente se repitió la operación. Vamos, la operación de seguir estudiando productos químicos para obtener la fórmula del hijo artificial.

La doncella se retiró aquel día del cuarto de su ama más temprano que de costumbre.

Don Marcelino contaba ya con la clave del secreto. Algunos ensayos parciales le habían demostrado que el problema estaba a punto de resolverse.

—Animo, hijos míos—les decía entusiasmado—. Ahora hay que apretar más que nunca.

Ellos se miraban y sonreían enigmáticamente.

El sabio no estaba en aquel secreto.

Y los tres trabajaban con ardor y constancia.

El señor Pinacho había dejado entrever algo en la Academia de Ciencias y todos sus compañeros esperaban con ansia el sensacional descubrimiento.

Hasta se indicó ya el sitio donde le emplazarían la estatua.

Faltaba poco, cuestión de detalle, como suele decirse, y el sabio descargó casi todo el peso del trabajo en sus auxiliares.

—Velad vosotros de noche, ya que sois jóvenes—les decía—, que yo os relevaré durante el día.

Y solos se quedaban casi todas las noches el médico y Emilia.

Esta no había podido conseguir de ninguna manera, aun acudiendo a las cuarenta mil seducciones y coqueterías de que se vale la mujer, que su esposo hubiese hecho lecho común con ella una sola noche.

El sabio, hombre indomable y enérgico, no se rendía ; lo jurado había que cumplirlo.

Ni un eunuco hubiera sido más virtuoso al lado de una hembra.

Y Emilia tenía poderosas razones para que don Marcelino hubiese usado de su derecho matrimonial.

¿Razones poderosas? se dirá el lector.

No se equivoca en sus suposiciones. Los jóvenes cuidaban las retortas, crisoles y demás chismes del laboratorio, pero no olvidaban otros ; rendían ferviente y exagerado culto a su naciente amor.

Y así como poco a poco se iba fraguando en aquel estudio la fórmula del hijo artificial, en las entrañas de Emilia iba tomando forma el hijo natural, que en mal hora (las tres de la madrugada) concibiera.

—¿Qué haremos?—le preguntaba una noche a Enrique—. Porque esto no puede quedar así.

—No, no quedará—replicaba el otro.

—Hay que adoptar alguna medida.

—Hija mía, lo que es hasta dentro de algunos meses...

—¡ Pero y si mi esposo se entera... !

—Ya lo evitaremos. Aun falta algún tiempo...

—¡ Ay, Enrique, lo que hemos hecho !

—¡ No se sabe !

—¡ Cómo !

—Digo que ya veremos lo que sale.

Pasados aquellos momentos de terror, los amantes se dedicaban a sus continuas expansiones.

Es lo que decía el médico, procurando conformarse y consolar a Emilia.

—¡ Ya está hecho ! Y ya sabes : a lo hecho, pecho.

Y la besaba en el ídem y la trastornaba con sus caricias, que suspendía a ratos para atizar el fuego o apartar la retorta.

Don Marcelino seguía durmiendo tranquilamente muy ajeno de lo que ocurría.

Creía en el arrepentimiento de su mujer y en la lealtad de su ayudante y no pensaba que se la pegasen tan escandalosamente.

En su intelecto de sabio no cabían cosas tan ruines.

Así siguieron pasando los días y los meses.

Una tarde empezó don Marcelino a palmotear como un chiquillo.

Aquello estaba a punto de salir. El hijo artificial se revelaba.

No había tomado todavía forma corpórea, pero la tomaría muy pronto.

Lo presentía el sabio : todas las fórmulas ensayadas daban el mismo resultado. Allí había una batería de frascos, minerales, aguas

extrañas, polvos indefinibles a simple vista. El resultado de tantos meses de estudios concienzudos.

Mezclar todo aquello, encerrarlo en un aparato dispuesto de antemano, calentarlo suavemente, esperar unos días y de allí surgiría vivo y sano y robusto y hermoso el hijo artificial.

Aquel mismo día sintió Emilia muy punzantes dolores en el vientre que la alarmaron y la hicieron palidecer.

Manos a la obra todos. Faltaba el último esfuerzo: el triunfo llegaba, el éxito se aproximaba a pasos agigantados.

Pero, ¡oh fatalidad!

Por aquellos mismos días tenía que ir don Marcelino a Berlín, para presidir un congreso internacional al cual concurrían los químicos más eminentes del mundo entero.

Excusarse era imposible y mucho menos suspender el congreso hasta dar cima y coronamiento a su obra.

Triste era en verdad la situación.

¿Y si acaso se revelaba el hijo artificial durante su ausencia?

¡Tanta labor para no alcanzar la inmensa dicha de ser el primero en abrazar a aquel ser humano, producto de su talento!

Pero don Marcelino se debía a la ciencia y se fué a Berlín.

—Ahí queda eso—les dijo a su esposa y a Enrique—. Mi ausencia será corta; una semana. Pero si desgraciadamente mientras yo esté fuera surge, adquiere forma humana el hijo artificial, me ponéis un telegrama participándome la feliz nueva y diciéndome si nuestro producto químico es varón o hembra.

Ellos se lo prometieron así, y después de mil órdenes, advertencias y observaciones, partió meditabundo y harto preocupado el señor Pinacho.

La recepción que se le hizo en la capital alemana fué grandiosa. Aunque no entendía el alemán, comprendió que se le vitoreaba y agasajaba, especialmente cuando le daban cerveza.

A aquel Congreso, efectivamente, acudió lo más eminente del mundo científico, del cual era digno coronamiento don Marcelino.

Su discurso produjo sensación enorme, cuando explicó en líneas generales su fórmula para la creación del hijo artificial.

Dicho por otro, hubiera parecido mentira, pero en boca del señor Pinacho se creyó como artículo de fe.

A la tercera sesión, víspera de la clausura, recibió don Marcelino un telegrama.

Palideció intensamente y a poco estuvo de caer encima del representante de Holanda, que se hallaba a su lado.

El despacho era lacónico, pero expresivo; decía así:

«Nació hijo artificial. Es un robusto y hermoso varón. Emilia y Enrique.»

Dió al ordenanza un marco y se dió él con el de la puerta en la frente, a causa de la precipitación con que salió, dirigiéndose rápido a la fonda.

En el primer tren que salió regresó a Madrid, ansioso, jadeante, frenético.

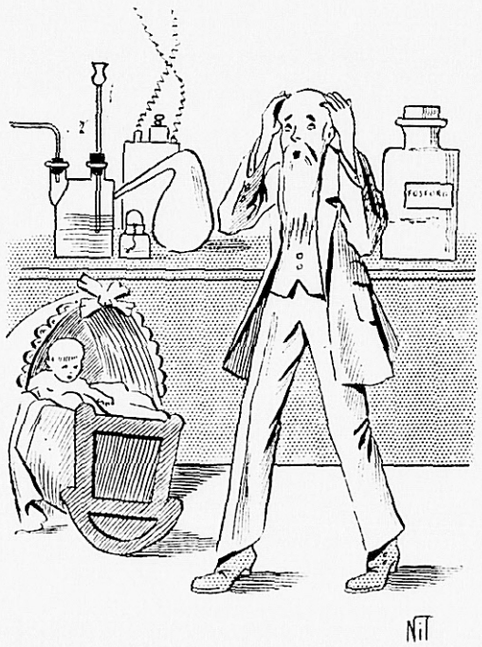
—¡Ese es mi hijo!—se decía—. Es mi hijo espiritual y yo soy su verdadero padre, porque yo lo he concebido en este cerebro, que sólo por él ha pensado años y años.

Y se golpeaba en la frente hasta hacerse un cardenal.

Don Marcelino penetró en su casa como una bomba.

—¿Dónde está? ¿Dónde están?

Las criadas le encaminaron al laboratorio,



—¡Con que no era artificial!

recomendándole que se contuviese y que no hiciese mucho ruido.

A duras penas refrenó el paso; tiró la maleta, que aplastó a un gato que se hallaba junto al paragüero y llegó al laboratorio.

Abrió la puerta.

Allí estaban Emilia y Enrique. Junto a ellos había una artística cuna y dentro de ella...

Dentro de ella dormía, con el sueño profundo de los primeros días del nacimiento, un preciocísimo niño, rollizo y hermoso.

Los jóvenes lo contemplaban con cariño y al mismo tiempo hacían señas a don Marcelino para que no le despertase con sus voces.

¡Pero cualquiera sujetaba al sabio!

—¡El hijo artificial! ¡Ya salió!

—¡Sí, sí!—respondieron ellos.

—¡He aquí mi obra! ¡Mi obra de tantos años...! ¡Hijo mío!

Las voces despertaron a la criatura, que empezó a llorar desesperadamente.

Emilia le miró con ternura, le sacó de la cuna y soltándose el corpiño se lo acercó al pecho y le dió de mamar con el mayor cariño.

Don Marcelino quedóse atónito.

Miró a su esposa, miró a Enrique... y lo comprendió todo.

—¡Conque no era artificial!

—¡Es natural!

Y el sabio cayó desplomado sobre la cuna, que se derrumbó a su peso.

LOS PREDESTINADOS

I

¡GUERRA A LA REPRODUCCIÓN!

El doctor Altea tenía un consultorio reputadísimo y para someterse al reconocimiento del popular galeno había que hacer interminable cola. El doctor Altea gozaba de fama univesal y se hacía pagar sus consultas a un precio exorbitante y hasta por anticipado en la mayoría de los casos: sabía explotar la popularidad, y hacía muy bien.

Aquel día estaba atareadísimo; la consulta no se acababa nunca; salía de su despacho un paciente y entraba otro, con una sucesión desesperante y aterradora.

Hay que decir que el doctor Altea, quien, según sus envidiosos compañeros, había sido un mal medicucho rural, era especialista en enfermedades de la mujer, pero no enfermedades secretas, entiéndase bien, sino de las otras, de las que no se quiere y a veces no se pueden ocultar.

Convendrá el lector en que en los tiempos modernos, en que la mujer sufre tantos achaques, el doctor había acertado dedicándose a tal especialidad, y la fortuna le sonreía, como sonreía

él también para sus adentros, cuando recibía la visita de infinidad de mujeres que no sufrían nada, que sólo una leve afección nerviosa las llevaba desoladas a su consultorio, donde algunas empezaban *ipso facto* a recibir consuelos; porque el señor Altea lo mismo servía para un fregado como para un barrido, pero sobre todo para un fregado.

Abrióse la puerta mampara y penetró un nuevo cliente, haciendo mil reverencias.

El famoso especialista estaba examinando una fórmula rara, hallábase enfrascado en profundos estudios y no se dignó levantar la cabeza.

Se trataba de una consulta y se limitó a pronunciar la frase de costumbre, que le servía para abreviar y ganar terreno.

—¡Desnúdese usted!

—No es para mí la consulta—observó tímidamente el recién llegado—. Es para mi mujer.

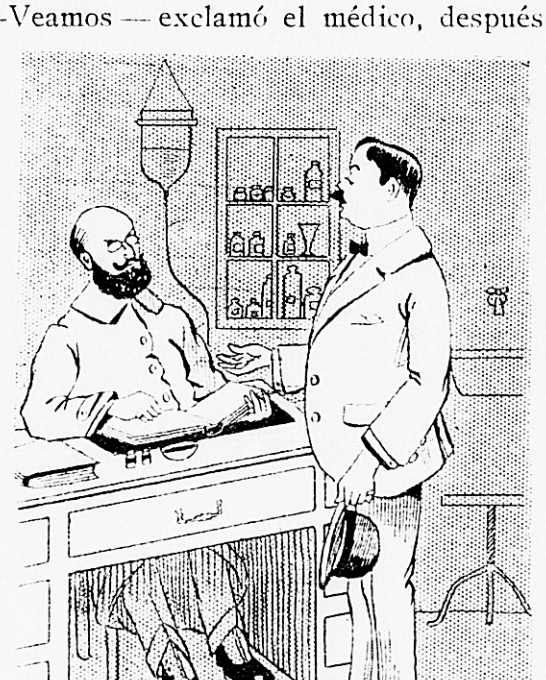
—Pues que se desnude su mujer—replicó el otro, sin dejar de estudiar la trascendental fórmula que tanto le preocupaba.

—Es que mi mujer no ha venido—volvió a decir el cliente, algo turbado por aquella escena que no le agradaba mucho, al parecer.

Entonces se dignó levantar la vista el doctor Altea y se fijó en el visitante.

Era un tipo vulgar, aunque su indumentaria quisiera ser elegante: sanote, ni grueso ni delgado, bien conformado y bastante alhajado; parecía un ricachón, a quien el dinero no había podido darle la distinción que tanta falta le hacía.

—Veamos—exclamó el médico, después de haberle observado un instante con ese ojo clínico que tanto le caracterizaba—, explíquese usted y sepamos lo que le trae a mi consultorio.



—Explíquese usted.

Y le indicó una silla.

Don Burgundófero Selenisco tenía que hacer una consulta gravísima y de importancia capital para él, con lo cual está hecho su retrato.

—Es el caso, señor doctor—empezó diciendo—, que hace cuatro años que contraje matrimonio con una mujer hermosísima, aunque me esté mal el decirlo.

—Al contrario, debe usted sentirse orgulloso y satisfecho.

—No tan satisfecho como usted supone—prosiguió el señor Selenisco.

—¿Es usted celoso? ¿Acaso le engaña?

—No, señor; pero, mire usted, es una mujer... no sé cómo decírselo a usted... una mujer... muy cálida y vehemente, que siempre quisiera... que le diera gusto en todos sus caprichos... Es insaciable, créalo usted. Y póngase usted en mi lugar...

—Gracias, señor mío; no lo gasto.

El doctor rechazó un buen cigarro que le ofrecía el visitante, mientras hacía el retrato de su esposa.

—Prosiga usted.

—Con su permiso. Yo cumplo con exceso mis deberes conyugales, y aunque lo hago a gusto, siempre tengo que tocar las consecuencias. Figúrese usted... en cuatro años que llevamos casados tenemos ya cuatro hijos, y a este paso...

—Ni una inclusa.

—Y aunque a mí me gustan bastante los niños, el mundo anda muy mal, los negocios están paralizados y no se gana lo suficiente para educar decorosamente a todos los vástagos que vayan saliendo a luz.

—Creo que le he entendido a usted, caballero—exclamó el doctor Altea, después de una breve pausa, que empleó en recapacitar algo de importancia que a lo mejor no tendría relación alguna con la consulta que se le hacía en aquellos momentos.

—Seguramente, señor doctor—confirmó don Burgundófero—. Yo deseo algún específico, un medicamento infalible, que evite la reproducción y nos libre por ahora de esa irrupción infantil que amenaza acabar con nuestro pequeño capital. Estoy dispuesto a sacrificarme y seguir al pie de la letra sus prescripciones.

—Han de ser muy duras, se lo advierto—observó el señor Altea.

—No importa. Más duro es esto.

—¿Cuál?

—Lo que me ocurre a mí.

—Pues bien, he aquí mi prescripción.

Y después de redactar una receta con esa letra endiablada que sólo la entienden los boticarios, añadió:

—De este jarabe tomará usted una cucharada después de cada comida.

—La tomaré. Eso es fácil.

—Además, y esto es lo principal, separación completa de cuerpos. Usted ha de dormir en habitación distinta de la de su esposa y nunca han de verse a solas.

—¡Hum, hum!—refunfuñó don Burgundófero.

—No hay más remedio, o no respondo.

—Pero eso no será eternamente.

—No, señor; mientras no produzca sus efectos el jarabe.

—¿Y luego?

—Luego podrá *verla* sin el menor peligro para la reproducción.

—Conformes.

—Me debe usted diez duros por la consulta.

—Como estos.

Y le tendió un billete de cincuenta.

Cuando ya se despedía el cliente, el médico le hizo la última observación :

—Nada de aproximaciones. Venga usted a verme dentro de una semana para que le reconozca y observe los efectos de mi medicación.

Y se retiró satisfecho don Burgundófero, y con diez duros de menos en el bolsillo.

El doctor volvió a enfrascarse en sus estudios y cavilaciones.

II

LA ETERNA HERENCIA

El doctor Altea estaba preocupadísimo y no le faltaban motivos para ello.

Es el caso que su ambición no tenía límites, y aunque su posición era harto desahogada y envidiable, todavía anhelaba más ; deseaba poseer una herencia, que se le iba de las manos, a él, al hombre talentudo y arrojado, porque hay que reconocer que sus compañeros no llevaban razón cuando le trataban de bruto, de charlatán, de medicucho de aldea : el famoso especialista sabía mucho, como verá el lector en el transcurso de este relato.

El doctor Altea tuvo un tío que hizo una respetabilísima fortuna en América y cuando murió le instituyó su heredero universal, pero a condición, como ocurre en muchas novelas, que había de tener un hijo al cabo de un año. De ese modo usufructuaría él los milloncejos, que pasarían, después de su muerte, al nene. De lo contrario, la fortuna entera quedaría en beneficio de los pobres, y esto era lo peliagudo.

Excusamos decir los libros que consultaría el doctor, lo que estudiaría aquel hombre para

lograr engendrar un hijo, pero todo en balde; su naturaleza, y él lo sabía muy bien, como médico especialista en los órganos genitales, no era apta para la procreación.

—¡Y yo no debo perder esos millones!—terminó una vez diciendo el señor Altea, paseándose agitado por la habitación.

Acudió su esposa.

Era una mujer joven, tan joven que podía parecer su hija. Vestía un ligero matinée que dibujaba descaradamente sus hermosas formas, y su abultado seno y sus lujuriosos y soñadores ojos excitaban al más frío en materias de placer.

Su interesante palidez parecía ser el signo de la abstinencia carnal o síntomas del exceso y el abuso.

Y tenía Clarita, así se llamaba la joven, un defecto capital, adquirido tal vez por el roce constante con su marido: también era ambiciosa, y por consiguiente, su obsesión perpetua era aquella herencia que se escapaba de sus manos, y no por culpa suya, como le constaba a su marido, en su doble cualidad de esposo y médico.

Volvieron a hablar por milésima vez de lo mismo.

—¿Y no se te ocurre nada, Alfredo?—preguntó la mujer—. Esa fortuna nos haría felices: viajaríamos, disfrutaríamos...

—Sí, sí; pero, hija mía, no encuentro la solución. Es decir...

—¿Qué?—exclamó ansiosamente Clarita.

—Sólo hay un medio... pero es tan violento... Hasta me resisto a enunciarlo solamente.

—¡Habla, habla!

—No, no; yo mismo me sublevo ante tal idea... Y sin embargo...

—¿Conseguiríamos la herencia?

—Indudablemente.

—Pues a todo estoy dispuesta, incluso a...

—Es que el sacrificio nos alcanza a los dos por igual. Vamos, tanto como por igual...

—Explícate, porque me tienes en ascuas. Sácame de esta incertidumbre.

El doctor se atrevió a hablar. Tenía madurado el plan y lo expuso con sencillez y claridad.

—Se trata—empezó diciendo—de tener derecho para reclamar la herencia de mi tío, o sea, llenar la cláusula que contiene el testamento.

—Pero, ¿cómo se llena? ¿Quién tiene la culpa?

—Yo, desgraciadamente.

—Pues a ti te hago responsable de la desgracia y tú tienes que repararla—exclamó Clarita exaltándose.

—¿Quieres, verdaderamente, una reparación? ¿Harás cuanto sea necesario?

—¿Pero querrás acabar de una vez?

—Pues oye. Mi naturaleza es impotente para llenar la consabida cláusula...

—Ya lo sé; ya me consta.

—Pero a falta de mi naturaleza inútil, digámoslo así, puede haber otra que valga para el caso que nos preocupa.

—¡Vaya una salida!

—Vamos a la entrada ahora.

—Adelante.

—Entre mis clientes hay un tipo bastante bruto y cuya *competencia* está harto demostrada, con gran sentimiento suyo.

Y el doctor Altea relató detalladamente a su mujer el caso de don Burgundófero Selenisco, presentándole como el único, por sus condiciones morales y materiales, para hacer que pasase la herencia al matrimonio, poniéndole en estado de reclamarla legítimamente, por haber llenado todas las cláusulas del testamento.

—¿Pero se prestará él a nuestro juego? preguntó la esposa, después de un momento de meditación.

—Es que no se ha de enterar de nada.

—No te comprendo.

—Sencillamente, se trata de que le seduzcas tú con esa coquetería y ese arte que tanto caracteriza a las mujeres.

—¿Tú me lo presentarás?

—Indudablemente; haré ese sacrificio. Quedó en volver a los ocho días y lo espero mañana.

—¿Y es guapo?

—¡Esa pregunta...!

—¿Vas a tener celos ahora?

—Y siempre. Créete que transijo...

—Como yo.

—Y que una vez consumada la suerte...

—Yo me encargo de darle la papeleta. ¿Has pensado ya la forma de la entrevista?

—Todo lo tengo previsto hace días, pero no me atrevía a proponértelo. Es tan duro... porque el que no sabe su deshonor...

—¡Pocos serán! Lo que ocurre es que casi todos van a gusto en el machito y se hacen los ignorantes.

—¿Quién te ha enseñado a discutir así?

—No te importe ni te des por aludido.

—Por lo menos te daré un beso en esa boca, que es un piquito de oro.

Y los dos *socios* se besaron amorosamente, como si les cegara la pasión y fueran felices y honrados.

El autor se permite hacer el siguiente comentario:

—¡Cuántos como estos hay por esos mundos de Dios o del diablo!

III

EL PRIMER RESERVA

Al día siguiente se presentó en el consulto-rio el animal, con trazas de persona, de don Bur-gundófero Selenisco, siendo recibido inmediata-mente por el doctor Altea.

—¿Cómo anda eso?—le preguntó el especia-lista.

—Muy bien. El jarabe me sienta a las mi-maravillas y no me repugna, como supuse a principio. Tiene un sabor a agua de azahar muy agradable.

Y eso era la pócima, dicho acá para *inter nos* ahora que no nos oye el famoso especialista un poco de agua coloreada, algo de azahar y dos o tres materias inofensivas y sin la menor virtud medicinal.

Lo esencial de la medicación recetada consis-tía, como comprenderá el lector, en la comple-ta y absoluta separación de cuerpos, en la abs-tinencia carnal, remedio el más seguro para evi-tar la procreación.

Aunque... Pero no adelantemos los acontec-imientos.

—¿Y las demás prescripciones?

—Las observo al pie de la letra.

—¿Su esposa...?

—Duerme en otra habitación.

—¿Supone algo?

—Y parece que no lo siente mucho. La pobre ha comprendido que se impone el sacrificio, si no queremos ir a la bancarrota y se somete re-signada, esperando que llegue la hora del des-quite.

—Y llegará, créalo usted. A la tercera bote-lla que consuma usted de esa medicina quedará inmune y podrá *accionar* impunemente.

—Crea usted que lo cogeré con gana, señor doctor.

El señor Altea lo contempló con aire diabó-lico y satisfecho. Aquel hombre estaba en su punto, pletórico de salud, de energía y de de-seos.

De venir bien la cosa, bastaría una sesión pa-ra hallarse en camino de la codiciada herencia.

¿Quién lo había de saber? Don Burgundó-fero harto haría con callar, máxime ignorando el objeto principal, lo que motivaba la conquista que se le presentaba espontáneamente y en la mejor ocasión para su naturaleza excitada.

—Pues nada—agregó el doctor—, ahí va otra receta para que le den a usted en la farmacia la segunda botella, y a no desmayar. Sobre todo, la separación de cuerpos, ¿eh? Nada de apro-ximaciones peligrosas.

—Descuide usted.

—¡Ah! Me debe usted diez duros.

—Ahí van.

Y volvió a soltar otro pápiro de cincuenta el imbécil de don Burgundófero.

Iba a darse por terminada la consulta, cuan-do apareció la esposa del doctor, haciendo irrup-ción en el despacho.

El cliente se levantó y saludó con respeto y admiración.

—Mi esposa. El señor Selenisco, un paciente *sui géneris*—dijo el doctor haciendo las presentaciones.

Ella le tendió la mano sonriente, envolviéndole en una mirada de fuego que volvió turulato a don Burgundófero.

—¡Vaya una mujer!—pensó para su capota—. Una cosa así debiera recetarme el médico en vez del agua de azahar o lo que sea el específico ese.

El doctor tocó el timbre y apareció el criado.

—¿No quedan más visitas?

—No, señor.

—Pues se puede retirar.

Luego, dirigiéndose al señor Selenisco, dijo:

—Como le considero uno de mis enfermos predilectos, voy a invitarle a usted a tomar el vermouth, si no le causo molestia.

—Al contrario, acepto con mucho gusto—replicó el otro, regodeándose ante la idea de poder contemplar un rato a aquella mujer hermosísima, que estaba incitante con su traje vaporoso, propio para andar por casa y hasta para volver loco a uno menos hambriento de amor que él.

—Sírvenos, Clarita — le dijo su marido—. Haz los honores a nuestro cliente.

La joven se aproximó a don Burgundófero, escanció en su copa el vino quinado, que se llama aperitivo, quizás porque sirve para todo lo

contrario, o sea para quitar las ganas de comer generalmente, y al acercarse le rozó negligentemente y como por descuido.

Al señor de Selenisco se le pusieron de punta los pelos, los huesos y todo su cuerpo en general.



La joven se aproximó a don Burgundófero...

Ella se sentó a su lado, recogióse un poco la falda y dejó ver el nacimiento y algo más de la pierna, una pantorrilla escultural, torneada,

encerrada en riquísima media de punto tan claro, que a través de su malla se veía una carne ebúrnea, sonrosada, hecha tal vez para besarla, para morderla con furia sexual, durante la calentura amorosa, precursora de ese delirio que tiene un momento supremo de placer y de enervamiento luego.

El doctor no perdía de vista al *socio* y comprendía que se animaba por momentos a la vista de lo que adivinaba, mejor que veía.

—¡Caramba! —exclamó de pronto el señor Altea—. ¡He sido un inoportuno al invitarle hoy! Precisamente ahora recuerdo que tengo una consulta a las dos y necesito ausentarme precipitadamente.

—Yo me retiro también—dijo don Burgundófero, creyendo comprender la indirecta.

—Al contrario, amigo mío; usted queda en su casa y mi esposa procurará suplir mi ausencia.

—Sí, sí —añadió Clarita—, tome usted su vermouth tranquilamente y aquí charlaremos un rato como dos buenos amigos. ¿No lo es usted ya de mi marido?

Don Burgundófero no sabía si alegrarse o sentirlo; pero antes de darse cuenta de ello, el doctor Altea le estrechó la mano y desapareció, no sin decirle antes:

—Ya lo sabe usted; está usted en su casa; dentro de ocho días vuelva por aquí para saber cómo le prueba la medicación. No se olvide del

detalle de la separación de cuerpos. Es lo primordial.

Y se quedaron solos Clarita y el señor de Selenisco, muy cerquita uno del otro y con las copas de vermouth a medio apurar.

IV

LA CONQUISTA DE LA HERENCIA

Apenas se hubo marchado su marido se levantó presurosa la joven y cerró la puerta con llave.

Don Burgundófero se sobresaltó, pero ella, volviendo a sentarse a su lado, le tranquilizó, diciéndole con mimo:

—¿Tiene usted miedo a una mujer sola?

—Ni a dos mujeres solas tampoco—replicó él, despabilándose un tanto.

—He cerrado para que no venga nadie a importunarnos, porque quiero que me cuente usted su dolencia extraña. Me ha intrigado lo que ha dicho mi marido al marcharse.

—No recuerdo.

—Eso de la separación de cuerpos.

Y al decir esto se acercó un poquito más al señor Selenisco.

Este echaba lumbre y apenas podía contenerse. Aquella mujer le tentaba moralmente y temía cometer una barbaridad que quizás pudiese costarle caro, porque, ¡cualquier enfermo que se halle en tratamiento se atreve a ponerse frente a su médico! La venganza sería terrible.

—Vamos, hable usted sin miedo — insistió Clarita, echándole familiarmente un brazo por el cuello—. Mi marido tardará algunas horas en regresar y podemos charlar libremente sin temor a ninguna sorpresa desagradable.

—¡Cuerno! — pensó don Burgundófero, pasándose la mano por la frente—. A esta mujer puede ocurrirle lo mismo que a mí; acaso la abstinencia la tenga excitada, y yo sería un tonto si no aprovechase la ocasión, que buena falta me hace. Además, ¿por qué ha de enterarse el médico?

Y se dejó querer.

Se atrevió a pasarle el brazo por la cintura y tanteó con la mano suavemente los dos globos eréctiles, redondos, duros y sonrosados que ostentaba la joven en el mismo sitio que los hombres lo tenemos raso o ligeramente abultado.

Y jugueteando con aquellas carnes apetecibles y seductoras y continuando a la sordina sus exploraciones por las regiones centrales y subsiguientemente inferiores, don Burgundófero refirió a Clarita los motivos que le habían obligado a acudir a la consulta de su esposo.

—¡Ay!—exclamó la joven, como si volviese de un desmayo—. Usted y yo somos contrarios en ideas y deseos. ¡Cuánto daría por tener un hijito!

—¡Pues lo deja usted por poco!

—¡Pillín!

Y tocándole la cara con zalamería se abandonó en sus brazos.

El cliente se aprovechó de la ocasión, que en aquel caso no era calva, sino muy peliaguda, y dirigiendo una mirada inquisitiva por la habitación, vió en un ángulo una otomana, colocada

allí quizás para apagar momentáneamente la sed de pasión, y en ella depositó brutalmente, con la fuerza animal de la lujuria, el precioso y delicado cuerpo de la joven.

Esta quiso resistirse, pero el deseo la había



—¡Prudencia sobre todo!

excitado extraordinariamente. Además, ¿no se trataba de la conquista de una herencia? ¡Pues a la pelea!

Y la batalla se libró en el propio consultorio

y hubo cuatro o cinco ataques a la bayoneta que dejaron extenuados a los combatientes.

. . . . . .

—¡Adiós, y prudencia, sobre todo!

Y Clarita besó por última vez a don Burgundófero, que aunque bruto y vulgarote, había cumplido como un hombre.

Convinieron en verse en lo sucesivo, guardando las debidas precauciones, y se separaron los dos amantes.

Así pasó una semana, así pasaron dos semanas, tres semanas, haciéndose el tonto el doctor Altea, viéndose secretamente los otros dos y sin adelantar un paso.

—¿Pero tú no sientes nada?—le preguntaba intrigado el señor Altea a Clarita.

—Nada; en mi cuerpo no se advierte el menor cambio de naturaleza.

La sometió a varios reconocimientos y, en efecto, no se advertía el menor síntoma de que aquella mujer se hallase en camino de ser madre.

—Continuemos una semana más y si no resulta... ¡oh! Si me engañase doblemente, lo estrangularía.

—Continuemos—dijo ella, resignada al parecer...

Y siguieron los consabidos ataques, pero no en la otomana ya, sino en sitio más cómodo para el desarrollo de las operaciones.

Clarita, como ya hemos dicho anteriormente, sentía con pasión el feo vicio de la avaricia, que

a veces suele romper el saco, según aseguran los que no tienen dos pesetas y desearían tal rotura por si podían aprovechar algo.

Y como su eterna obsesión eran aquellos millones de la herencia, se entregaba con furia, digámoslo así, al animalote de don Burgundófero, como si quisiera extraerle de lo más recóndito de su cuerpo la razón de derecho que después debía servirle para poder reclamar legítimamente la malhadada herencia de aquel tío americano.

No era la ilusión carnal, harto satisfecha, saciada hasta producir náuseas lo que la impelía en aquellas entrevistas tan frecuentes como alarmantes para el señor Selenisco, que ya se arrepentía de haber entablado relaciones íntimas con una mujer que le daba ciento y raya a la suya propia en eso de la calentura pasional.

—Falta me hacía un verde—monologaba—, pero ya es demasiado para un hombre solo.

—Vuelve a la noche : estaré sola ; mi marido tiene una consulta y no regresará hasta la madrugada—le decía ella con mimo, despidiéndole con fingido cariño.

Y cada vez con cualquier otra disculpa le hacía que fuese a verla tarde y noche, todo, como es consiguiente, con permiso y en connivencia con el sinvergüenza del marido.

—Pero, Clarita—decía el otro, con espanto—, estamos abusando demasiado, y yo lo siento por ti.

Mentía descaradamente el zángano, porque verdaderamente él mismo comprendía que se debilitaba por momentos y que sentía a ratos unos mareos extraños, que achacaba con fundamento a aquel ajetreo a que estaba sujeto desde

el funesto día que se le ocurrió ir a la consulta del famoso galeno.

—¡Qué importa! — replicaba ella—. ¡Qué mayor placer que el de morir en tus brazos amorosos, rico mío!

También le quedaba a Clarita otra en el cuerpo : mentía con la mayor frescura, como puede suponer el lector.

El caso es que don Burgundófero acudía a todas las citas y como la mujer era apetitosa y ella desplegaba toda su coquetería para excitarle, las escenas lúbricas se repetían con rapidez aterradora.

Transcurrió la semana de gracia, que maldita la que le hizo al médico, pues todos los experimentos que realizaba en su mujer para averiguar su estado resultaban desconsoladores.

—¡Nada, que no me lo explico!—decía, iracundo—. Aquí se encierra algún secreto, algún misterio que no alcanza a mi penetración. Y sin embargo...

V

ANSIEDAD

Esperaba el doctor Altea con impaciencia suma la presentación en su consulta de don Burgundófero.

Lo que ocurría le tenía trastornado y descompuesto.

—¿Es decir—exclamaba indignado hablando para sí mismo y para las sillas vacías de su despacho—que he consentido en ser... para esto? ¿De modo que después de prestarme a... resulta que se me escapa la herencia?

Y dando un fuerte puñetazo sobre la mesa, prosiguió diciendo:

—Aquí se encierra un grave misterio. Ese individuo es apto para la procreación, pues en cuatro años que lleva de matrimonio tiene cuatro hijos. Mi esposa no le va en zaga, y si no ha tenido cuatro hijos también, merecía tenerlos y ya sé dónde reside la falta, desgraciadamente. *Quare causam*?

El lector habrá podido comprobar que la mitad de las citas que hacía el doctor Altea eran en latín, lo cual demuestra una pedantería lamentable. La otra mitad las hacía... él sabría

dónde, y no merecen comprobación, por nuestra parte, es decir, por parte del autor, cuando menos.

Faltaban pocos meses para que expirase el plazo señalado para reclamar la herencia y Clarita no daba la menor señal de estar en condiciones de pretenderla.

¿Dónde estaba el hijo salvador y redentor de aquellos millones, que irían a parar, seguramente, a manos proletarias, que no sabrían emplearlos como ellos pensaban hacerlo?

Era para volverse loco.

Un reconocimiento concienzudo demostró al doctor Altea que Clarita, a pesar de sus buenas intenciones, no había conseguido recoger en su seno los prolegómenos, valga la frase, de la maternidad.

Aquel día fué aciago para los clientes del doctor.

Equivocó lastimosamente los diagnósticos, metió la pata repetidas veces, como suele decirse vulgarmente, y comprometió su fama universal por la obsesión que le dominaba.

¡Y aun faltaban cinco días para que don Burgundófero acudiese a la consulta en busca del alta prometida, para dedicarse con toda impunidad a su esposa bien amada!

Cinco días de angustias, de incertidumbres y desvelos. Le devoraba la ansiedad. Por adelantar el calendario cinco días hubiera dado cinco años de existencia.

Porque él quería arriesgarlo todo: quería so-

meter a un reconocimiento minucioso a su cliente, para comprobar que era apto, en efecto, para la procreación.

Y si no lo era, ¡pobre de él! Su venganza sería terrible.

El criado entró en el despacho diciendo que la consulta quedaba terminada por aquel día, pues no había ya ningún cliente en la antesala.

Y ya se disponía el doctor a retirarse a sus habitaciones particulares, cuando hizo irrupción en el gabinete el propio don Burgundófero de Selenisco.

VI

LA PREDESTINACIÓN

El señor Altea pudo contener apenas su emoción.

Por otra parte, el visitante parecía también visiblemente conmovido. Tuvo que sentarse y descansar un rato para poder romper a hablar.

—¡Ay, doctor...!—empezó.

—¿Qué ocurre?—dijo el otro alarmado.

—¡Ay, señor doctor...! — repitió don Burgundófero.

—¿Pero quiere usted acabar de lamentarse? Al grano, al grano.

—¡Ay, no es malo el que acaba de salirme a mí!

—¡Vamos, explíquese usted, porque si no...! —exclamó descompuesto el doctor Altea.

—¡Pues no es nada lo del ojo!

—¿De qué ojo habla usted?—preguntóle alarmado.

—¿Usted me dió una receta infalible, para evitar la reproducción de la especie, verdad?

—Infalible, sí, señor.

—¡Así lo creía usted!

—Y lo sostengo, ¡qué canastos! Yo no me equivoco nunca.

—Perdone usted ; lo que es ahora la ha errado, y no digo la ha metido...

—Déjese usted de meter y hable con claridad y sin rodeos.

—Pues bien, es el caso que esta mañana, durante el almuerzo, mi esposa ha aprovechado una leve ausencia de la criada para participarme...

—¡ Qué ! — preguntó ansioso e intensamente pálido el doctor.

—Para participarme que voy a ser padre otra vez.

—¡ Miente !

—No, señor, porque me ha convencido prácticamente. Yo soy un tocólogo excepcional.

—¡ Esto es para volverse loco !

—¡ Eso digo yo ! Porque este será el quinto.

El doctor Altea se creía presa de una pesadilla. Se pasó la mano por la frente, como para coordinar las ideas y después de una larga pausa le preguntó :

—¿ Usted ha seguido al pie de la letra mis prescripciones ?

—Sin deslizarme lo más mínimo.

—¿ El jarabe... ?

—Lo he tomado al final de cada comida.

—¿ La separación de cuerpos... ?

—Completa. Yo tengo mi habitación y ella la suya.

—¿ De día... ?

—Nos hemos visto durante las horas de la comida y siempre ante testigos inconscientes.

—¿ Y de noche ?

—Ni agua. Cada uno en su dormitorio y pare usted de contar.

—¡ Repito que es imposible !

—¡ Y yo le digo a usted que pronto seré padre otra vez ; dentro de seis o siete meses, si no se adelantan los acontecimientos. Me consta, señor Altea ; soy ya muy práctico en esas cosas.

—¡ Pues vuelvo a negarlo !

—¡ Es claro !—exclamó don Burgundófero—. Usted no confesará nunca que su método especial falla muchas veces.

—¡ Jamás !

—¡ Pues el ejemplo está a la vista !

El lector comprenderá que el famoso especialista podía hacer hincapié en su medicación infalible.

—Y sin embargo...

De pronto le soltó la siguiente pregunta a boca de jarro :

—¿ Y no ha sentido usted ninguna noche vehementes deseos de hacerle una visita a su mujer ?

—¡ Muchas !

—¡ Ya le cogí ! Usted ha faltado a mis prescripciones.

—¡ No, señor, le repito !

—Explíquese usted.

—Verdaderamente he sentido alguna vez la necesidad de... decirle algo a mi esposa, pero como me conozco...

—¡ Qué !

—Tomé mis precauciones para no faltar al método que usted me impuso.

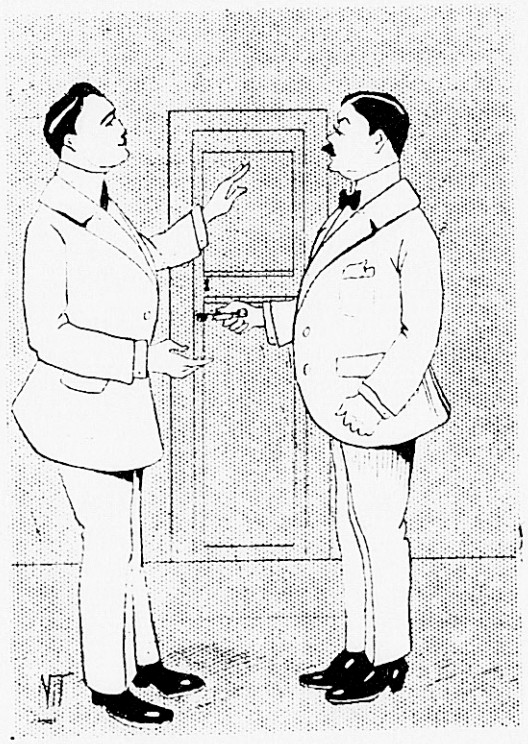
—Veamos esas precauciones.

—Pues sencillamente han sido éstas. Al acostarme le daba las buenas noches a la mártir de mi esposa, la encerraba en su dormitorio y le daba a Alfonso la llave para que me la guardase

hasta el día siguiente, con orden de que no me la entregase aunque se la pidiese de rodillas.

—¿Y quién es ese Alfonso?

—Un primo de mi mujer, que se ha prestado



—... Le daba a Alfonso la llave...

gustoso a tal sacrificio, velando por la estricta observancia de la medicación que usted me impuso.

—¡Mil rayos!—exclamó el doctor dando tan

fuerte puñetazo en la mesa, que saltó haciéndose añicos una calavera de pasta que tenía allí para sus estudios craneanos—. ¿Y por qué no me ha presentado usted a ese primo?

—¿Para qué?

—¡Porque hubiera sido mi salvación!

—¡No comprendo...!

—¡Ya se lo explicaré yo a usted, so mamarracho, so ca...!

—¡Pero serénese usted!

—¿Y usted cree ser el padre de sus cinco hijos, contando con el próximo?

—¡Pues quién va a ser!

—¡Pregúnteselo al primito Alfonso, estúpido, animal...!

No pudo terminar.

El doctor sufrió un amago de congestión y don Burgundófero aprovechó la oportunidad para salir por pies de aquella casa.

—Si todas las especialidades de los médicos son como ésta... — exclamó, aligerando el paso—. ¡Lo que va a gozar Alfonso cuando se lo cuente...!

... ...

Y a los seis meses dió su apellido al quinto vástago de la colaboración.

UN MARIDO COMPLACIENTE

I

JUGAR CON FUEGO

Don Cornelio tenía la culpa de todo lo que le ocurría, según se susurraba entre sus compasivos y viperinos amigos y conocidos.

En efecto, ¿quién le metía a él a contraer matrimonio con aquella mujer de fuego, joven, rozagante y caprichosa?

Cualquiera hubiera comprendido fácilmente que si los padres habían accedido a casarla con aquel vejestorio ridículo era por su dinero, por explotarlo y comer toda la familia a costa del presupuesto.

¡Y si hubiera quedado ahí la cosa, del mal el menos! ¡Pero...!

En el casino, en el café, en todas partes se hablaba de don Cornelio con esa compasión irónica que suelen despertar los maridos bonachones e imbéciles a quienes se la pegan sus mujeres con el mayor descoco y frescura, porque ya se sabe que algunas se las traen para esas cosas.

—¡Cuidado con hacer juicios temerarios!—exclamaba un casado, también puesto en entredicho, con benevolencia que parecía indicar «hoy por ti, mañana por mí.»

—¡Pero si no puede ser más público!—argüía un pollito difamador, acaso porque él no había sido de los preferidos.

—No incurramos en el feo pecado de la calumnia; ya saben ustedes que la calumnia es una cosa que se le levanta a los hombres muchas veces y suele tener fatales consecuencias.

Sin embargo, el autor se cree en el caso de referir sucintamente y sin apasionamientos esta historia, dejando al lector en libertad de juzgar, cuando termine el relato, si se la podían levantar o no justamente a don Cornelio. La imparcialidad más absoluta reinará en estas leves páginas.

Adela tenía 22 años y su esposo frisaba en los cincuenta. Solterón recalcitrante, había pasado su vida trabajando como un bruto, almacenando miles de duros y no pensando jamás en esa bella mitad del género humano, puesta a nuestro alcance para nuestro regalo y placer. Alguna cana al aire, para acallar a la naturaleza y a escupir a la calle, como suele decirse, después de pagar con poca generosidad, por cierto.

Pero ya cerca de la senectud, sintió un gran vacío a su alrededor, le dió miedo la soledad, el frío que se apoderaba de su alma le hizo pensar en buscar calor, en emanciparse de manos mercenarias, y decidió casarse.

No era un Adonis don Cornelio; por el contrario, su rostro parecía una careta ridícula y era además vulgarote, chavacano y desgraciado.

Pero tenía mucho dinero y Adelita se casó con él; con el dinero, entendámonos.

—Seré rica—pensó—y siempre tendré ocasión de satisfacer mis caprichos; afortunadamente, sobran hombres de buen ver.

Y sobraban, en efecto, porque aquella mujer era adorable y cualquiera se hubiera considerado dichoso con obtener sus favores.

Si hiciéramos aquí su retrato exacto, se le pondrían los dientes de punta al lector y hasta se dedicaría a buscarla por esos paseos, porque todavía vive, y muy hermosa, por cierto. Nos limitaremos a decir que es una hembra que tira de espaldas, con unos ojos más grandes que una moneda de cinco pesetas, una boca pequeñita, muy pequeñita y unos senos muy grandes, muy abultados y unas caderas que incitan al abrazo y un pie diminuto y breve, y entre los pies y las caderas un paraíso de delicias, el *desideratum*, el *desmiguen* de la dicha y el placer.

Y demos punto al pincel, porque la pintura se va aproximando demasiado al original, que es lo que queríamos evitar.

Adela se casó con don Cornelio, repetimos, y se llevó a toda la familia para que chuparan de la ubre de la vaca, que en este caso era el marido.

Los primeros meses todo fué paz y concordia entre los príncipes cristianos, como suele decirse: don Cornelio no cabía en sí de satisfacción y a ella le cabía toda la dicha que era compatible con su nuevo estado: vamos, una dicha relativa. Los padres iban muy requetebién en el machito.

—¡Se vive!—podría haber exclamado aque-

lla familia apacible y feliz, y a lo mejor así lo diría alguno para sus adentros.

Porque parecía que todos se habían dado la mano para que el caudal de don Cornelio sufriese una baja considerable en poco tiempo; de todos modos, para lo que le quedaba de vida...

Y aquel hombre, que había sudado la gota gorda para amasar una regular fortuna, se mostraba generoso, todo por el amor que se le había despertado en su corazoncito por aquella hermosísima mujer que poseía exclusivamente.

Bueno, eso es lo que cándidamente se figuraba don Cornelio, pero ustedes dirán luego si vivía equivocado el buen amigo.

Pasó la luna de miel, como todo pasa en este mundo, menos las pesetas de plomo, que muchos se atreven a rechazar, y volvió la normalidad a aquella casa.

—Tenemos que abrir nuestros salones — le dijo Adela a su marido.

—Los abriremos, ¡qué demonio! y hasta tiraremos las llaves para que no vuelvan jamás a cerrarse — replicó él, usando frases galantes, quizás por segunda o tercera vez en su vida.

—Hay que relacionarse con la buena sociedad; a mí me agradan mucho las tertulias.

—Pues habrá tertulias y se hará música y se jugará y se bailará.

—Eso, eso; sobre todo bailar.

—Pero es que yo no sé mover un pie con arte.

—¿Eso qué importa?

—¡Ah! ¿Me enseñarás tú?

—No; bailaré con quien sepa.

—¡Muchas gracias!

—¡Perdóname, ha sido una ligereza! ¿Con quién he de bailar mejor que contigo?

Don Cornelio se dió por satisfecho y la besó amorosamente con aquellos labios o morros de cerdo que ya iban dándole asco a Adelita.

Lo ideal y lo vulgar han formado siempre un contraste lamentable.

Creo que esta sentencia es de Tito Livio o del *Tato*; no estoy muy seguro.

II

EMPIEZA EL MOVIMIENTO

—¡Adela, me tiene usted loco! Concédame usted lo que la pido.

—Ya veo que está usted loco, en efecto, amigo mío. ¿A quién se le ocurre...?

—A todo el que la mire una vez siquiera.

—¿Pero no ve usted que puede descubrirse todo y el escándalo sería terrible?

Enrique la acorralaba cada vez más, la tenía cogida una mano y la joven estaba ya a punto de caramelo: otro envite más y la conseguiría; se acercaba el cuarto de hora que hemos convenido en adjudicar a cada mujer.

El sitio convidaba a amar: los dos, como obedeciendo a misterioso instinto, se habían refugiado en un cenador del jardín, huyendo del calor de los salones y nadie iría a molestarlos, seguramente; el marido tenía una confianza ciega en su esposa.

Así anda todo.

Adelita no era una mala mujer, pero, seme-

jante a la gente del pueblo, tenía su corazoncito también, y como don Cornelio sólo llamaba a él de uvas a peras, a peras especialmente, necesitaba con más asiduidad un picaporte que retumbase allá dentro, en el sitio reservado para los grandes acontecimientos, en lo más hondo y dulce de sus sensaciones.

Enrique sabía muy bien lo que puede aprovecharse de una mujer en condiciones tales y había puesto sitio a la plaza, con la esperanza de penetrar muy pronto en ella.

Era un tenorio aguerrido y eso que nunca realizó con mujer alguna acto noble y caballeresco que pudiera justificar sus continuos triunfos femeniles. Era cobarde y canalla, sin contar otros defectos, cuyo solo nombre nos repugna estampar en letras de molde.

Cualquiera se explica la psicología de la mujer y sus continuas aberraciones.

Ya lo dijo un pensador ilustre, el señor García y Pérez de Sánchez:

«Si la mujer exigiese de su amante las mismas cualidades y condiciones que le exige al marido, pocos de éstos serían los engañados.»

—¡Lástima que nos hayamos casado los dos! —dicen que decía una dama harto conocida en la buena sociedad a su esposo, satisfecha de todos los placeres que la proporcionaba—. ¡Hubieras hecho un amante ideal!

Y átenles ustedes cabos
a esas moscas por los rabos.

Con la osadía adquirida en la práctica, Enrique la dió un beso cálido, un beso de fuego en un oído y su sonido repercutió en el corazón

de Adela, como una terrible detonación que derrumbaba la última y débil barricada opuesta entre el honor y el deseo.

Se unieron las dos bocas en frenético ósculo y la paloma o la pájara cayó en las garras del gavilán.

Ya no oponía resistencia cuando él, transformado en la bestia humana, en el macho sediento de goce sexual, la derribó sobre el canapé y empezó a acariciarla, a manosear aquellas carnes preciosas y nacarinas, sondeando reconditeces arrebatadoras, que le enajenaban de placer.

También se revelaba la hembra en aquella mujer delicada, fina, espiritual en apariencias, honesta y pulcra, pu...lcra sobre todo. En sus espasmos amorosos se notaba el deseo anhelado y ahora satisfecho, se dejaba ver la abstinencia a que había estado sometida, por la ansiedad con que quería saciar sus apetitos... ¡Cuando yo digo que...!

—Basta—decía ella entre suspiro y suspiro, con un desmadejamiento atroz, con una languidez que excitaba de nuevo a la pelea.

Y en aquel sitio solitario y poético, bañado, por un rayo de luna que penetraba por entre todo aquel follaje, gozaron dichas infinitas y colocaron por vez primera el estigma que figuradamente veían todos sus amigos en la frente de don Cornelio, y que debía ir en aumento, por aquello de que un clavo saca otro clavo y que el comer y el rascar sólo quiere empezar.

—¡Qué lástima—pensará algún lector compasivo—que no acudiese por algún lado el marido engañado!

Pues, en efecto, acudió, aunque no con la

oportunidad que hubieran lamentado aquellos dos frescales, porque les habría amargado el placer.

Pero es el caso que don Cornelio se alarmó ante la larga ausencia de su mujer, y se dió a buscarla, aunque sin pensar, ni por un momento siquiera, que se la estaría pegando con alguien.

Empezó por preguntarle a su suegro, que era la corrección personificada y no permitía la menor frase imprudente ni la acción menos censurable en su presencia.

—Estará en el jardín. ¿Dónde se puede estar mejor a estas horas?...—le contestó.

—¡Es extraño!

—¡No sé por qué! ¿Qué cosa más natural que tomar el fresco?

—¿Luego usted cree que estará tomando...?

—No tendría nada de particular.

Don Cornelio abandonó el salón y se encaminó al parque, pero con la mayor tranquilidad y buena fe del mundo. De paso se refrescaría él también un poquito.

Poco tardó en seguirle el suegro: por lo visto tenía poca confianza en su hija o sospechaba algo, si había observado la asiduidad con que la perseguía siempre Enrique.

El confiado esposo, aquella alma cándida de don Cornelio atravesó alamedas, jardinillos y parterres, y al pasar junto al cenador, donde no se cenaba precisamente pero se estaba haciendo un guisote raro sazonado con la salsa de su honor, oyó algo sospechoso que le alarmó sobremanera y penetró resueltamente.

El cuadro que se ofreció a su vista no podía ser más escandaloso: allí estaban los dos prójimos en una posición muy violenta, violenta porque se vieron sorprendidos y descubiertos.

—¡Cuernos!—exclamó el esposo ofendido—. ¿Qué es lo que veo?



—¡Cuernos!—exclamó el esposo ofendido—¿Qué es lo que veo?

Poco podía ver, sin embargo, porque la pareja se incorporó rápidamente, y mientras Adela arreglaba un poco sus desordenadas ropas, Enrique se arrinconaba todo medroso en

un ángulo del cenador, buscando una salida hábil, sin preocuparse lo más mínimo de acudir en defensa de la mujer que acababa de deshonrar; es decir, eso se cree generalmente, porque yo entiendo que a quien se deshonra es al marido, puesto que la mujer harto deshonrada es cuando falta con tanta desvergüenza a sus deberes.

Don Cornelio sudaba la gota gorda, porque además del calor reinante la escena era para calentar a cualquiera.

—¡Infame!—exclamó con voz sofocada—. ¿Qué has hecho de estas canas?

Y al mismo tiempo se pasó la mano por la cabeza, para dar mayor fuerza a su exclamación; pero se olvidó que se las teñía y mostró una mano más negra que la pez.

—Si mi desprecio no fuera tanto—continuó diciendo, exaltándose por momentos y limpiándose las manchas de la mano con un pañuelo—, ahora mismo te estrangularía, so... pú...trida.

El amante temblaba, por si le tocaba a él alguna salpicadura de indignación.

—Yo te explicaré...—balbuceó ella.

—¿Qué me vas a explicar? ¡Eso faltaba; que me dieras más detalles! ¡Infame, pécora, mala mujer!

El léxico pintoresco de don Cornelio no tenía fin y empezó a echar por aquella boca una de adjetivos naturalistas que daba horror.

La escena era, en efecto, poco edificante.

Por fortuna acudió el suegro, que como hemos dicho, le seguía los pasos y logró contenerlo un poco.

—¿Pero le parece a usted bien lo que ha hecho esta perjura, adúltera, infiel...?

—¡Basta ya!—exclamó el suegro con dignidad—. Refrene usted la lengua y tenga mejores formas. Ya he visto que tiene usted menos educación que un carretero, señor yerno.

—¿Pero no ve usted...?

—¿Pero no ve usted—le interrumpió el suegro—que hay gente extraña? Vaya un espectáculo más edificante. ¿Qué dirá luego de nosotros ese caballero?

Y señaló al amante, que buscaba en vano un sitio por donde ahuecar valientemente el ala.

—¡Las buenas formas ante todo!—terminó diciendo sentenciosamente y en tono de reproche el padre de Adelita.

III

OTRA VEZ CORNELIO

El autor está en la plenitud de su vida en estos momentos históricos: acaba de cumplir los veinticinco años y tiene la seguridad de que ninguna mujer le engaña; pero de los cincuenta para arriba...

Don Cornelio no volvía en sí de su apoteosis; aquella escena del cenador le había quitado las ganas de volver a tratar maritalmente a su esposa y se hallaba dispuesto a una separación honrosa, que no produjera gran escándalo y solucionase aquella situación que llegó a trascender al público aparatosamente.

Pero entró en escena el padre de Adela y cambió la decoración por completo.

¿Quién hablaba de separación? ¿Don Cornelio? Aquello clamaba al cielo. Porque en úl-

timo caso don Cornelio era únicamente el marido.

El, como padre de la interfecta, era el único llamado a pedir explicaciones por el escándalo producido en descrédito de su apellido.

Porque el correcto caballero no creía, aparentemente, por lo menos, en la infidelidad de su hija, toda virtud y castidad; estimaba, únicamente, que su yerno se había extralimitado en sus atribuciones maritales y era el verdadero responsable del espectáculo dado en perjuicio de su honor.

Estuvo a punto de retirarle su protección y aprecio, pero el plato cotidiano le sujetó en sus determinaciones radicales y adoptó otro procedimiento más eficaz: el de convencerle de que iba errado.

Pasó algún tiempo, y a fuerza de machacar sobre lo mismo, la familia consiguió convencer a don Cornelio de la virtud de su esposa.

Y hasta llegó al extremo de pedirla perdón por sus infundados celos.

El gran actor y autor don Julián Romea tuvo el buen gusto de decirlo en su zarzuelita titulada «Niña Pancha»:

> Misterios del organismo
> que nunca la ciencia explica...

Restablecida la normalidad, volvieron las fiestas y diversiones.

—Aquí no ha pasado nada—dijo el venerable papá—. Siga su curso la procesión.

Claro es que Enrique puso pies en polvorosa y hasta ahora.

Entre los nuevos concurrentes a los saraos

se presentó un joven andaluz, un tal Martínez, alto empleado en una casa de banca, y que a poco había de desbancar a todos los asiduos pretendientes de Adelita.

Su genio alegre y divertido, su figura distinguida y su práctica del corazón femenino lograron seducir a la joven al poco tiempo de conocerle.

A don Cornelio también le hizo mucha gracia el pollo y le tomó una afección exagerada, haciendo de él su amigo predilecto.

Comían muchas veces en la fonda, le invitaba otras a cenar en casa, y tenía en él una confianza ilimitada.

«¡Confía en la virgen y no corras!», como decía el sacristán del cuento.

Ello fué que los acontecimientos se precipitaron y un día, de común acuerdo, como es de suponer, se presentó en casa de don Cornelio, en ocasión en que se hallaba ausente, el taimado Martínez, con más ganas de satisfacer su capricho que de echar un párrafo con el papá de Adelita.

Ella lo recibió en sus habitaciones particulares, en un traje en el que se adivinaba, por su ligereza y elegancia, algo de premeditación amorosa.

Parecía una ropa hecha para las grandes solemnidades del placer. En eso era maestra la sensual muchacha.

Hablaron poco; se comían con la vista, y sin más preámbulos ni preparación de los preliminares y casi obligados besos, Martínez se fué al bulto con un atrevimiento digno de su historia mujeriega y se la cargó en brazos, depositándola, jadeante de pasión, en un lecho

que no estaba muy separado del lugar del suceso.

Y ocurrió lo de siempre : ocurrió que Adelita no tenía fuerzas para defenderse, tal era el



Parecía una ropa hecha para las grandes solemnidades del placer.

deseo que la dominaba, y olvidándose de su esposo, del cual sólo recordó el significativo nombre que en mal hora le pusieron al nacer, se

sació de caricias y placeres, y allí se repitió la coronación de don Cornelio, con gran satisfacción de los amantes.

... ...

Esa línea de puntos suspensivos indica que Martínez, una vez despachada la comisión que le llevó a aquella casa, se despidió de la joven, quedando entre ambos convenidos los días y horas en que en lo sucesivo habían de verse.

Quedó sellado con un sonoro beso aquel pacto amoroso a espaldas del padre de las cargas, o sea el marido, y ya puede figurarse el lector que cada nueva cita era un grado más que adquirió aquella pasión que acabó por cegar a los dos jóvenes.

Don Cornelio seguía en la higuera : también aumentaba, ascendía la amistad que sentía por Martínez, hasta el punto que llegó a llamar la atención de sus relaciones y hubo quien murmuraba que el viejo tenía gustos invertidos.

He aquí la calumnia ; eso que se le levanta a los hombres algunas veces.

¡ Pobre hombre !

Pero hete aquí que un día notó algo inexplicable y el demonio de los celos volvió a apoderarse de su corazón.

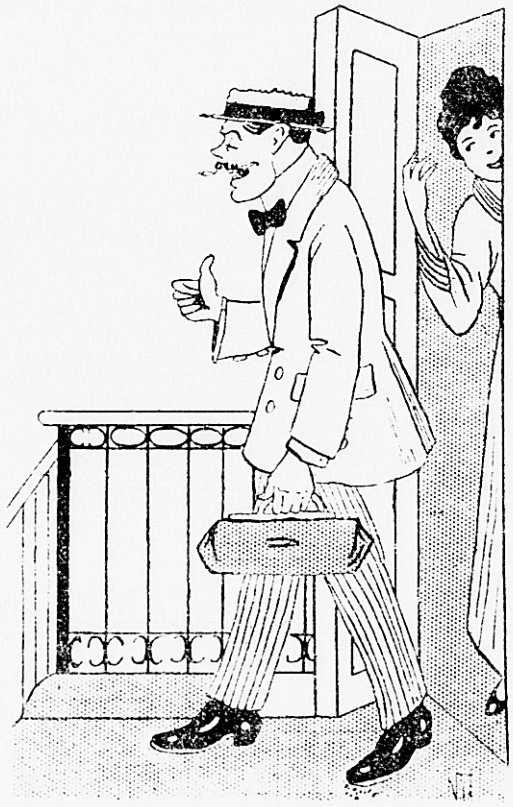
Y la dolorosa verdad vino a saberla por un criado fiel, caso raro, que le puso en autos de los manejos que se traía su mujer con el dichoso Martínez.

Adquirió la convicción de que le engañaba de nuevo Adelita y juró vengarse.

Encerrado en su despacho pasó dos días mortales en hondas cavilaciones. ¿Cómo había de ser la venganza ?

Y no le agradaba ninguna de las soluciones que pensaba.

—¿Los mataré a los dos?—se decía, horro-



—¡Hasta la vuelta!

rizándose él mismo de la pregunta.

Porque don Cornelio no era hombre de armas tomar, dicho sea en honor a la verdad y a su cobardía.

Como primera providencia se mandó hacer llaves dobles de todas las habitaciones de su casa.

Y quiso presenciar una escena naturalista de los adúlteros, pero desistió de tal propósito.

—No, no; más vale presenciarla ante testigos.

Aquella idea fué la reveladora de su plan vengativo. Era cosa decidida.

Y un día se lió la manta a la cabeza, miró compasivamente al sinvergüenza de su suegro y besó por vez postrera a su cara esposa.

—Adiós, paloma mía, hasta la vuelta.

—¿Te vas? — le preguntó ella indiferentemente.

—Sí, voy a emprender un corto viaje. Mis negocios me reclaman en el pueblo. Pero no te impacientes, porque pronto daré la vuelta, reina de mi vida.

Adela se alegró interiormente, pero se guardó mucho de manifestarlo en su semblante.

—¡Qué lástima! ¡Tantos días sin verte!

—No serán tantos, monina. Menos de los que tú te figuras.

Y sonriendo mefistofélicamente salió de casa cargado con un ligero maletín.

—¡Hasta la vuelta!

—¡Buen viaje!

—No me hagas esperar mucho.

Descuida.

—Es que no puedo vivir sin ti, rico mío.

—¡La muy pú...trida!—refunfuñó don Cornelio.

Ella estuvo a punto de despedirle bailando un garrotín.

—Desgraciadamente no entendía mucho de bailes flamencos.

Pero, eso sí; se presuró a dirigirle una carta a su amante, participándole la grata nueva:

«Te espero en seguida: ese se ha ido de viaje.

»Tu

ADELITA.»

Martínez acudió presuroso a la cita, aprovechando la ausencia del marido y dispuesto a desquitarse de la abstinencia de los días anteriores.

—Amor mío—le dijo ella al verle llegar—. Hoy es gran día: comeremos juntos, cenaremos juntos... y estaremos juntos hasta mañana.

—¿Pero y si volviera...?

—Tengo tomadas todas las medidas para evitar una sorpresa.

Y se abrazaron y besaron efusivamente.

IV

PREPARANDO EL CASTIGO

Terminadas las horas de audiencia fué recibido don Cornelio por el juez de instrucción, señor Escalas.

Al verle entrar en su despacho exhaló un grito de sorpresa.

—¿Usted por aquí?

—Yo mismo; pasaba por ahí cerca y he subido a saludarle.

—Mil gracias.

Se conocían desde luengos años; hicieron juntos los primeros estudios y aquel compañerismo de la juventud se convirtió en una amistad superficial que duraba todavía; se veían, se saludaban, charlaban de los tiempos pasados y hasta otra vez.

—Conque, ¿qué hay de nuevo, mi querido don Cornelio? ¡Cuénteme algo!

—Algo tengo que contarle, en efecto, mi ilustre amigo, y muy grave, desgraciadamente.

—¡Tiene usted un aire muy solemne!

—Mi antiguo amigo—dijo don Cornelio—, hoy vengo a verle únicamente como funcionario judicial.

—Explíquese usted.

Don Cornelio lanzó un profundo suspiro.

—Ya sabrá usted que me casé, mi querido Escalas.

—Ya lo sé—replicó el juez—, y por cierto que iba a preguntarle por la salud de su esposa.

—¡Conque su salud!—refunfuñó el esposo ofendido.

—¿Está mala?

—Diga usted que ella es la mala.

—Hombre, eso podrá decirlo usted únicamente, y no creo que haya dado motivo para tanto.

—¡Ah, señor juez, digo, querido y bondadoso amigo; mi esposa es una... adúltera!

—¿Qué me cuenta usted?

—La verdad, mi antiguo condiscípulo, la dolorosa verdad.

—Vamos, vamos, tranquilícese usted, raciocine con calma... A veces se equivoca uno... las apariencias engañan muy a menudo...

—Desgraciadamente tengo la seguridad más

absoluta. Martínez es un hombre de carne y hueso.

—¿Quién es ese Martínez?

—Un amigo íntimo.

—¿Es decir, el que supone usted que le engaña?

—Sin suposición alguna: lo aseguro.

—¡Siempre la misma historia! El amigo que abusa de la hospitalidad y la confianza del amigo.

—Así es: la eterna historia de la ingratitud y la perfidia humanas. No puede usted figurarse lo que quería y todavía quiero a Martínez. Un muchacho tan simpático, tan dicharachero, tan buen compañero... ¿Por qué habrá sido él y no otro el autor de mi deshonra?

—¡Pero, querido don Cornelio...!

—Es verdad; tiene usted razón; no sé lo que me pesco. Y es que aun ahora mismo conservo hacia él un resto de cariño, lo aprecio todavía... Usted no lo conoce; es un andaluz graciosísimo...

—Decididamente no está usted en su juicio, pobre amigo.

—¡Póngase usted en mi lugar!

—¡Un cuerno!

—¡Cuando pienso que él ha sido el que me ha reventado, materialmente!

—Pero, ¿ha consumado la suerte? Y permítame que aplique en este caso esta frase taurina.

—Y muy oportuna, puede usted añadir. Sí, la ha consumado, amigo Escalas, y la sigue consumando dos o tres veces a la semana.

—¿Tiene usted la prueba material?

—No, señor, y para tenerla cuento con usted.

—No le entiendo.

—Pues es muy claro.

—Explíquese usted.

—¿No es usted el juez de instrucción del partido? ¿No tiene usted el deber de prestar auxilio a los infortunados que se hallan en mi triste caso? Pues bien, yo vengo a pedirle a usted que me ayude para sorprender en delito flagrante a los adúlteros.

La fisonomía del magistrado adquirió un visible tinte de tristeza.

—Efectivamente, en derecho, no puedo negarme, don Cornelio; pero antes de ejercer mi misión oficialmente, mi deber me obliga a agotar todos los medios posibles de conciliación.

—Son inútiles, porque ya llueve sobre mojado, como vulgarmente se dice.

—De todos modos — replicó el juez—, ¿ha medido usted bien las consecuencias del escándalo que va a producirse? ¿No será más conveniente ocultar en el silencio más absoluto un accidente cuyas primordiales causas pueden provenir tal vez de usted?

—¿De mí? No lo crea usted, mi digno amigo, se lo juro: yo he sido siempre un marido modelo, un verdadero protector y padre de toda la familia. Herido en lo más íntimo de mi ser, señalado irónicamente por todas mis relaciones, sólo anhelo vengarme, castigar.

—¡Pero es que esa venganza, ese castigo darán mayor publicidad a su deshonra! Hasta la prensa, todos los periódicos se ocuparán de usted.

—Ya lo sé, pero por lo menos no me presen-

tarán como un tipo ridículo, sino como un hombre terrible y digno. No seré el polichinela, sino el Moro de Venecia. ¡Brrr!

Y don Cornelio intentó rugir como una fiera, saliendo de su garganta una especie de mugido muy semejante al del buey.

—¡Guay de Martínez! ¡Pobre de él! ¡Oh, Martínez, Martínez...!

—¡Desgraciado, adivino sus intenciones! ¡Usted medita un asesinato, dos asesinatos tal vez...!

—No, no; tranquilícese usted; me contendré; no cometeré ningún crimen, se lo prometo.

—Júreme usted que no lleva usted arma alguna y que no intentará ningún acto de violencia contra ninguno de los dos delincuentes.

—Se lo juro.

—Pues, nada; entonces, mi pobre amigo, estoy a su disposición. Deme los detalles necesarios y dígame qué día quiere usted sorprender a los adúlteros.

—¡Hoy mismo; esta noche; las cosas en caliente!

—¿El sitio...?

—En mi casa, en mi propio domicilio.

—¿Hora?

—Los criminales están convocados para la media noche.

En eso se equivocaba don Cornelio, porque ya se habían convocado antes los adúlteros, como hemos visto ya.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó alarmado el juez.

—Digo—replicó don Cornelio—que les he tendido un lazo.

—Pero, ¿qué clase de lazo? Veamos.

—Ya sabe usted que sólo hay uno en el mundo.

—Vamos, ya; usted ha fingido una ausencia, un viaje...

—Justamente.

—¿Y cree usted que resultará la estratagema?

—Estoy seguro.

—Pues, nada; cúmplase su voluntad—dijo el juez—. Hasta la noche, don Cornelio. Pero acuérdase de lo que le digo: se arrepentirá usted pronto de haber empleado esta medida tan radical.

—¡Jamás! Echada está la suerte... Martínez se enterará así de que no se me puede engañar impunemente.

El juez se había levantado, pero el marido vengador no se movía de su asiento.

—Pues bien, sólo nos resta convenir el lugar de la cita—dijo aquél.

—Eso es.

—Llevaré dos agentes de la ronda.

—Lleve cuatro, si puede ser, para que se le pueda cortar la retirada por todas partes si intenta escaparse.

—Como usted quiera. ¿Será necesario un cerrajero?

—Es inútil, porque tengo llaves dobles de todas las puertas.

—Entonces hasta la noche—repitió el juez, tendiéndole la mano a su amigo.

—No, no; yo no le abandono a usted.

—¿Que no me abandona?

—No, no le dejo; perdóneme usted, mi querido amigo... No me fío...

—¡Don Cornelio!

—Sí. ¿Quién me dice a mí que con la mejor intención, por supuesto, no sería usted capaz de poner en guardia a Martínez?

—¡Hombre, me fastidio yo en su Martínez y en todos los tipos de su clase!—exclamó el juez encogiéndose de hombros.

—Es lo mismo; no he de perderle de vista hasta el momento, llamémosle psicológico.

—¿Sabe usted que no pueden ser más injuriosas sus sospechas para un funcionario público?

—Ea, acompáñeme a comer a la fonda.

—¡Está usted loco! ¡Comer... los dos juntos... y en semejante día!

—Precisamente necesito que me asista usted desde el principio hasta el fin.

—Mis funciones no me lo permiten, aunque quisiera.

—No me diga usted eso a mí, porque son excusas; sus funciones le permiten hacer todo cuando le dé la real gana.

—¡Pero usted mismo, querido...! La situación en que se encuentra...

—Esa misma situación me autoriza para usar de reconfortantes y distracciones. Vamos, amigo Escalas, no se haga usted rogar más...

—¿Verdaderamente lo quiere así?

—Me debe usted ese supremo testimonio de amistad. Me figuraré que como todavía con Martínez. ¡Cuántas veces hemos comido juntos en la fonda y hasta en casa!

—Don Cornelio, a ese Martínez lo quiere usted todavía más de lo que se figura y le conviene.

—No se lo niego, mi querido condiscípulo, porque la verdaderamente culpable es ella. ¡Siempre la mujer! El hombre obedece a sus sentidos y Martínez...

—Un falso amigo... un traidor... un monstruo...

—¡Evidente!

—Por eso quiere usted castigarlo de una manera ejemplar...

—No lo niego.

—Sí, sí... ¡Oh! ¿Por qué en vez de Martínez no había de ser otro? ¡Cómo le atormentarán los remordimientos!

—Pues deje usted abandonado a sus remordimientos al tal Martínez.

—¡No!—exclamó con rabia don Cornelio—. Es necesario que la justicia de los hombres no se detenga.

—¿Decidido?

—Resueltamente decidido.

—Pues vamos a comer.

Y ambos se encaminaron a un hotel que el marido tenía elegido de antemano.

V

SIEMPRE CORNELIO... SIN APALEAR

Don Cornelio comía desaforadamente, con envidiable apetito, admirando al juez, que comía poco, preocupado indudablemente por la grave misión que había de realizar pocas horas después.

Admiraba igualmente la sangre fría de aquel hombre que pronto también iba a representar un importante papel en la tragedia.

—¡ Vaya un apetito, amigo don Cornelio !—exclamaba de vez en cuando el magistrado.

—¡ Qué quiere usted ; así engaño mi dolor ! —respondía sencillamente el interpelado.

—¡ Y vaya una sed !

—¡ Es para apagar el volcán que por dentro me consume !

El juez esperaba que de seguir comiendo y bebiendo de aquella manera acabaría por olvidar su preocupación y se suspendería la diligencia de pescar a los amantes en delito flagrante de adulterio.

Y se hubiera alegrado extraordinariamente el buen juez de instrucción.

Pero se equivocaba, porque aquel hombre tenía un estómago privilegiado y no le hacía el menor efecto la bebida.

Terminado el banquete, porque así se lo podía llamar, se levantó el señor Escalas.

—Bueno, mi amigo, le dejo, porque tengo que ausentarme un rato... Hago falta en otra parte...

—¿ Dónde ?

—Tengo que ir al teatro.

—Bien, bien ; iremos juntos.

Don Cornelio era terrible y así lo comprendió el juez.

Se resignó y los dos se encaminaron al teatro, donde verdaderamente no tenía nada que hacer el juez.

Y mataron el tiempo hasta las doce de la noche, hora señalada para la sorpresa, charlando y tomando café y algunas cervezas.

El magistrado ordenó a dos agentes que le acompañasen para realizar una diligencia judicial y los cuatro se pusieron en marcha dirigidos por el esposo engañado.

Como poseía llaves de todas partes, no hubo necesidad de llamar al portero.

Atravesaron el jardín ; la noche era espléndida y en el cielo brillaban titilantes las estrellas ; el ambiente estaba perfumado por mil olorosas flores y todo convidaba al placer, al amor.

Pero ninguno de los cuatro personajes estaba a aquellas horas para poesía ni cariño.

El magistrado pensaba en la empresa triste a que le llevaban obligaciones de su cargo y anhelaba que cualquier contratiempo estorbase los propósitos de don Cornelio, para no verse en el triste caso de presenciar escenas poco edificantes.

En cuanto al marido, se sentía desfallecer física y moralmente. Llegó un momento en que el juez le vió vacilar y apoyarse sobre un jarrón de porcelana.

—Sosténgame usted, mi querido amigo, porque no puedo con mi alma.

—¡ Vamos, don Cornelio, valor, qué diantre !

—¡ Es que hay situaciones en la vida... ! Póngase usted en mi lugar.

—¿ Otra vez ?

—¡ Ay, usted perdone !

—Usted ha confiado mucho en sus fuerzas... ya me lo figuraba yo... Pero aun estamos a tiempo...

—¿ Renunciar ? ¡ Jamás !

Llegaron al primer piso.

—Allí hay luz—dijo un policía.

—Es la habitación de mi mujer.

Se acercaron cautelosamente, pero una avisada doncella, puesta allí, sin duda, para anunciar una sorpresa, si la había, empezó a gritar:

—¡El señorito... El señorito!

Don Cornelio la dió un empujón que la echó a rodar.

El juez llamó a la puerta.

—¡En nombre de la ley, abrid a la justicia!

Un silencio profundo se hizo en la alcoba conyugal.

—Ya conozco esto muy bien—dijo el magistrado.

—Llame usted otra vez — murmuró el marido.

—¡En nombre de la ley...!

Igual silencio, seguido de un leve rumor sospechoso.

—¿No quieren ustedes abrir?—dijo el señor Escalas.

—Eso parece. ¡Miserables! — exclamó don Cornelio.

—Deme usted su llave.

Y el juez, al hacer el tercer llamamiento, introdujo la llave en la cerradura.

Luego se arrimó al oído del esposo y le dijo:

—Han echado el cerrojo por dentro.

—¡Cosas de Martínez!

El magistrado dijo:

—Por última vez, ¡abrid! o echo la puerta abajo.

Don Cornelio desfallecía cada vez más.

—¡Cuidado que es duro vengarse!—balbuceó.

—¡Ya se lo dije a usted! ¡Pero ya es tarde, amigo mío!

La puerta cedió. El marido recobró parte de su energía ante el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Su esposa, envuelta en un vaporoso vestido, de la más coqueta inmodestia, se había precipitado fuera del lecho, atrayente y hermosísima, con aquella ligereza de indumentaria, la cual hizo abrir desmesuradamente los ojos a los policías.

—¿Quiénes son ustedes?—preguntóle impetuosamente al magistrado.

—Soy el juez de instrucción.

—¿Y qué me importa a mí? ¿Quiénes son ustedes, digo, para despertar así a una señora durante la noche?

—Señora, usted no está sola aquí; dígame el nombre de su cómplice.

—¿Mi cómplice? Caballero, ¿qué significa...?

—¿Dónde está Martínez? — rugió don Cornelio, que hasta entonces había guardado silencio.

Ella le contestó con altanería:

—No sé lo que quiere usted decirme, señor mío.

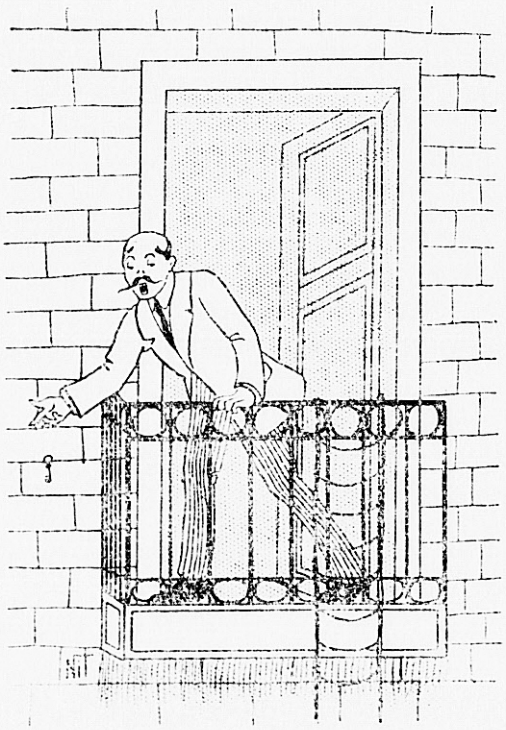
—Pero yo comprendo por el desorden de la habitación lo que ha ocurrido. ¡Dígame dónde se encuentra su cómplice!

—Le aseguro que estoy completamente sola.

Don Cornelio miraba por todas partes.

El balcón abierto llamó en seguida su atención, así como la del juez.

Cambiaron una mirada. Por allí debía haber emprendido la fuga el amante. Una escala



Y arrojándole una llave, terminó...

de cuerdas colocada en el exterior así lo demostraba.

En seguida el magistrado dió órdenes en voz baja a los agentes.

¿Qué ocurrió entonces en el espíritu de don Cornelio?

¿Olvidó de pronto sus ofensas ante el peligro que corría su entrañable, si que traidor amigo?

Un movimiento irresistible le empujó al balcón.

Se inclinó. La obscuridad impedía distinguir nada en el jardín.

— ¡Martínez! — exclamó, llamándole—. ¡Martínez!

Martínez se guardó muy bien de responder, pero se le oía correr a través de los macizos de plantas.

Y don Cornelio siguió gritando:

—¡Martínez, por allí... por la derecha...!

Y arrojándole una llave, terminó:

—¡Toma! Esa es la llave de la puertecilla... ¡Huye, Martínez!

El juez estuvo a punto de tirarlo por el balcón.

UNA JUERGA MOVIDITA

I

CASAMIENTO POSTAL

La bella Lulú, o Escolástica Pérez, que este era su verdadero nombre de pila, se desperezaba indolente en su blando lecho, dispuesta a echar otro sueñecito hasta las dos de la tarde, hora en que acostumbraba a levantarse, aunque no hubiese amanecido.

Era una mujer hermosa y a su belleza únicamente se debía la reputación que había adquirido en el arte del cuplé. Cantaba peor que un gato viudo, pero tenía un cuerpo que dislocaba a los señores graves y aun a los jovenzuelos que concurren a los music-halls.

Su belleza era provocativa, excitante y apetitosa ; aquellas carnes alabastrinas estaban diciendo comedme, y aunque entre sus admiradores no hubiese ningún antropófago, ya que no comerla, por lo menos besaban algunos con delectación y éxtasis las partes que ella se dignaba entregar a la veneración particular.

Lulú no tenía desperdicio : alta, graciosa, bien conformada, con dos esculturales pantorrillas, cuyas bellezas se adivinaban a través de la rica media de seda calada, con dos gio-

bos sonrosados, que exhibía casi por completo cuando la autoridad hacía la vista gorda y transtornaban a la multitud enardecida, y con unas caderas que denotaban el empuje que sabría imprimirlas la hembra en el momento supremo, en el punto culminante de la hora corta, como llamaba el otro a lo que tiene nombre más gráfico y expresivo, imposible de estampar en letras de molde.

Lulú se disponía a reanudar su sueño y desquitarse del rudo trabajo del foyer (porque el foyer es lo que más mata a la artista, ya que la empresa la obliga a estar en él hasta las tres de la madrugada, lo cual es mucho foyer), cuando unos golpecitos entre discretos y alarmantes sonaron en la puerta de la habitación.

—¿Quién será a estas horas?—se preguntó la hermosa—. Me haré la dormida.

La resolución hubiera sido sabia y oportuna si la cosa no hubiese seguido adelante. Pero el caso fué que se repitieron los golpes al cabo de un momento.

—¡Cuando yo te digo...!—exclamó Lulú, haciendo un mohín—. Este es don Policarpo... ¡Qué indecente! ¡Pero ese hombre no tiene hartura...! No, pues lo que es yo, no le abro.

Y siguió haciéndose la dormida.

Pero el importuno no se dió por satisfecho y volvió a llamar, esta vez con más fuerza.

La artista se consideró vencida y resignada, e hizo la pregunta de ritual:

—¿Quién es?

—El cartero—le respondieron desde fuera.

—¡Así te aspen!—exclamó la joven.

—Una carta con sello de urgencia.

—Bueno, métala por donde pueda, porque yo no me levanto. Por debajo de la puerta la puede introducir.

El repartidor de las malas y buenas noticias cumplió el encargo y ahuecó.

En medio de la coquetona y lujuriosa alcoba apareció un sobre blanco, incitante, tentador.

¿Quién la escribiría con sello de urgencia?

¿Un admirador, un agente artístico?

A lo mejor el sobre aquel encerraría un contrato ventajoso, lejos de Madrid, que ya la apestaba, porque allí se vivía en orgía completa y siempre estaba temiendo que se ajase su cuerpo escultural, y lo que es peor todavía, que el especialista de moda en la corte tuviese que aplicarla sus medicamentos, cuando no el bisturí.

¡Pero se estaba tan bien en la camita tibia y muelle! ¡Había llevado tan mala noche con aquel don Policarpo de sus pecados, tan caprichoso y extravagante...!

Mas no en balde la curiosidad tiene nombre de mujer.

El afán de saber perdió a nuestra primera madre Eva, metiéndola en aquel lío de las peras prohibidas, prohibición que subsiste aún, por cuya razón el uso se ha convertido en abuso, y el mismo afán arrojó a Lulú del lecho, a pesar de lo bien que estaba en él.

Sacó primeramente una pierna, que hubiera excitado al más estoico, sacó luego la otra, mostrando cosas que nadie hubiera podido mirar sin estremecerse de deseo, incorporóse, enderezóse y se fué en busca de la carta.

—¿Qué será esto?—se preguntó entre alegre y pensativa.

Y abrió el sobre y empezó a leer la misiva.

Al terminarla lanzó una sonora carcajada.

—¡Ja, ja! ¡Tiene gracia! ¡Ni en las comedias sucede una cosa igual! ¿Conque es decir que Ramonín, aquel Ramoncete que vivía conmigo en el pueblo, con quien jugaba, cuando



Al terminarla lanzó una sonora carcajada.

éramos muchachos, a la enferma y el médico, y que cuando me reconocía me hacía unas cosquillas endiabladas, viene a Madrid dispuesto a casarse conmigo? ¡Qué barbaridad! ¡Claro! El se figura que soy todavía aquella muchachita ruborosa, pudibunda, honrada y hacendosa... ¡Si supiera que ya he perdido todas esas cualidades...! ¡Que ya no tengo...! Por supuesto, para lo que había de durarme con él... Porque para eso era un bruto en miniatura... ¡Infeliz Ramón! ¡Vaya un viaje en balde!

Luego se quedó un momento pensativa.

Arreglóse un poco la camisa, por entre cuyos encajes asomaba un pecho exuberante y apetitoso y se preguntó:

—¿Pero por dónde se ha enterado que estoy en Madrid y me llamo la Bella Lulú?

Es claro; por las trompetas de mi fama, por aquel periodista que un día se bajó a mí hasta el extremo de mendigarme seis pesetas a cambio de un bombo estrepitoso y mi retrato y biografía.

—¡Pues no, no quiero!—terminó diciendo—. No quiero casarme... es decir, no quiero casarme como Dios manda, porque me fastidia la vida de esclavitud y reposo. Yo adoro el arte, me embriagan sus consecuencias, incluso el foyer, que es nuestro castigo, y no quiero recluirme de nuevo en la aldea, teniendo cada año un chiquillo y gastando inútilmente mi juventud y hermosura entre patanes y gentes incultas.

Y si viene Ramón, se irá con unas calabazas así.

Al mismo tiempo se golpeaba su rollizo y bien contorneado seno.

—¡Así, así de gordas!

En esto llamaron de nuevo a la puerta.

—¡Es él!—exclamó alarmada Lulú.

Y sin poder contenerse gritó:

—¡No, no! ¡Váyase usted a su pueblo!

¡Vete, no te quiero por marido, vete, vete, Ramón!

Desde fuera se oyó una voz de mujer.

—¿Pero te has vuelto loca? ¿Quieres abrir, si te sale del alma, por no decir otro disparate?

—¡Calle! ¡Si es Rosario! Allá voy.

Y echándose un peinador por encima, fué corriendo a abrir.

Las dos amigas se estrecharon en fuerte abrazo y se dieron un beso tan prolongado como sospechoso.

—¡Malo! ¡Malo!—pensará el benévolo lector.

II

UN PAR DE AMIGUITAS

Rosario penetró como una bomba en la habitación.

Después de los abrazos y besos de que ya hemos hecho mención, encaróse con la Lulú y la dijo a quemarropa:

—¡Conque vas a casarte!

—No lo creas.

—Tú lo has dicho. Con Ramón.

—¡Casarme yo! Toma y lee.

Y le tendió la carta.

—Pero, ¿son tan brutos los hombres?—exclamó Rosario en un arranque de sinceridad—. Porque, a juzgar por esa carta...

—Pues ya ves que viene decidido a casarse conmigo.

—Ya lo veo... ya veo lo bruto que debe ser tu Ramón. Bueno, pues hay que jugársela.

—Se la jugaremos.

—El hombre, según dijo no sé quién, es el animal más parecido al mico.

—¿Y quieres que le demos mico?

—No; sólo deseo hacerle ver que comete una barbaridad casándose.

—Es que a lo mejor querrá casarse de cierta manera...

—¿Por tan listo le tienes?

—Verás. Allá, cuando de niños jugábamos al médico y la enferma, ¡sabía meter tan bien el bisturí...!

—¿Luego a ti te lo metió?

—Te diré...

—Por lo pronto me quedo contigo para darte ánimos y fortaleza. Las amigas son para las ocasiones.

—Gracias.

—Tantearemos al novio, y si nos conviene...

—Nos quedamos con él.

—Falta que él se quede con nosotras.

—Yo no lo sentiría.

—¡A ver si me das celos!

—Bueno, por lo pronto me quedo contigo.

—No hables fuerte.

—Me quedo contigo y a esperar la llegada del socio.

—Y que no tardará, porque habrá llegado con la carta, ya que tuvo la precaución de ponerle sello de urgencia.

—¿Tienes preparado el almuerzo?

—No, pero eso se arregla en seguida.

—Veamos lo que hay en casa.

—Hay huevos.

—Me gustan los huevos. ¿Tienes patatas?
—Una sola, pero grande. Medio kilo.
—¿Huevos y patatas?
—Ya sé lo que haremos: tortilla.
—¡No me hables de tortillas! Es un plato que suele cansar a la larga. Me agrada más un par de huevos fritos con un buen trozo de longaniza.
—¡Soy de la misma opinión!
—¿Postres?
—Peras.
—Vaya por las peras. Al avío. Me aligeraré de ropa. ¡Y lo que es ese Ramón...! ¿Qué tipo tiene?
—¡Pero si yo no me acuerdo de él, ni creo que él me conocería ya! Figúrate... éramos pequeños... yo no estaba tan desarrollada por aquí... ni por aquí... ni tenía este pelo...

Rosario había empezado a desnudarse mientras hablaba Lulú.

De pronto exclamó:
—¡Se me ocurre una idea!
—Veamos cuál es.
—¿Dices que no te reconocería?
—No creo que se acuerde de mí.
—Pues la idea es la siguiente. Cambiar de personalidad. Se presenta el socio, pregunta por su futura y le salgo yo al encuentro.
—Bonito chasco.

Las dos jóvenes estaban apetitosas con sus incitantes *deshabillées*. Rosario era una real moza, digna compañera de hermosura de Lulú.

Libres sus pechos de la acariciadora sujeción del corsé, obligaban a hacer a la camisa una curva tentadora, adivinándose a través de los finos encajes unos globos alabastrinos, terminados en unos botoncitos sonrosados y dislocantes.

Palmoteando de gusto, solazándose de antemano, regodeándose ante la idea de tomarle el pelo al infeliz provinciano, las dos muchachas se abrazaban y besaban con efusión, corriendo como locas por la estancia, hasta que por fin dieron con sus cuerpos impensadamente en el revuelto y caliente lecho de Lulú.

Ante los manejos excitantes de Rosario, Lulú se resistía, negándose.

—No, no; ahora, orden—balbuceaba, calenturienta y excitada.
—¡Tonta!

Y se juntaban amorosas sus bocas y se agitaban sus cuerpos en espasmos sensuales.

La escena sáfica no llegó a consumarse, porque unos golpes fuertes dados a la puerta las hizo contenerse y escuchar.

—¿Si será...?

Lulú se acercó a la puerta, atisbó por el ojo de la cerradura y exclamó en voz baja:
—¡El debe ser!
—¿Le abrimos?
—Sí; empecemos la farsa.

III

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

En el umbral apareció un jovenzuelo ridículo, uno de esos tipos de señoritos de pueblo que suelen figurar en las comedias y hacen reir tanto al buen público.

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado—contestaron las dos mujeres, procurando contener la risa.

El muchacho permanecía inmóvil en la puerta, como cortado y ruborizado.

—Vamos, pase usted, joven—dijo Lulú.



—Sin pecado—contestaron las dos mujeres

El mancebo avanzó tímidamente unos pasos, fijóse en la ligera indumentaria de las hermosas, alegróse un tanto y volvió a exclamar:

—¡Ave María Purísima...!

—Sin pecado—repitieron ellas a dúo—. ¡Qué místico parece el pollo!

—No; si digo Ave María admirado de ver a ustedes tan hermosas, jacarandosas, apetitosas...

—¡Anda la osa!—exclamó Rosario, poniéndole la mano en la boca para hacerle callar.

Ramón cogió ávidamente aquella mano fina y delicada, rodeó el brazo por la cintura de la bella muchacha, perdida su timidez primera, y hubiera llegado a algo más la cosa si no interviene Lulú, que los separó, diciendo:

—¡Eh! caballerito, las manos quietas y veamos quién es usted y qué busca en esta casa.

—¿Que quién soy yo? Ya me conoces; soy Ramonín, el de la carta, y vengo a casarme contigo, porque tú eres la Escolástica de mis sueños...

—¡La lleva usted derecha!

—¿Que la...? ¿Y cómo sabe...?—balbuceó, atontado, Ramón, reconociéndose rápidamente con la vista.

—Quiero decir—replicó Lulú—que se ha equivocado completamente, pues su Escolástica, la bella Lulú en el mundo del arte, es esta jovencita apetitosa y jacarandosa, como usted dice.

Y señaló a su amiga Rosario, haciéndole un signo de inteligencia.

—¡Pues a casarnos en seguida!

—¡En seguidita!

—¡Es que soy una pólvora para todo!

—¡Quite usted el pistón, que no es por ahí!

—¡Pues que sea por el otro lado!

—Pero, ¿se querrá usted estar quieto? ¡Vaya

unas manos más largas! ¡Si en todo es usted así!...

—Con verlo basta.

—¡Anda! ¡Y nosotras que creíamos que sería un palomino atontado!

—No está hecho mal pájaro—observó Lulú.

—Usted sí que está hecha maravillosamente; y si no fuera porque ya me he comprometido con su amiguita...

—¡Ramonín, no me des celos!

—Te daré otra cosa mejor. ¡Un beso!

—No, no.

—Uno a cada una, para que no tengáis envidia.

—¡Que no!

Pero el provinciano se había apoderado de las dos; las dominaba, y sujetándolas por los sobacos, aprovechándose, palpando escondidos encantos, las besó donde pudo y consiguió acorralarlas cerca de la cama.

Las dos jóvenes se aprestaron a la defensa, y armadas de las almohadas, le amenazaron con gritar, con llamar a los vecinos (que no había ninguno en la casa) si no calmaba sus ardientes impulsos.

—¡Pues temprano empezaríamos!—exclamó Lulú en un arranque de espontaneidad—. ¡Siéntese usted y hable formalmente con su prometida! A ver si logran entenderse, porque, verá usted, ésta y yo hemos acordado aborrecer a los hombres, porque ésta y yo somos...

—¿Quieren ustedes que les diga al oído lo que me parecen?—dijo Ramón.

—Venga.

Y acercándose al oído de ambas, pronunció una palabra que las hizo exclamar casi simultáneamente:

—¡Qué cochino!

—¡Qué marrano!

—Pues lo parecen, aunque no lo sean. La diosa Safo formó una escuela a su manera, porque no conoció el zurriago del maestro. En aquellos tiempos, por lo visto, no había hombres.

—Ni ahora tampoco.

—¡Alto! ¡Que conste mi protesta! Yo lo soy, y si no, me remito a los hechos.

—Bueno, lo que ha de hacer usted en primer término es pagar la quintada. Los duelos, como suele decirse, con pan son menos.

—Y con tortas, mejor.

—¡Vaya por las tortas, si se empeña!

—Sí, porque a falta de pan...

—Una botella de Agustín Blázquez lo remedia todo.

—¡Pues Agustín! Que la traigan; yo pago.

—Pues si usted paga, en casa la tenemos a disposición de su bolsillo.

—Para luego es tarde.

La Lulú pasó a una habitación inmediata y volvió a poco con una botella de Jerez, pasta y tres copitas.

—A la salud de ustedes—dijo Ramón, bebiendo.

—A la tuya, *resalao*—contestaron las mujeres, imitándole.

Siguieron las copas, se apuró la botella y hubo que traer otra.

Las cabezas estaban excitadas.

Ellas se dejaban querer y Ramón se aprovechaba, entregado al dulce palpeo.

—¡Ea, a casarnos! — exclamó entusiasmado—. ¡Tocadme una marcha nupcial!

—¡Que te la toque Rita!—replicó Rosario, dándole un manotazo en lo más delicado de su persona—. ¿Qué te parece, Lulú?—siguió diciendo, dirigiéndose a su amiga.

Ramón estaba bastante gris, como dicen los franceses, pero se dió cuenta de la expresión de la que él creía su prometida y cayó del burro.

—¡Cómo Lulú! — dijo, entre asombrado y reflexivo.

Ellas comprendieron que habían metido la pata y quisieron enmendarla torpemente.

Al verse descubiertas cantaron de plano.

—Dispénsanos — confesó Lulú—. Hemos querido tomarte el pelo, cambiando de papeles, pero no te lo mereces.

—¿Luego tú...?—exclamó Ramón, abrazando esta vez a Lulú.

—¿Luego tú...?—repitió ésta.

—¿Te acuerdas cuando éramos niños...? ¿Las cosquillas que te hacía cuando ejercía de médico...?

—¡No me lo recuerdes!

—¿Nos casaremos?

—¡No seas loco! Eso es imposible. ¿Qué podría darte yo de nuevo? Estoy muy gastada.

—Aunque lo estés. Ya sabré yo encontrar alguna novedad.

—¿Qué pretendes, animalote?

—Esa frase...

—Es de cariño.

Y volvieron a abrazarse por centésima vez.

Rosario estaba echando chispas. Aquello la excitaba demasiado y protestaba de que se la postergase injustamente.

—Mira, Ramón — le dijo—; ni ésta ni yo podemos casarnos.

—Según y conforme.

—Quiero decir que eso de las bendiciones...

—¿Pero quién habla de bendiciones?—exclamó sinceramente el muchacho—. Hay casamientos y casamientos, y hay...

—Hay más vino—terminó diciendo Lulú.

Y destapada y escanciada la tercera botella, los tres personajes se dedicaron a hacerse la corte por todo lo alto, porque Ramón no era capaz de hacerlo por lo bajo.

—¡Viva la alegría y el amor! ¡El amor libre en el Estado libre!

—¡Viva el feminismo! — replicó Rosario, en medio de la espantosa melopea que llevaba a cuestas.

—¡Eso, viva el feminismo! — contestó el provinciano, a medios pelos.

—¡Arriba la falda y abajo los pantalones!—agregó Rosario.

—¡Arriba y abajo!—dijo Ramón, entusiasmado.

Y uniendo la acción a la palabra, quiso levantar, no la falda, porque no las llevaban puestas, sino las camisas de las jóvenes.

—¡Eh! ¡Sátiro, atrevido!—exclamaron las dos ruborizadas, pero sin resistirse mucho. El, por su parte, se daba prisa a soltarse los pantalones.

—¿Pero qué haces, Ramón?

—Me iba a quitar los pantalones para sacudirlos. ¡No sabéis el polvo que se coge por esos caminos!

—¡ Pero no los sacudas, Ramón ! Déjate de polvo.

—¡ Pues es mi preocupación !

—¡ Si es que el polvo lo vamos a recibir nosotras ! ¡ Ea, no te sacudas ! ¡ Que no !

Y en aquella lucha sensual, en la bacanal aquella, los tres cayeron en la cama, jadeantes, excitados, medio curdas y medio locos.

... ...

Horas después despertaban, algo despejados.

—Ya te decía yo que aquellos polvos...

Estaban los tres rendidos y mustios. Se imponía un buen almuerzo.

Y almorzaron opíparamente a costa del buen provinciano.

IV

EN EL MUSIC-HALL

Anochecía.

La bella Lulú no podía con su alma. La juerga la había aplanado por completo y tuvo que holgar aquella noche.

—Hoy hago fiesta—la dijo a su amiga—. No tengo ganas de cantar.

—¡ Oh !—contestó Rosario—. Pues lo que es yo, no falto al concierto. Tengo combina esta noche con el marqués. Se me ocurre una idea... Acudid por allí a última hora y habrá para todos.

—¡ Eh ! — preguntó alarmado Ramón—. ¿ Qué es lo que va a haber ? No fastidiemos, niñas.

—¡ Qué tonto eres ! — exclamó Rosario—.

Habrá juerga por todo lo alto, porque se trata de una excursión en automóvil a la venta de la Rubia. Iremos el marqués y yo, con otra amiguita y su compañero, y todavía hay dos asientos disponibles para vosotros. Después del concierto ahuecaremos... ¿ Hace ?

—¿ Vamos, Ramonín ? — preguntó cariñosa la Lulú.

—Mujer, no me atrevo... no conozco... Además, estas juergas entre gente encopetada...

—¡ No lo creas ! El marqués no tiene nada de altivo ; por el contrario, es muy llanote ; se baja ante cualquiera...

—¡ Anda, vamos, Ramón !—insistió Lulú—. Tengo orgullo porque te conozcan en todas partes.

—Si es que...

—No abrigues ningún reparo. Estarás entre gente amiga y te divertirás de lo lindo—objetó Rosario.

Y viendo la perplejidad del joven, agregó :

—Nada, cosa hecha. En el concierto os espero. De paso verás un music-hall, que será para ti cosa nueva, porque supongo que en el pueblo no habrá habido nunca *varietés*.

—Hubiera sido una profanación a la gazmoñería ambiente. Allí la hipocresía es reina y señora.

—¿ Pues en dónde has aprendido las cosas que te traes, Ramoncete ?

—Lejos de allí, en mis escapatorias a la capital.

—¡ Ya decía yo !... Bueno, me retiro, jóvenes, y lo dicho, dicho está. Hasta luego.

El music-hall titulado *Le Moulin* era uno de

los conciertos más animados de la villa y Corte. Acudía a él un público hetereogéneo, que prestaba al local un aspecto híbrido y digno de observación.

En la platea, en los sitios donde las consumaciones eran relativamente baratas, se veían soldados, mozalbetes desocupados que desde jóvenes se aprestaban a engrosar las filas de la chulería en sus diferentes y asquerosas fases; alguna buscona de menor cuantía y alguna hetaira callejera.

En los palcos y foyer era otra cosa: gente distinguida toda, por su posición, desde luego: viejos verdes, jóvenes decrépitos, hijos de familia rica, algún incauto provinciano con la cartera repleta de billetes, dispuesto a gustar de todos los goces con que brindan esos lugares alegres y sugestivos, y, finalmente, algunas artistas sin trabajo, acompañadas de su galán, ya pagano o ya explotador...

Poco después de las doce aparecieron en un palco la bella Lulú y Ramón.

Parecía que se habían tratado toda la vida, y Ramón, por su parte, mostraba estar allí sin el menor asombro, como hombre acostumbrado a frecuentar locales semejantes.

Precisamente en aquellos momentos cantaba Rosario.

Con su traje de artista parecía aún más hermosa, y al verla se relamió de gusto Ramoncete.

Ella los vió también y les envió un saludo con la mirada.

Cantaba un cuplé coreable, muy popular, y el público la aplaudía estrepitosamente.

—¡Pues no me gusta como canta!—exclamó

el joven, con noble sinceridad y espontaneidad.

—¡Anda! — pensó para sí Lulú—. ¡Pues cuando me oiga a mí...!

—¡Pero es una mujer digna de aplauso por



Precisamente en aquellos momentos cantaba Rosario.

su belleza!—agregó haciéndola justicia y comprendiendo el entusiasmo del público.

Pasó el número, siguió una bailarina alta y delgada, apareció luego otra cupletista francesa y así fué transcurriendo el concierto...

Al rato se les unió Rosario.

Había terminado su faena y ya estaba libre.

—Pasemos al foyer—les dijo—. El marqués me espera y allí se harán las presentaciones y combinaremos la excursión. Ha de ser de primera, ya lo veréis.

Y encarándose con Ramón, le preguntó:

—¿Y qué tal te he parecido cantando?

—Tan guapa como siempre — contestó él, eludiendo la respuesta.

—No; me refiero a mi voz...

—Pues tan bonita como tú—replicó Ramón, mintiendo por galantería.

El foyer estaba muy animado. Un sexteto, que nadie escuchaba, ejecutaba sugestivos valses, y en mullidos divanes y cómodas butacas conversaban las parejas. Algunas niñas guardaban las formas... para exhibirlas.

Reclinadas negligentemente dejaban ver una bien torneada pantorrilla, encerrada en rica media de seda, en cuya parte superior se advertía a simple vista una excitante liga adornada de flores y lacitos caprichosos.

Aunque los asientos sobraban, había mujer de aquellas que estaba sentada sobre las rodillas de su amigo y abrazada a él, tal vez para no perder el equilibrio y caer. El hombre, por su parte, no daba reposo a las manos.

Era el principio de la orgía cotidiana y era aquello un espectáculo corriente, por cuanto nadie se daba por aludido ni molestado.

Cada uno hacía lo que podía honradamente.

Iban a pasar a un reservado, pero el camarero les dijo que estaba ocupado.

—Ese oficial de la reserva que se hace con la Pinguitos...

—¿La Pinguitos?—preguntó Lulú.

—Sí, ya los conoces—dijo Rosario—. Alta ella y bajo él...

—No sé...

En un rincón vieron al marqués acompañado de un hombre y una mujer.

—Mira; allí tenemos a los excursionistas.

Se hicieron las presentaciones. El marqués era un hombre entrado en años, muy simpático y muy amable, y sobre todo muy mujeriego.

Besó efusivamente a su caprichito y aceptó con gusto a los nuevos expedicionarios. A Lulú ya la conocía, y con bastante intimidad por cierto.

Los otros dos eran la Luceritos y su protector; un hombre grueso y encarnadote, que había tenido una salchichería allá en su juventud, hacía unos treinta años y pico.

—¿Conque forastero, eh? — le preguntó el marqués a Ramón, por preguntar algo.

—Sí, señor; de fuera. Un pobre provinciano que se echa en brazos de ustedes.

—¡Caramba, eso no!—dijo alarmado el tío gordo—. Con que se eche usted en brazos de Lulú ya tiene bastante. Aquí es a estilo de tropa.

—Sí, a mis brazos, monín, digo, Ramonín—exclamó Lulú.

—Y tú a los míos, *resalao*—agregó Rosario, abrazando al marqués, que se dejó besar y abrazar.

Corrió el champagne a la salud del neófito y se preparó la marcha.

—¿Habrá peligro?—preguntó uno.

—¿Volcaremos?—dijo otro.

—¿No tienes miedo a los vuelvos?—le dijo Lulú a Ramón.

—Con tal de que caiga encima de ti...

—No haya miedo, señores—exclamó el marqués—. El *chauffeur* conoce el camino al dedillo; la carretera está buena y el trayecto es corto.

—¡*Andiamo*!

—¡Al coche!

—¡A la venta de la Rubia!

—¡Viva el amor!

Sonó la bocina y el auto partió raudo y veloz...

V

VUELCO CON CONSECUENCIAS

Lector, ¿has hecho alguna excursión en automóvil, al lado de la mujer amada?

Entonces ya habrás experimentado esas dulces e inolvidables sensaciones que no pueden experimentarse en ninguna otra clase de vehículos.

La vertiginosa carrera del auto alucina, nos trastorna y bien abrazados a la hermosa, porque siempre lo es la mujer querida, soñamos, gozamos, nos creemos separados de este mundo, idealizamos nuestras sensaciones, hasta que a veces nos despierta la triste realidad en forma de *paume* o vuelco o topetazo contra un árbol de la carretera, menos cuando no va uno a contarlo a la eternidad a causa de precipitarse el carruaje por un puente y dejar sin vida a los pasajeros.

¡Taf, taf, taf!

Es muy bonito.

Salieron a la amplia carretera.

La noche era serena, pero como boca de lobo, y el auto seguía devorando distancias, rugiente, trepidando, dejando oir la bocina, cuyos sonidos retumbaban en las soledades de la llanura castellana, semejante al aullido de un monstruo prehistórico que en aquellas oquedades se hubiese recluído lustros y más lustros.

El *chauffeur* era, en verdad, un mecánico experto, pero aquella noche llevaba una borrachera estrepitosa, y el marqués, que lo había notado, no le perdió de vista.

Ramoncete sólo se preocupaba de su Escolástica y se aprovechaba de la obscuridad que reinaba en el interior.

Probablemente harían lo mismo los demás, pero como nadie veía...

Si de pronto se hubiese hecho la luz, el cuadro habría sido harto realista: todos parecían prestidigitadores; las manos no se daban punto de reposo.

—Si tienen frío—advirtió solícito el marqués—metan los pies en la paja, que es el mejor calentador de viaje.

—Ya nos hemos fijado en la paja—dijo sofocado Ramón.

—Aunque la alfombra no es muy elegante—siguió diciendo el marqués—, la prefiero a todas en las excursiones nocturnas por el campo. Es la que mejor conserva el calor en los pies.

—En eso de la paja y sus efectos, hay diferentes opiniones, señor marqués.

—Pues yo estoy por la paja.

—Y yo también, desde luego. ¿Y tú, Lulú? —preguntó el joven.

—Yo estoy por el grano.

—Pues al grano, jóvenes. Y el grano es que voy a agarrarme al volante.

—¡Cómo! —preguntó Ramón, creyendo lo que no era.

—Dicho así entre nosotros, no estoy muy tranquilo esta noche, porque el *chauffeur* lleva una papalina de primera y voy a guiar yo el carruaje, antes que nos estrelle contra un árbol.

—Sí, sí.

—No, no; que no nos estrelle.

—Digo que sí, que te agarres al volante, marqués.

Este le tocó en el hombro al mecánico para indicarle que parase. El *chauffeur* volvió la cabeza y sin darse cuenta de ello, a causa de su estado, abandonó el volante y cuando quiso volverlo a coger, el carruaje había hecho un viraje, se salió de la carretera y volcó en la cuneta...

—¡Muertos somos!

—¡Adiós, humanidad!

—¡Ay, ay!

—¡Me caigo en la mar!

Todas estas exclamaciones habían sido casi simultáneas.

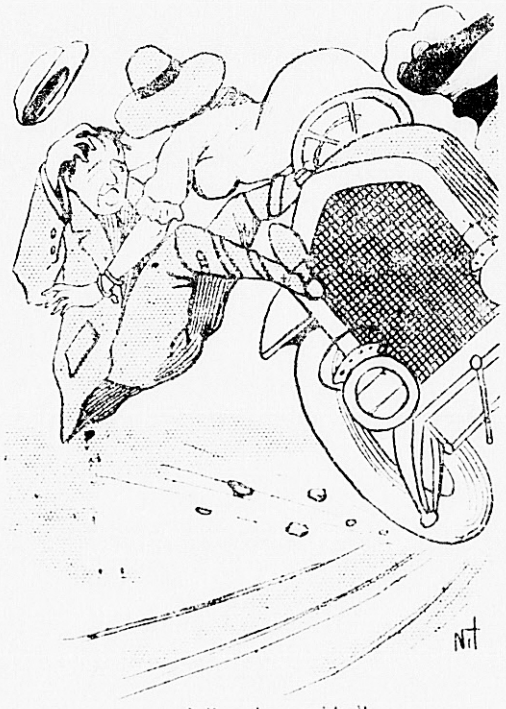
Los pasajeros, despedidos por el choque, yacían en la tierra húmeda del camino. ¡*Sic transierunt omniam*!

—¡Auxilio!

—¡Socorro!

El cuadro no era tan horripilante como parecía.

Rosario había caído encima del marqués y las ropas *descubrían* algo más de lo que se acostumbra a ver en las mujeres cuando van vestidas.



—¡Adios, humanidad!

Por su parte, Lulú había quedado con las piernas al aire, en posición harto vergonzosa.

La luna, abriéndose paso por entre las nubes, iluminaba y contemplaba la escena, mientras

el *chauffeur*, a quien el golpe le había quitado de repente la borrachera, procuraba darse cuenta de la catástrofe, que todavía no comprendía bien.

Digámoslo para tranquilidad de nuestros lectores. El accidente no había tenido, por fortuna, consecuencias lamentables. El susto consiguiente y el natural magullamiento de la caída.

Unicamente el marqués sentía un peso que no le dejaba respirar y creía, en su aturdimiento, que había caído debajo del automóvil.

Rosario apeóse a duras penas.

—¡Qué peso se me ha quitado de encima!—exclamó el prócer.

Ramón se incorporó como pudo, renegó de la hora en que se le ocurrió montar en auto y procuró volver a todo el mundo a la realidad.

Su primera intención fué emprenderla a bofetadas con el *chauffeur*, pero se dió cuenta de su estado y le perdonó.

—Bueno, a ver cómo salimos de este atolladero—dijo—. ¿Dónde nos encontramos, porque yo soy forastero?

El señor grueso aseguró que cerca del lugar del suceso había un pueblecillo y en él una posada, donde podrían pernoctar, ya que era imposible llegar a la venta de la Rubia.

—Pues a la posada.

Dejaron al *chauffeur* en la carretera, al cuidado y arreglo del carruaje y las tres parejas, renqueando, se encaminaron al pueblo, cuyas débiles luces brillaban a corta distancia de allí.

—¡Ah de casa!

Los aldabonazos despertaron al ventero.

—¿Quién va?

—Gente perdida.

—¿Eh?

—Gente que ha sufrido una avería en el camino y necesita refugio. Abra usted, que no lo perderá. Somos automovilistas.

El ventero se apresuró a abrir y los seis penetraron en el amplio recibidor, en cuyo fondo, a manera de cocina, ardía todavía un fuego confortable.

El dueño de la posada comprendió en seguida que se las había con gente principal.

—¿En qué puedo servir a los señores?

—Prepare usted un refrigerio y un sitio donde podamos descansar hasta que amanezca o mientras llega nuestro automóvil, que hemos dejado en la carretera.

—¿Ya sabe el camino?—preguntó socarronamente el ventero.

—Lo sabe el *chauffeur*, que se ha quedado allí reparando la avería.

—Los señores serán servidos.

Hizo levantar a su mujer, una jamona de ojos lujuriosos y pechos exuberantes, y a su hija, preciosa chiquilla de diez y seis abriles, esbelta y bien formada, que se presentaron soñolientas y cariacontecidas, ante aquella inesperada reunión.

—¡Vaya una mujer!—pensó para sí el tío gordo, al ver a la ventera.

—¡Divina criatura!—se dijo Ramón, cuando pasó por su lado la muchacha.

Se les arregló un menú variado y nutritivo y en seguida se les indicó el sitio de recogimiento.

—No tengo más—dijo el posadero, introduciéndoles en la amplia alcoba—. Aquí dormi-

mos nosotros y en esta otra cama de al lado mi hija. Una mala noche cualquiera la pasa.

—¿Pero ustedes...?

—Al pajar. Es decir, al pajar ella, que yo tengo para entretenerme hasta que amanezca el día.

—¡Haremos cama redonda!—exclamó alegre el marqués.

—¡Sea!—replicó resignado el tío grueso.

—¡No me disgusta!—dijo a su vez Ramón.

—¡Pues al avío!

Y empezaron todos a desnudarse con la mayor *sans façon*.

—Vengo en seguida—dijo Ramón, pretextando una necesidad urgente.

—Voy a lo mismo—repitió el señor coloradote, abandonando también la habitación.

El ventero les indicó el sitio; atravesando el pajar llegarían al patio y en él tenían espacio libre y suficiente para salir del paso.

El tío grueso iba con las de Caín. Penetró en el pajar y en él permaneció mientras Ramón evacuaba sus necesidades.

La ventera, alumbrada por un candil, se arreglaba provisionalmente un lecho en un rincón del pajar, mientras su hija, muy distante de ella, se procuraba lo propio, echándose vestida sobre la paja hasta que llegase el nuevo día.

El Tenorio de choricería se acercó cautelosamente a la mujer y quiso abrazarla.

—Señorito, ¿qué hace usted?—exclamó la mujer del posadero.

—¡Calla y no lo perderás! A río revuelto...

—¡Mire usted—añadió en voz muy baja—que gritaré!

—Yo te taparé la boca con este billete.

La mujer lo aceptó y calló.

El tío gordo apagó el candil y se hizo la obscuridad en el pajar.

Una vez evacuado su urgente asunto, Ramón se encaminó a la habitación donde le esperaban con impaciencia, especialmente Lulú.

Atravesó a tientas el pajar, procurando orientarse.

En la mitad del camino creyó percibir algo extraño: la paja crujía de un modo sospechoso y aquello le hizo pararse.

¿Acaso había notado algo la chiquilla?

¿Se habría dado cuenta de que la había entrado por el ojo, como suele decirse, y le esperaba?

La muchacha era bocado de cardenal, una perita en dulce.

Y se propuso correr la aventura.

A paso de lobo, prestando oído al menor rumor, tanteando el terreno, como ladrón perspicaz, orientándose hacia donde suponía que partía el ruido de la paja, llegó al sitio donde yacían la ventera y su seductor.

Palpó y recibió una patada en la cara, de una pata que se agitaba en el vacío.

—¡Cuerno!—se dijo, pasándose la mano por la frente—. A poco más me salta un ojo.

Prudente y cautelosamente se retiró del lugar del peligro.

Los otros no se dieron cuenta de la intrusión.

—¡Este es el matrimonio venteril!—exclamó Ramoncete, mohino y corrido por haber sido testigo de un acto que no estaba acostumbrado a presenciar ni percibir.

Retiróse un poco y en la parte opuesta oyó otro rumor de pajas.

—¿Si será allí...?

Y con la misma cautela tomó la dirección contraria. Sus pies tropezaron con otros pies, que se encogieron al contacto.

Arrodillóse, palpó y tocó un cuerpecito frágil, suave, que al tacto reconoció por intuición.

Y sus manos pecadoras fueron subiendo, subiendo hasta que ella dió un leve grito y se incorporó.

Su vocecilla argentina articuló:

—¡Señorito...!

Era ella, la hija de los posaderos.

El la soltó, corrióse hasta su cara preciosa, sentóse a su lado, la estrechó por la cintura y exclamó a su oído:

—¡Vida mía!

—¡Déjeme usted!

—¡Te quiero!—dijo él, dándole un beso silencioso en la mejilla.

—¡Pero...!

—¡Me tienes loco! repitió, besándola esta vez en la boca.

—¡No, no, eso no!

El hombre estaba frenético y la buscaba, con la furia de la bestia.

Ella se resistía, luchaba y no le dejaba hacer.

—¡Serás mía! — exclamó Ramón, fuera de sí —. ¡O te mataré con esto!

La chica se vió en peligro, agarróse al arma con que la amenazaba y tras breve lucha consiguió desarmarle...

¡Taf, taf, taf!

El retumbar de la bocina del automóvil hizo abrir al posadero.

Era el auto del marqués, reparado ya de su avería.

Bajaron todos a recibir al *chauffeur*, que ya estaba completamente cuerdo.

—¿Y Ramón?—preguntó ansiosa Lulú.

—¿Dónde está ese?—dijo a la vez Luceritos, refiriéndose a su protector.

Los dos sinvergüenzas salieron precipitadamente.

—¿Qué os ha sucedido?

—Pues...

—¿Qué tienes en la cara?

—Una patada del señor...

—¡Cómo!

—Sí, que tropezó en el pajar, y al caer me dió con el pie...

—¡Luego usted...!

—¡Silencio!

Pagóse espléndidamente al posadero, que no se dió cuenta de nada, lo cual es una felicidad, y desechado el proyecto de juerga en la Venta de la Rubia, regresaron todos a Madrid.

Ramón se ha quedado en la Corte y es el amante oficial de Lulú.

Se ha amoldado a las circunstancias y tiene de todo en abundancia.

La gente le da un nombre gráfico que tiene mucha semejanza con una pasta para sopa muy italiana y muy popular.

Ya sabes lo qué es Ramón, lector amigo. Procura no imitarlo.

Colección Inocente

Volúmenes de 224 a 300 páginas, profusamente ilustrados y con magnífica cubierta a tres tintas

TOMOS PUBLICADOS

I.—Caprichos eróticos
II.—Para hacer boca

EN PRENSA

PECADOS LEVES

Tercer título de la colección

Precio de cada uno: 80 Cts.

COLECCION "ACADEMIA"

Obras documentarias para uso de los artistas, ilustradas con desnudos fotográficos femeninos

TÍTULOS PUBLICADOS

El desnudo Anecdótico.—Con 30 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

El desnudo en la Fábula—Con 29 láminas de desnudo femenino . . . . . **Ptas. 3**

EN PRENSA: **EL DESNUDO PAGANO**

Los pedidos a

E. HERAS, Editor, Cortes, 498

BARCELONA